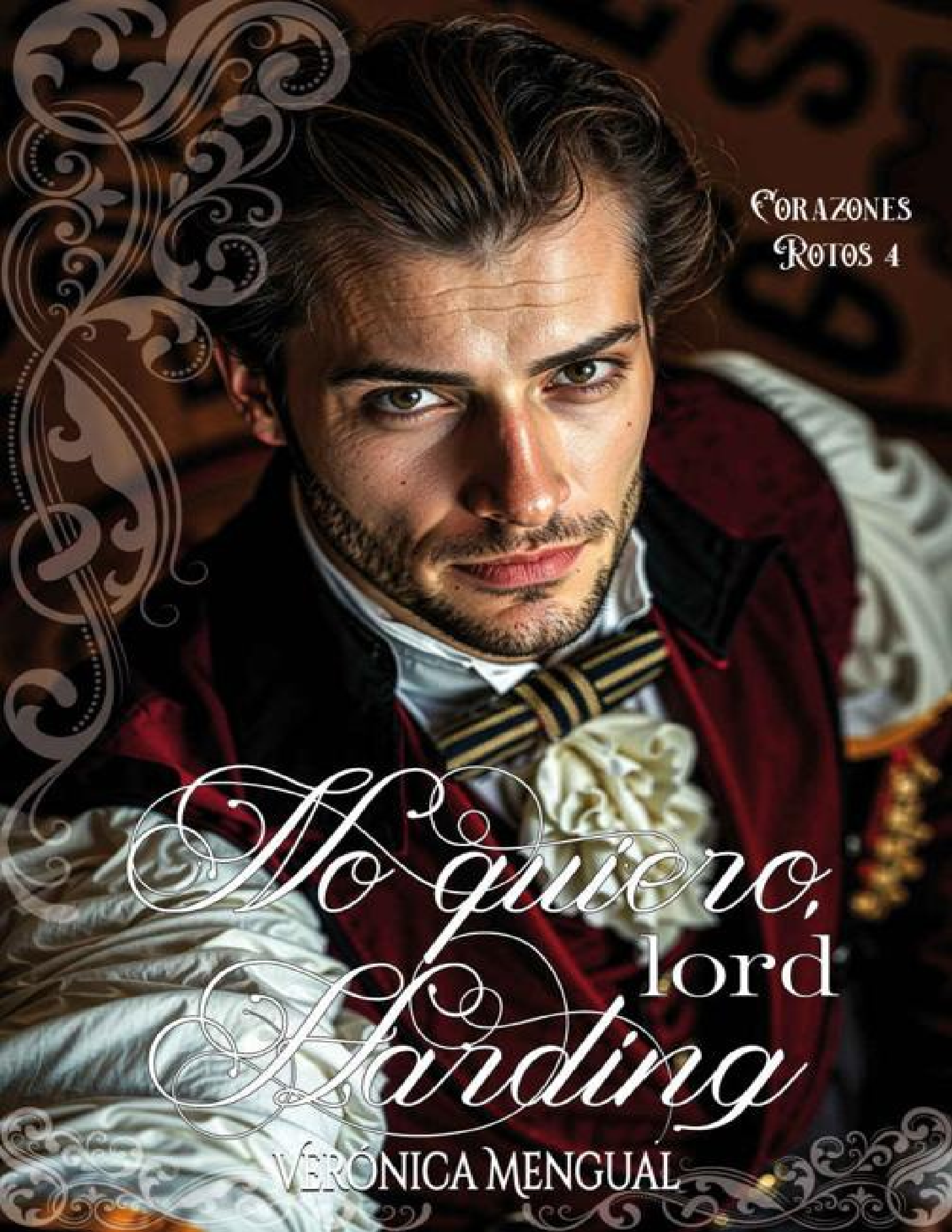

Corazones Rotos 4
No quiero, lord Harding
Verónica Mengual

© VERÓNICA MENGUAL
No quiero, lord Harding
ASIN: B0DS6HDWLB
Sello: Independently published

Primera edición, marzo de 2025.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Corrección: Ainhoa González.
Inscrito en Safe Creative: 2501030554306

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No quiero,

lord Harding

Serie Corazones Rotos 4

Verónica Mengual

La vida da oportunidades,
la responsabilidad de aprovecharlas es de cada uno.
Esta historia está dedicada a las parejas
que tuvieron que esperar su momento.
Siempre es posible alcanzar la felicidad,
con empeño y buena voluntad.

Sinopsis

¿Cuánto puede ser vapuleado el orgullo de un conde?

Lord Harding ha tenido la suficiente paciencia como para tolerar varios rechazos. Cada vez que marca a una dama como un posible objetivo… ¡zas!, se esfuma.

Dado que su obligación es dar un heredero al título, y puesto que para lograrlo no es necesario que su esposa le agrade en absoluto, tiene una solución perfecta a su problema. Para que no le vuelvan a robar una prometida, se centrará en la dama más improbable para convertirse en su condesa. Al fin y al cabo los caballeros no miran a las viejas solteronas y ellas siguen siendo fértiles después de pasados los veintitantos, ¿no?

El conde de Harding pronto va a comprobar que incluso seducir a una mujer poco agraciada e inadecuada tampoco resultará una tarea fácil. Aunque en honor a la verdad, la futura *lady* Harding acabará dándose cuenta de que la voluntad de un hombre resulta inquebrantable cuando ha tomado su decisión.

Hacemos una paradita corta en la serie, mis preciosas lectoras, pues sé que esta historia va a ser interesante para muchas.

¡Leamos!

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Una mirada hacia atrás

Capítulo 2

Las preguntas insólitas

Capítulo 3

Un paso al frente

Capítulo 4

Un encuentro violento

Capítulo 5

Una cita clandestina

Capítulo 6

Una situación delicada

Capítulo 7

Un reencuentro incómodo

Capítulo 8

Una pelea que se veía venir

Capítulo 9

Una entrevista compleja

Capítulo 10

Un pago justo

Capítulo 11

Una confesión tardía

Epílogo

Una dulce recompensa

No te pierda la última historia de Corazones Rotos

«Enamorando a un disoluto»

Hablemos de la **trilogía** que está ya en preventa

«Casarse con un conde»

«Ligada a un granuja»

«Pactar con el diablo»

Aclaración sobre Corazones Rotos

Cuestiones sobre el libro

Todos los títulos por orden

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Londres, Inglaterra, 1833.

Casarse a los veintitrés años, para un hombre, era algo descabellado. Demasiado pronto. Lo malo de haber nacido en el seno de una familia importante cuyo *deber* era perpetrar el patrimonio era… dicha palabra: «deber». Samuel Forbes, actual vizconde Merritt —ese era su título de cortesía— había previsto vivir con cierta ligereza, tal y como se decía en algunos círculos que lo había hecho su propio padre. Lo malo de tener hijos, según apuntaba el viejo conde de Harding —su padre—, era que uno no quería que repitiesen sus mismos errores.

Para entender un poco más la situación del vizconde Merritt, se hacía necesario mencionar que su padre fue un hombre bastante disoluto, al igual que lo fue el padre de este, y así una larga lista de condes que vivieron desenfrenadamente hasta que el deber los llamó y decidieron casarse porque no tuvieron más opción.

Lo cierto era que el actual conde de Harding, el hombre que engendró a Samuel, se casó, siendo bastante anciano, con una muchacha de diecinueve años a la que la familia decidió que el sacrificio de ser condesa bien valía la pena.

Lady Harding no soportó el parto y falleció desangrada cuando Samuel llegó al mundo. Lord Harding decretó que ya había cumplido con su deber de dar un heredero y no hizo esfuerzo alguno para buscar el reemplazo por si al niño le sucedía algo. La salud del conde estaba deteriorada por la vida de excesos que llevó y no hubiese podido seguir copulando, los años también le pesaban. Su padre, tan enfermo como estaba, cuando lo convocó junto a su lecho para decirle que había llegado el momento de casarse… ¿Quién podría negarse a la voluntad de un hombre que le había dado la vida, que era además un conde, y que manejaba la generosa asignación de Samuel? Un tonto. Solo un imbécil habría dicho que no a la sugerencia de su padre. Se lo debía todo al conde, y en caso de presionarlo para hacerle cumplir su voluntad y cerrarle el grifo, Samuel hubiese pasado largos meses muy apurado sin fondos. Trabajaba para el título, para que el legado familiar fuese en aumento, así que todo estaba ligado al título. El hombre que lo engendró lo quiso así y él no era nadie para contradecirlo.

El viejo no iba a durar demasiado, lord Harding lo sabía y Samuel también. De tal modo que, el vizconde Merritt, sin mayor dilación, se trasladó a Londres para poder encontrar una esposa a fin de que su padre lo pudiese ver casado. Le dijo, allí, junto a la cama, que esa sería su mayor ilusión, verlo casado —lo de la felicidad no se mencionó —, a punto de formar su propia familia. Lord Harding le pidió que no se demorase en encontrar una mujer, en tener una basta descendencia, porque él mismo —su padre— era el ejemplo de que la vida pasaba factura sobre lo que no se hacía cuando era tiempo de llevarlo a cabo.

Entró en el mercado matrimonial y Samuel puso sus ojos en la mujer más bonita del momento, esa que hacía suspirar a todos los caballeros cuando ella pestañeaba. Era preciosa, una rosa inglesa, la incomparable de la temporada.

Sus labios eran rojos, como fresas maduras deseando ser devoradas por él. Sus ojos, de un azul cristalino cuyo tono exacto le sería imposible reproducir al más experto de los pintores. Sus cabellos parecían

estar tejidos con hilo de oro y su piel no tenía ni una sola peca, al menos, la escueta parte que se veía resultaba ser de alabastro.

Decir que ella era perfecta, era como comparar a la luna con una estrella. No, no. Sería comparar a la luna con un cristal sin valor alguno.

Samuel consideró que sería fácil convencerla de que se casase con él. Cabía señalar que los matrimonios entre la alta sociedad se llevaban a cabo por intereses. Samuel no necesitaba la fortuna de una rica heredera, o que ella aportase a la unión una dote. Tampoco era crucial que tuviese un título por derecho de nacimiento, de modo que le pareció oportuno centrar su orden de prioridades sobre el propio físico de la mujer. ¿Por qué no tener a una hermosa fémina en su cama?

Cierto que la función de su esposa sería traer al mundo al que ocuparía su lugar como lord Harding cuando fuese la hora, y que la de su amante sería satisfacer todos sus caprichos en el lecho, pero, aun así, ¿qué había de malo en levantarle el camisón a esa perfecta rosa inglesa para que le diese un par de minutos de placer? Luego ya iría a ver a la cortesana que tenía la obligación de aplacar su verdadera hambre, pero de todos modos, saber que había ganado el premio de la temporada… Samuel no podía quitarse esa idea de la cabeza.

Comenzó a cortejarla con el envío de flores, un poema que copió de los de lord Byron, se reunió en su casa para hablar tranquilamente, con sus dos carabinas presentes, un paseo por Hyde Park con tres carabinas en esa ocasión… Entre ambos resultó ser todo muy decente, muy adecuado, y lo cierto era que no tuvo que esforzarse demasiado. ¡Ella sería condesa! Ninguno de los aspirantes a la mano de esa mujer tan preciosa y encantadora tenía un título tan elevado como el que llegaría a ostentar él en cuanto su viejo padre pasase a mejor vida. Eso y que ninguna mujer en su sano juicio lo pasaría por alto.

Samuel era joven y lozano. Eso implicaba tener todos los

dientes, una figura atlética, con los músculos bien desarrollados por el ejercicio de cabalgar a diario y una cabellera de color caoba abundante que le caía por la nuca. Luego estaban sus ojos, eran bastante grandes, de color caramelo. Las mujeres decían que tenía una mirada preciosa, fuese lo que fuese eso, y contaba con la ventaja de ser un amante generoso, cosa que una esposa no valoraría, pues ellas se limitaban a tener herederos y un caballero no debía molestar con sus necesidades primitivas a una dama de buena crianza.

Lo que fuese.

Samuel Forbes era un partidazo. Si la dama en la que había puesto sus ojos era un diamante, él sería el carbón… Uhm… Esa comparación, lord Merritt no creía que estuviese acertada. No importaba. Lo fundamental residía en que su conquista sería ¡pan comido!

Ya saboreaba la gran victoria de regresar a su casa con esa impresionante dama colgada del brazo. Su padre se quedaría complacido por la rapidez y por el gran ojo que había tenido Samuel.

Ah. Los planes, los sueños o aspiraciones en esta ocasión, no solían salir como uno los imaginaba. ¿Quién iba a pensar que el hijo de un duque decidiría irrumpir también a toda prisa en la temporada social para buscar esposa?

Samuel conocía al marqués de Redlay desde Eton. Fueron buenos amigos y aunque en los últimos años habían estado distanciados porque cada uno tenía que atender sus asuntos, mantenían una buena relación. Se respetaban. Y como buenos amigos habían competido siempre por todo, estaba en su naturaleza ese espíritu competitivo para demostrar cuál de los dos era mejor que el otro.

Redlay llevaba las de ganar en cuanto a su título. Acabaría siendo un duque, y siempre había estado por encima de Samuel en esa escala social que parecía ser la que importaba para medir la valía de

cualquier persona.

El futuro duque, en opinión de Samuel, no era tan apuesto como él. Así que creyó que por ahí, tal vez pudiese salvarse.

Salvarse ¿de qué?, se preguntarán muchos. Pues de que la dama en la que había puesto sus ojos lo eligiese para casarse, por supuesto. Un conde no podía luchar contra un duque si las aspiraciones de la mujer eran las de poder llegar a lo más alto de la aristocracia.

Su diamante se perdió al final. Mejor dicho, Redlay se la robó sin apenas esfuerzo. La incomparable de la temporada se había comprometido con un futuro duque y Samuel no tenía más que decir al respecto. El anuncio había salido publicado en el periódico. Todo listo para que las primeras amonestaciones se leyesen lo antes posible. Las columnas de los periódicos calificaban el enlace como si fuese a ser la sensación de la temporada. A buen seguro lo era…

—Merritt… —La voz del marqués de Redlay lo sacó de sus pensamientos.

Samuel se había retirado del salón principal de baile porque el ambiente era bochornoso. Mucho calor, demasiado perfume y olor a… a… a ser humano. Sí, eso era. Necesitaba salir a tomar el aire y se había acomodado en la celosía de la escalera principal que daba acceso al jardín. La luna, esa tan radiante y espléndida que tantas veces había comparado con la dama más bella de la temporada, esa que se había comprometido finalmente con su amigo, estaba en su cénit.

—Redlay —lo saludó Samuel a cambio.

—¿Qué te ha traído aquí? Uno no se queda en la terraza, si se sale de un baile es para ir a un rincón oscuro del jardín y robarle unos cuantos besos a su dama sin que las carabinas puedan impedirlo.

El vizconde Merritt se rio, al igual que lo hizo su amigo el marqués de Redlay.

—Estaba pensando en cómo ha sido la temporada. ¿Qué haces tú aquí? Me imaginaba que estarías en la sala de cartas. —Decidió comentar algo más banal. Sería patético explicarle al ganador de esa pugna que habían mantenido ambos que se apenaba mucho por haber perdido. Ya no solo porque ella fuese impresionante, sino porque… le agradaba. Era bastante humilde y tenía sesera. Uno podía pensar que una mujer sin mácula podría ser una malcriada arrogante porque, seguramente, tendría derecho a serlo, y esa dama no lo era en absoluto. Se sentía extraño cuando pensaba en que la había perdido. En realidad nunca fue de él, aunque en su mente sí… Todo era confuso.

—¿Sin rencores? —El marqués le estaba tendiendo la mano.

—¿A qué te refieres? —El vizconde se la estaba dando por inercia, sin entender el motivo por el que estaban llevando a cabo ese acto.

—Dijeron que antes de mi llegada habías tratado de cortejar a mi prometida.

—Ah. —Lo entendió—. No puedes culpar a un hombre por tener ojos en la cara, Redlay. Tu dama es preciosa y solo un tonto no hubiese tratado de probar suerte.

—¿Entonces, estamos bien?

—Claro que sí. —Los dos dejaron de darse la mano.

—La tuya es también muy hermosa. No creo que debas sentirte perdedor en absoluto. —Redlay hizo una mueca al comprender lo mal que había sonado su razonamiento—. Lo siento, no quería insinuar que… No he querido ofenderte, he estado bastante torpe. —El marqués carraspeó—. Enhorabuena también por tu compromiso. *Lady* Arleen es

una mujer afortunada de tenerte, y por descontado que tú también eres un caballero con igual fortuna por haberla encontrado.

—¿Cómo sabes que me he comprometido? —indagó con curiosidad. Él no había mandado todavía el anuncio formal al periódico.

—¡Esto es Londres! Aquí no puedes estornudar sin que todos sepan si tu mucosidad es espesa, ligera, verde o de otro color. Ya me entiendes.

Samuel era consciente de que en la ciudad no sucedía nada sin que toda la aristocracia estuviese al tanto.

Su amigo no había dicho ninguna mentira. El paso de los años apremiaba, y su padre no podría esperar a que volviese a tomarse su tiempo para conquistar a una mujer. Quedarse con la mejor segunda opción le pareció algo lógico.

Arleen era hermosa, no tanto como la prometida de su amigo, pero sí lo suficiente para que todos los caballeros girasen la cabeza también para contemplarla. En honor a la verdad, Samuel también se había convertido en la segunda mejor opción en cuanto Redlay había aparecido, así que… fue fácil declararse de inmediato, y todavía más sencillo que la dama diese su consentimiento. Además, sospechaba que a ella, él, le agradaba mucho. Siempre lo andaba mirando embelesada y confiaba en poder llegar a corresponderle en igual medida, a no ser claro, que la dama fuese una actriz de primera. Por lo pronto, se tomaría con cautela lo que creía que le inspiraba al segundo diamante de la temporada.

Samuel era muy consciente de que para su prometida, para *lady* Arleen, Redlay había sido su meta, así que cuando el anuncio del compromiso del futuro duque salió publicado, ella pasó a dedicarle sus mejores sonrisas y pestañeos.

Los dos estaban satisfechos con la situación. Y si no lo

estuviesen poco podían hacer para remediarlo.

—Será una condesa formidable llegado el caso. *Lady* Arleen es…, me gusta lo práctica que es. Y no se puede negar que es muy bonita —reconoció Samuel.

—No había pensado casarme tan pronto. Tenemos solo veintitrés años… Es prematuro —caviló el futuro duque.

—Mi padre no está bien de salud. Me pidió que hiciese las cosas correctamente antes de que Dios decida que ha llegado su hora. ¿Cuál es tu motivo? Creo recordar que tu padre está en sus mejores momentos.

—Hablas de sus amantes… —alegó con cierto pesar Redlay —. Le gustan demasiado las mujeres. Mi madre se marchó a Francia hace un par de años. Estaba cansada de soportar su poca discreción.

—Yo me refería a que es más joven que mi viejo. Siento si yo…

—No te disculpes, Merritt. Todo el mundo está al tanto de que el duque es un libertino infame. Creo que está equivocado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Samuel con el ceño fruncido.

—Solo me bastó darle un pequeño vistazo a mi prometida para saber que era la adecuada para mí.

—¿Y esperaste a mitad de temporada para…?

—No vine a Londres con la intención de encontrar a mi marquesa o de participar en la temporada. Vine a buscar a mi padre

porque hubo un problema en una de las haciendas. Entonces la vi y… ¡Qué muchacha! Lo recuerdo como si fuese ayer mismo.

Samuel rodó los ojos, si lo que su amigo estaba evocando no había ocurrido el día anterior lo habría hecho, como mucho, dos semanas antes, porque eso era lo que Redlay llevaba en la ciudad.

—¿Tanto te llamó la atención ella? —Se dio cuenta de lo tonta que era su pregunta. La dama era tan brillante como la luz del sol.

—Me quedé asombrado con su aspecto, eso es innegable, pero luego… Ella es… y… Yo… —Redlay suspiró. Un anhelo largo y pesado.

—¿Estás enamorado?

—Sí —reconoció con satisfacción Redlay—. Y no me avergüenza decirlo. La vi y supe que tenía que hablar con ella. No le hablé de mi título, me presenté como un simple señor Smith. Una mentira para ver si ella… Y… Oh… Es todo lo que debería ser una mujer, Merritt. Buena, amable, paciente… Es extraordinaria. ¿Qué posibilidades había de que una mujer que ha sido bendecida con semejante belleza sea todavía más hermosa por dentro?

—Pocas —admitió Samuel, tratando de evitar confesarle que por eso la había deseado tanto. ¿Deseado? ¿Tanto? El vizconde se asombró con el rumbo de sus pensamientos. De pronto se dio cuenta de que la sensación de pérdida era bastante más… más… más que lo que supuso en un primer momento. Su amigo también se había dado cuenta de que ella era mucho más que un bonito adorno que llevar del brazo.

—Estoy seguro de que en cuanto mi padre la conozca la aprobará. Y me felicitará por casarme sin que haya tenido que presionarme. ¿Y tu dama? ¿Es lo que esperabas? —Redlay cambió de tema para que los sentimientos que le despertaba su prometida no

acaparasen la conversación.

—Me he dado cuenta de que mi prometida es una mujer que sabe aprovechar sus oportunidades. Supongo que será, llegado el caso, una condesa extraordinaria. Es elegante, refinada, la hija de un vizconde como yo, y los dos tenemos un temperamento parecido. Creo que tendremos un matrimonio cordial.

—¿Cordial? —inquirió con los ojos como platos el futuro duque—. Por amor de Dios, Merritt, uno no espera cordialidad en su matrimonio. Sé lo que es crecer en un ambiente… hostil. No quiero eso para mis hijos, pretendo ser un esposo amoroso, paciente y… buen amante, si sabes a lo que me refiero. —Redlay le guiñó un ojo.

—Cualquiera diría que vas a dejar de lado a tu amante —refunfuñó Samuel. Se percibía que su amigo estaba muy enamorado.

—¡Claro que sí! Ya lo he hecho. Llevaba un año completo con la cantante de ópera, y previ que sería una ruptura dolorosa. No lo ha sido en absoluto. Lo he solventado con un caro collar de zafiros que le sirvió para enjugarse las lágrimas.

—¿De verdad, has cortado la relación con tu cantante? —La sorpresa en los ojos de Samuel era genuina.

El futuro duque soltó una larga carcajada.

—Pretendo aleccionar tan bien a mi esposa, que no tendré necesidad de buscar en ningún lugar más.

—Bah… Eso es una tontería. Comenzará a gritar en caso de que hagas algo más que levantarle el camisón hasta las rodillas. —Su padre se lo había dicho siempre. Una esposa era para tratarla con el más exquisito respeto, una amante servía para darle toda su lujuria. El viejo le había dicho que si buscaba algo más en su esposa, acabaría espantándola

como le ocurrió a él mismo. Los consejos de su padre le sirvieron para ir por el buen camino y no iba a cambiar de idea sobre la sabiduría que tenía el conde de Harding en cuestiones de mujeres o de la vida misma. De igual modo le inculcó una norma sagrada. Un hombre no tocaba jamás a una dama inocente que no hubiese convertido en su esposa. «Róbale un beso si quieres, dos o una docena, a fin de comprobar que no será un completo pescado frío, pero no te impongas si no es tuya. Para saciar tu hambre saca tu dinero y mantén a una amante o ve a buscar a una cortesana». Sabias palabras las de su padre. Lord Merritt no había roto nunca ese credo.

—No lo creo. Hay mucha pasión en esa fiera y seré yo quien la despierte por entero. La enseñaré bien. Será como un lienzo en blanco y juntos lo colorearemos con tantos colores brillantes, puros y maravillosos que el arcoíris será un manchurrón horroroso.

—Debes estar enamorado, Redlay. Solo dices tonterías. No quisiera estar en tus botas, amigo mío.

—¿No quieres tener un matrimonio por amor? Me consta que tu padre… ya sabes, era demasiado mayor y tu madre demasiado joven —advirtió con delicadeza.

—Mi esposa merece mi respeto, Redlay —dijo con seriedad Merritt—. No la molestaré más de lo necesario. El trabajo de tener que soportar mi crudeza es de mi amante. No me veré en la obligación de tentar el pudor y la fragilidad de una dama que me ha sido entregada para cuidarla y respetarla.

—¿No olvidas el voto del amor, amigo mío?

—Quédatelo tú —le indicó el vizconde—. No me arriesgaré a contrariarla y que ella tome represalias.

—¿De qué tipo? —El futuro duque estaba intrigado con su

amigo. Era cierto que Merritt solo se limitaba a cumplir con las normas no escritas que solían dictar la mayor parte de los enlaces, pero igualmente, era verdad que era un hombre joven, con ideas más progresistas, al menos en lo referente a que un caballero no debía trabajar para ganar su propio dinero. Invertir aquí y allá, o asociarse con comerciantes con visión de futuro significaba tener las arcas llenas y eso ninguno de los dos lo censuraba, mientras que los más arcaicos lo desaprobarían. Estaba mal visto entablar negocios o conversaciones con mercaderes, incluso si ellos tenían mayor fortuna que un par del reino. Por lo visto, la visión de Samuel Forbes sobre las mujeres, el papel de las esposas en este caso, era anticuada. Se notaba que no había leído ningún manuscrito sobre la vindicación de la mujer o algún otro volumen que circulaba por los clubes secretos de lectura de las féminas.

—No quisiera que mi esposa decidiese hacer de mi existencia un infierno. Ya sabes, podría decretar no hablarme durante un año, si la enfadase de algún modo, o peor, optar por no dejar de quejarse durante dos. Seguiré las normas porque es así como se hace entre marido y mujer.

—No nos pondremos de acuerdo sobre este asunto, me temo. Sea como sea, confío en que los dos logremos lo que deseamos con nuestros respectivos matrimonios. Ahora… ¿Qué te parece si regresamos a la fiesta y atendemos a nuestras inminentes esposas?

—Prefiero ir a jugar a las cartas.

—Está bien. Bailaremos con ellas, les haremos saber lo maravillosas y preciosas que son, y luego, como un par de caballeros orgullosos y bien educados, las dejaremos en el salón principal para que el resto de nuestros congéneres nos tengan envidia mientras las admiran sabiendo que son nuestras. A continuación iremos a ganar dinero con una apuesta y demostraremos que somos afortunados en el amor y también en el juego.

—Me parece una idea espléndida —concordó Merritt.

—¿Ves?

—¿El qué?

—En algo sí estamos completamente de acuerdo.

Merritt se rio. Su amigo parecía un lunático. Peor todavía, Redlay era un hombre enamorado y eso era peligroso.

¿Y si la dama lo traicionase de alguna manera? Seguro que el marqués no había pensado en esa posibilidad. Amar tanto a una persona no era bueno. De acuerdo, Samuel no lo sabía con certeza, porque no era un hombre tan sentimental como parecía haber resultado Redlay.

Dios no quisiera que su amigo tuviese que verse en una situación que requiriese comprobar si el amor era capaz de doler, porque convivir el resto de la vida con un corazón roto… Mal asunto.

Samuel regresó al salón en compañía de su amigo. Bailaron con las damas y mientras el vizconde lo hacía con Arleen, se dio cuenta de que ella era una elección excelente, tan buena como cualquier otra, pero mejor, porque era sensata. Se había conformado con el segundo candidato de su lista y eso los hacía ser parecidos. Se llevarían bien. Seguro que sí…

Con esa alegría, y esa satisfacción de poder regresar a casa de su padre con una esposa adecuada, Samuel Forbes, vizconde Merritt, se adentró en el salón de caballeros dispuesto a hacerse con una pequeña fortuna jugando a las cartas.

Esa noche fue fantástica. Ganó cada una de las partidas que jugó. La suerte le sonreía. Llegó a Londres para casarse y tenía una prometida más que adecuada, y encima se llevaría un buen pellizco

cuando regresase a ver a su padre y darle las buenas noticias.

¿Qué podía salir mal?

¡Maldición, condenación, infierno y demonios!

Una semana más tarde, Samuel tuvo que regresar a casa porque el galeno lo hizo llamar con urgencia. Aquello solo podía significar que su padre había empeorado. Y así fue. Arribó y tuvo el suficiente tiempo para despedirse del viejo conde de Harding.

Fue doloroso. Dolorosísimo, porque Samuel idolatraba a su padre como si fuese un dios.

Tener que decirle adiós no fue lo peor de todo ese asunto. ¿Qué lo fue entonces? Fácil. Lord Harding le había pedido una cosa antes de morir y Samuel no logró concedérsela. No pudo presentarle a su prometida. *Lady* Arleen lo abandonó por otro, alguien con quien Samuel no podía competir.

Las perspectivas matrimoniales del nuevo conde de Harding comenzaron muy mal. Fatal, de hecho. Aunque solo era el principio.

Dado que el viejo ya no estaba para poder contentarlo, y debido al revés inesperado, Samuel decidió tomarse su tiempo para casarse. Seguro que antes de los treinta ya estaría casado y tendría un heredero, un par de repuestos y una o dos niñas.

¡Seguro que sí! A fin de cuentas, era un conde y podía darse el capricho de esperar tanto como quisiera. Un formidable conde, con vastas tierras, una fortuna considerable y un atractivo envidiable.

Además, su mayor rival en la vida ya se había casado.

Todo le iría bien…, ¿o no?

¡Sí, seguro que sí!

Capítulo 1

Una mirada hacia atrás

Londres, Inglaterra, 1842.

El conde de Harding decretó, para sus adentros, que no tenía suerte. Ni en cuestiones cotidianas ni de otra índole. Aunque era cierto que solía acertar en las decisiones comerciales que tomaba, ese era el único consuelo que le quedaba.

Había cumplido treinta y dos años y seguía sin perspectivas de casarse. Tres veces había perdido a una posible candidata. ¡De acuerdo, había perdido tres veces a una maldita prometida! No habría una cuarta se juró. Sí, una cuarta prometida, pero a esa no la perdería.

Después de sufrir su primera decepción amorosa…, ¿contaba por dos aquella vez? Porque perdió a aquel diamante que se le escurrió entre los dedos de las manos, y luego aquella otra, su mejor segunda opción que también lo dejó plantado… Mejor contarla como una sola desilusión, porque de lo contrario serían más veces las que apostó por esa tontería llamada amor y perdió… ¿Amor? No, no lo fue, ninguna de las veces había empeñado su corazón. Y si lo hizo no lo confesaría jamás, pues todo el asunto era demasiado humillante como para admitirlo.

Bien. Después de aquella vez en su juventud que se comprometió y se quedó sin esposa, hubo otra mujer que lo había cautivado lo suficiente como para que quisiera casarse. La conoció cuando tenía unos veintisiete años, si no recordaba mal, y lo hizo en Nápoles, cuando estuvo de *tour* por Europa. Ella se llamaba Samantha, y lo dejó asombrado porque una inglesa de ese tipo no pasaba desapercibida en ningún lugar. No era una gran hermosura, pero su carácter fuerte y la pasión y ternura con la que hablaba de su recién nacida sobrina, le hizo pensar que sería una madre impresionante. Ella era la hija de un conde, así que tenía las credenciales suficientes como para que él se declarase. Todo fue excitante, secreto, pero de nuevo no llegó a nada. Él, tan caballero como era, tuvo un momento de necesidad carnal que no podía aplacar con esa joven inocente porque todavía no era su esposa, así que buscó alivio en otra parte, con tan mala suerte que su prometida en secreto lo pescó y lo abandonó de inmediato. ¿Quién iba a pensar que ella se molestase por no haberla agobiado con su necesidad carnal? ¡El mundo estaba loco! Se frustró cuando la muchacha desapareció de la noche a la mañana, pero cuando Harding regresó a Londres y se topó con Sam —tal y como sus más allegados llamaban a la dama, y tal y como él se había referido cuando fueron cercanos— vio su oportunidad y luchó. Nada. De nuevo, ella le dio calabazas, lo mandó a paseo porque estaba enamorada de otro.

No tuvo más remedio que conformarse. ¿Esa doble negativa por parte de *lady* Samantha, contaría como uno o como dos rechazos? Mejor contarlo como uno, decidió lord Harding mientras repasaba su pasado sentimental.

Y su última decepción fue un gran mazazo todavía peor, porque en verdad sí estuvo bastante encaprichado con Sam y su negativa dolió, por lo que resolvió, durante la temporada, seguir los pasos de su padre. Eso implicaba aterrizar en el mercado matrimonial, decidido a buscar a una muchacha recién salida del cascarón que se impresionase con su título y que fuese una esposa bonita y mansa. La encontró y se propuso. El padre aceptó el compromiso, ella también, así que se firmaron los documentos y todo estaba listo para que se leyesen las primeras

amonestaciones cuando la muchacha se escapó con un primo que se la llevó a Gretna Green.

¡Vuelta a empezar!

No tenía ganas de seguir buscando. Si para un conde con fortuna la cosa de encontrar a una prometida era complicada, ¿cómo sería para un simple mortal?

No entendía lo que sucedía con él. Y como no sabía si tenía algún tipo de maldición o algo semejante sobre él, decidió ir con más cautela.

Ese era el motivo por el que esa temporada hubiese resuelto tomárselo todo con tranquilidad. Varios amigos le comentaron que, tal vez, si dejase de buscar, la indicada podría llegarle llovida del cielo.

¡Qué tontería!

Lo que le había llegado del cielo era una lluvia torrencial, acompañada de rayos y truenos, que lo mantenía bajo un árbol monumental en el que aguardaba, sin paciencia alguna, a que el temporal se disipase.

Había llegado justo la noche anterior a casa del vizconde Leith, un caballero cuya esposa se había empeñado en ofrecer una pequeña fiesta en su casa de campo, en Watford. Le daba en la nariz que *lady* Leith estaba al tanto de sus desventuras y que quería hacer de casamentera.

Si lograba emparejarlo adecuadamente, tenía su consentimiento para hacerlo. El problema no era comprometerse, eso se le daba muy bien. De hecho, se había convertido en todo un maestro en el arte del compromiso, lo que sucedía era que no llegaba a materializarlo en boda.

Un trueno resonó a lo lejos. Había sido precedido por un rayo impresionante. Era como si el fin del mundo se acercase.

Escuchó unos cascos por detrás del tronco del árbol en el que se había refugiado y se movió para ver a qué otro hombre le había sorprendido la lluvia mientras cabalgaba de buena mañana.

Interesante. No era uno de sus congéneres.

Una mujer. Y la dama estaba montando a horcajadas. ¡Inaudito! Ella debía de ser una especie de… de… Era demasiado varonil, poco femenina o algo por el estilo. Los tiempos estaban cambiando demasiado rápido en su opinión.

La desconocida llegó hasta su posición y bajó de un salto. ¡Llevaba unas botas hessianas! Seguramente se las habría robado a su hermano o algún pariente masculino.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —dijo Samuel de mala gana. ¡Con lo bien que estaba él pensando en sus desgracias en la soledad de una gran tormenta…!

—Espero que no le importe que me haya detenido para aguardar la calma. —El caballo de ella estaba junto a la montura de él. No le hubiese extrañado que hubiese estado montando un semental, pero no. Era una yegua apropiada para una mujer del todo inapropiada.

La miró de arriba abajo. Ojos azules, el color era lo único adecuado que Harding observaba en ella, pues lo demás no era nada reseñable. Su pelo mojado se veía oscuro y su figura era tirando a redondeada. Su rostro estaba cubierto de pecas hasta en la punta de la nariz. La altura también podría ser apropiada. El color de los ojos y su altura eran lo único que podría ser interesante, porque no era ni baja ni

demasiado alta.

—El olmo es lo suficientemente grande para cobijarnos a ambos, a los cuatro si contamos a los animales. —Señaló a los caballos.

—Confieso que estoy un poco avergonzada por… por…

—¿Por qué? —preguntó con cierta intransigencia e irritación cuando ella comenzó a titubear y se detuvo.

—Ya sabe, por… por…

—No, no lo sé —la corrigió en el mismo tono de intransigencia que había utilizado con anterioridad.

—Debe comprender que *lady* Leith me aseguró que nadie me pescaría montando a estas horas de la mañana. Yo…

—¿Se refiere a que cabalga usted como un hombre? —intuyó.

Ella afirmó con la cabeza.

—Hacía mucho tiempo que no montaba. Lo confieso. Y los animales de las cuadras del vizconde son una delicia. No pude resistirme cuando *lady* Leith me instó a escabullirme temprano mientras el resto de los invitados dormía. Si hubiese sabido que usted… yo no habría… No debí haberme dejado convencer por la vizcondesa, pero casi fue como si me obligase a darme el capricho. —Era evidente que la desconocida estaba mortificada y trataba de justificarse por su falta de decoro.

—¿La vizcondesa la animó a salir a esta hora?

Harding entrecerró los ojos y la miró con fijación. Ella se

sintió como si hubiese cometido un delito.

—Exacto —le respondió al improvisado juez.

—Y, por casualidad… ¿le comentó que los terrenos de la parte norte eran adecuados para una escapada?

—¿Cómo lo sabe? —inquirió la dama mientras fruncía el ceño.

Ahí el conde de Harding tuvo la confirmación de que la esposa del anciano lord Leith estaba jugando a ser una casamentera.

Harding se detuvo a examinarla con mayor atención. No era ninguna belleza. Estaba claro que nunca lo había sido, aunque había algo en su mirada que le resultaba atractivo. Era por el color de sus ojos. Un azul muy adecuado, profundo y llamativo, aunque ahí finalizaban todos sus encantos. Sus curvas estaban bien, un poco demasiado pronunciadas, pero una mujer con amplias caderas solía tener fama de dar a luz con facilidad.

—Deberíamos presentarnos —sugirió el conde en un tono serio, pero sin mostrar irritación.

—¿Sería adecuado hacerlo? —Ella se veía nerviosa en ese momento. Él tuvo ganas de resoplar—. ¿No podríamos esperar a que amaine la tormenta y hacer como que este encuentro no ha tenido lugar? —A ella no le apetecía incrementar su corta lista de conocidos. Vivía una existencia tranquila en casa de su hermano, la esposa de este y los niños de ambos. Si había acudido a la fiesta de los vizcondes solo era por una buena razón. No debió haberse dejado llevar, pero cuando se despertó esa mañana porque alguien llamó a su puerta a horas intempestivas y descubrió unas botas hessianas y unos pantalones masculinos en el suelo, supo que la poco ortodoxa *lady* Leith le estaba dando permiso para salirse del redil durante una hora como máximo. Y como el sol apenas había

comenzado a despuntar, dio por supuesto que nadie se daría cuenta de su desfachatez.

—Hemos transgredido las normas del decoro. Usted más que yo… —Hizo un ademán con la mano para ver si ella le ofrecía su nombre.

—¿Quién es usted? —preguntó antes de desvelar su identidad. Le parecía apropiado que se identificase él primero.

—¿Es usted de naturaleza desconfiada?

—Lo cierto es que sí —admitió con sinceridad.

—¿Y no le pareció oportuno acogerse a dicha cautela antes de salir para montar en pantalones y a horcajadas? Diviso muy bien su silueta tan mojada como está —la acusó. Oh, sí, ella sintió la acusación. Juzgada y condenada por su juez y verdugo. ¿Qué castigo le impondría?

La vio palidecer y estuvo satisfecho con su sermón.

—Tiene usted razón. No debí haberle molestado. Me iré de inmediato.

Justo cuando el conde iba a objetar por la locura, y después de que un trueno resonase con toda su furia, un nuevo gruñido captó la atención de ambos.

Al parecer, el semental que había estado montando Harding se puso cariñoso y la yegua lo estaba aceptando de buena gana.

—Dios mío… —musitó ella al ver la estampa tan incómoda que estaban protagonizando los caballos.

Samuel tuvo ganas de echarse a reír, era imposible que *lady* Leith hubiese podido orquestar también que los animales comenzasen a copular delante de ambos.

—Está más que claro que si la tormenta no era suficiente razón para pararle los pies, el acto que se está llevando a cabo a nuestra derecha sí lo es. Yo en su caso no trataría de interrumpirlos, tanto el semental como su… compañera, no se lo tomarían a bien.

—La casa no está demasiado lejos, yo podría ir caminan…

—No se muestre más incauta de lo que ya ha demostrado ser. No se irá a ninguna parte hasta que no sea seguro. Y no importa si los caballos concluyen sus actividades antes de que la lluvia se detenga. No pienso permitirle que se marche.

—Pero… —comenzó a objetar la mujer.

—Es mi última palabra. Ahora me presentaré, y luego lo hará usted. ¿Está claro?

—¿Le han dicho alguna vez que se comporta de un modo un tanto…?

—¿Quiere que hablemos de malos comportamientos, *madame*?

Una nueva amonestación que la hizo sentirse como si a sus veintisiete años no tuviese más que cinco. Ni su hermano la reprendía de ese modo. Aunque su hermano Simon no se atrevería a incomodar a Jasmin, porque su esposa lo reprendería por molestarla a ella. Cuando las mujeres se unían contra los caballeros era delicioso.

—Haremos lo que propone —claudicó.

—Soy el conde de Harding, a su servicio. —Y pese a que se presentó de modo muy solícito, con reverencia de cabeza incluida, a ella le pareció que él no estaba a su servicio en absoluto. Era más, comenzaba a pensar que la detestaba y eso le agradaba mucho.

Tragó con fuerza y se obligó a controlar sus nervios. Debía aparentar normalidad. Le sonrió con cautela, muy brevemente, porque si en su juventud sí pudo permitirse ser una coqueta consumada, ya no lo era en absoluto, y le hizo una reverencia que seguro que se veía ridícula con pantalones.

—Señorita Wade a su servicio también.

—Su nombre, dígame su nombre —la urgió. Ella se asustó. No quería que los invitados de la vizcondesa conociesen su identidad. Bueno. Solo quería que uno de ellos, que por cierto no había llegado todavía a la residencia, la conociese.

—¿Y el suyo? —rebatió ella presta.

—¿Es siempre tan incauta, señorita Wade? —preguntó de nuevo irascible.

—¿Y usted tan poco transigente?

—Soy un conde, señorita. Si le pregunto su nombre debe decírmelo.

—Cuando usted ofrezca el suyo.

Él refunfuñó. *Lady* Leith no solo trataba de emparejarlo con una mujer poco agraciada, sino que además era impertinente.

—Samuel. Me llamo Samuel.

—Puede llamarme Rose —ofreció ella a cambio. Él levantó una ceja acusadora. La dama se apresuró a preguntar—: ¿Qué he hecho ahora? —se quejó.

—Me está instando a llamarla por su nombre de pila. —Eso era un atrevimiento muy descarado—. ¿Está compinchada con *lady* Leith? ¿Cuántos años tiene, señorita Wade?

—¿Qué? ¿Qué? —Las dos preguntas junto con la otra observación la tenían un poco despistada.

Samuel volvió a centrarse en la apariencia de su supuesta improvisada compañera. Calculaba que había pasado los veinticinco años posiblemente. Cuando se encaprichó con Sam, ella era mayor, adecuada, no una niña, y había pensado que necesitaba eso, una verdadera mujer. La que tenía enfrente contaba con una edad que él podría aceptar, y su físico le garantizaba que no tuviese a ningún galán tras sus faldas… pantalones en ese caso. Seguro que la denominada Rose —un nombre que no merecía una dama con un aspecto tan corriente, tan sencilla— había renunciado a sus opciones de casarse, por eso la vizcondesa le seleccionó una presa fácil. Le iría bien proponerse a una mujer sin belleza y entrada en años, que además no contaría con los contactos adecuados, puesto que era solo una señorita y no una dama aristocrática. Parecía ser una opción segura, debería tomarla en cuenta como una posible candidata.

Además, podía ver a la vieja cacatúa entrometida de la vizcondesa confabulando con la señorita Wade para idear un modo de que ambos se encontrasen, un modo para que él se fijase en ella. Seguro que lo de los pantalones fue para captar su atención por completo, porque verla montar a caballo a horcajadas… No sería honesto consigo mismo si no admitiese que verla cabalgar de esa manera hizo que su mente comenzase a pensar en un par de cosas que…

Decidió que la señorita Wade podría ser la solución a todos sus problemas. No la haría sufrir más de lo necesario. Aunque no le diría

de inmediato que podría relajarse, que su plan había tenido éxito. Él pretendía hacer otro *tour*, en esa ocasión por los Estados Unidos de América, de tal modo que cuanto antes se casase, la llevase a su finca de campo en Oxford, la embarazase y pariese, antes podría seguir con su vida. De nuevo pensó en su físico. Si era cierto que no le agradaba en exceso, haberla visto montando… esa imagen le parecía la mar de interesante. ¿Cómo se movería sobre él?

—¿Tiene veintisiete? —le preguntó.

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído. Necesito saber si no ha sobrepasado los treinta.

—¿Por qué? —indagó Rose sin saber a qué venía esa pregunta tan impertinente. A una mujer no se le preguntaba su edad. Era algo fuera de lugar, más cuando era evidente que no era ninguna jovencita.

—Porque sería un requerimiento.

—¿Para qué?

—Responda de una vez y no nos haga perder el tiempo a ninguno de los dos —la urgió.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y dos —dijo con orgullo.

—Tengo veintisiete.

—Tendrá que servir. —Lo escuchó que indicaba.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo definiría su carácter, señorita Wade?

—¿Qué?

—¿Tiene problemas de audición? —indagó con precaución.

—¿Es consciente de que sus preguntas son…?

—Adecuadas —la frenó él. Si ella quería ocupar el puesto de *lady* Harding, por lo menos debería darle algo de información. ¿La vizcondesa no le habría aconsejado mostrarse mansa y servicial para que él fuese menos reacio a aceptar el plan de ambas? ¿O acaso la vieja cacatúa habría dicho que sería mejor seguir llamando su atención mostrándose rebelde?

—Soy una solterona, efectivamente. No lo negaré porque me gusta mi graduación social. —No sabía si esa categoría para definir su edad sería acertada, pero le pareció oportuno.

—¿Proviene de una familia prolífica?

—¿Qué tiene que ver eso con nada, milord? —saltó incrédula.

—Pensaba tomarme este asunto con más calma, ser más cauteloso, pero usted no se hará más joven, así que el tiempo apremia.

—¿Qué?

—Supongo que es mejor así. Usted tiene pocas perspectivas y es evidente que se ha tomado muchas molestias. Así que sí, señorita Wade.

—¿Sí? —Le habría preguntado algo y no se había dado cuenta. Que extraño todo…

—Eso he dicho.

—Sí a ¿qué?

—Doy mi consentimiento.

—Su consentimiento… —repitió sin entender nada.

Él resopló. Así que no solo era escandalosa en todo lo que hacía. Estaba más que claro que no iba a renunciar a su momento de triunfo. Dios librase al mundo del orgullo femenino.

—Puesto que pretendo ser un esposo magnánimo… lo haré.

—Lo siento, milord, pero debe creerme, yo no sé… —Rose se quedó callada cuando lo vio descender sobre su rodilla izquierda, ¿o era la derecha? No lo sabía porque la acción la estaba asombrando tanto que no entendía lo que ocurría.

—Aquí tiene su milagro antes de los treinta, señorita Wade —empezó a decir él—. Soy un conde que no quiere perder más el tiempo. No es la esposa que hubiese elegido, pero tal vez es la que me conviene, porque carece de una belleza sublime y admito que su ingenio me ha impresionado —añadió en referencia a su plan para cazarlo—. Pasaré por alto su falta de contactos también o si su familia es escandalosa, ¿quiere casarse conmigo?

Rose permanecía con la boca abierta. Le estaba sujetando la mano entre la suya. ¡Qué diantres!

—¿Disculpe? —preguntó con un hilo de voz. La situación la

tenía sobrepasada. No debió haber abandonado la finca de su hermano. Los sueños de juventud estaban mejor en el pasado, en su cabeza, ahí dentro olvidados. Toparse con el conde de Harding no había estado previsto. Verlo arrodillado… ¿declarándose? ¿Cómo podía ese hombre estar proponiéndole matrimonio?

—¿Quiere casarse conmigo, señorita Wade? —repitió tratando de controlar su paciencia.

—Pero… —Iba a pedirle que le explicase su arrebato para ver si el conde tenía algún problema mental. ¿Se habría escapado de Bedlam?

—Es una pregunta sencilla —la interrumpió de mala gana— que debe responder, señorita Wade, de una sola manera. Sospecho que soy su última oportunidad para salir de esa insulsa existencia que vive. Entiendo que, incluso a su edad y con su… apariencia, tiene usted su orgullo femenino, ese que está manteniéndome sobre la rodilla en medio del barro, pero le ruego que responda de una maldita vez —pidió con los dientes apretados.

En opinión del conde, Rose Wade debería ser quien estuviese arrodillada, no él. Encima de que no iba a hacerla sufrir más de la cuenta para que presumiese ante *lady* Leith de haberlo atrapado, después de que él pasase por alto todas sus faltas y se mostrase atento al pedirle matrimonio, la mujer optaba por mostrarse *difícil*.

—No quiero, lord Harding —se negó, para luego soltarse de su agarre a toda prisa y comenzar a echar a correr—. ¡Lleve a la yegua a las caballerizas cuando deje de llover! —le pidió a pleno pulmón mientras seguía huyendo a toda prisa.

—¡Señorita Wade! —gritó con fuerza, incapaz de poder levantarse y seguirla.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamó Rose, sin que sus piernas se detuviesen.

Le tocó el turno al conde de Harding de quedarse con la boca abierta. ¿Qué demonios acababa de suceder? Iba a aceptar a esa solterona sin gracia alguna, con demasiado temperamento y poca sensatez. La oportunidad de su vida… ¿Cómo era posible que incluso las desesperadas e insulsas lo despreciasen?

El golpe que sufrió en su orgullo fue el más duro de todos. Ningún rechazo lo había dejado tan decepcionado y desolado como el de esa pequeña tonta que se había atrevido a negarse. Samuel frunció el ceño. Por norma general, ellas le decían que sí, y luego se negaban a casarse con él. Esta vez, la señorita Wade le había dicho que no, ¿eso implicaría que acabaría casándose con ella?

¿Esa negativa tan mortífera formaría parte de su plan para que la persiguiese? ¿Era un modo de que ella…? ¿De que ella…? ¿De qué? ¿Qué finalidad tendría la mujer para negarse a lo que ya tenía hecho? Él se había propuesto, ese era el fin de todo plan femenino, que un hombre formulase la pregunta…, ¿no?

El sonido del caballo bajándose de la yegua lo devolvió al presente.

—Al menos, tú has conseguido un poco de acción… —le dijo al semental.

Se movió de debajo del árbol, aunque no había parado de llover ya no lo hacía con tanta fuerza como cuando Rose Wade salió huyendo. Era el momento de regresar a las cuadras y dejar a los animales allí.

¿Cómo seguiría a partir de ahí? Harding no tenía la menor idea de lo que pretendía la dama, ni tan siquiera sabía qué quería él, qué

sentía después de otro rechazo más.

¡Maldito fuese el matrimonio y el deber!

Si no se casaba, un primo lejano sin sesera acabaría heredándolo todo. Su padre lo esperaría en el otro lado para atizarle con un garrote, y llevaría razón al acusarlo de ser más estúpido que su pariente.

¿Quién se creía que era Rose Wade para negarse a ser su esposa?

¡Inaudito!

Más allá de la decepción de su negativa, de la ira de su respuesta, había algo latiendo en su interior. Un sentimiento extraño que no lograba identificar. ¿Qué sería? ¿Hambre? No, seguro que eso no era. ¿Anticipación ante un gran reto? No, tampoco sería esa locura…

Capítulo 2

Las preguntas insólitas

Harding creía que podría estar perdiendo la cabeza. No había preguntado por Rose porque no se había atrevido, aunque sí que la había estado buscando con discreción durante los últimos dos días que llevaba en marcha la maldita fiesta.

Rose.

Un nombre extraño para alguien todavía más compleja. No había dejado de pensar en ese nombre y no entendía el motivo. Era como si ella fuese… como si… No lo entendía. Samuel solo era consciente de que ese nombre se repetía una y otra vez en su cabeza.

Una imbecilidad manifiesta, dado que después de la negativa de ella habría tenido que desterrarla de su mente a toda prisa. Y en cambio no dejaba de pronunciar el nombre en silencio y en voz alta cuando estaba solo. ¿Por qué motivo? Sería por la promesa que se hizo de que la próxima no escaparía de sus garras. Tenía que ser ese el motivo.

¿Dónde se había metido esa mujer ingrata que lo desairó?

El conde debería hacer una lista sobre todas las mujeres que

habían vapuleado su orgullo masculino. ¿Había algún club formado por mujeres dispuestas a evitar que se casase? Si así fuese las damas que se habían negado a compartir su vida con él deberían estar ahí inscritas.

Cansado de pensar y tratar de localizar a Rose, decidió que era hora de dar un paso al frente. Divisó a la anfitriona de la fiesta en medio del baile que se celebraba esa noche y se dirigió hacia ella. Las charadas que se llevaron a cabo la noche anterior fueron divertidas, las hubiese preferido en lugar de bailar. De acuerdo, Harding no le había pedido una danza a ninguna mujer durante la hora y media que llevaba transitando por el salón principal en busca de Rose.

¿Por qué no podía olvidarse del dichoso nombre? Y si pudiese sacar a esa sencilla solterona de su mente, todavía le iría mejor. Había en la fiesta mujeres más apropiadas, más bonitas y no tan mayores, pero ahí estaba él, dirigiéndose con paso firma hacia *lady* Leith para descubrir el misterio que envolvía a Rose.

—*Lady* Leith, permítame decirle que sus fiestas siguen siendo elegantes, pero sobre todo jamás dejan de ser divertidas —la aduló Harding.

—Es muy amable, milord. —La anciana le correspondió con una sonrisa—. Los dos sabemos que espero mucho de usted, dígame, ¿cuál de mis invitadas lo ha impresionado? —La vizcondesa tuvo el descaro de guiñarle un ojo.

—¿Por qué habría de haberme impresionado alguna, *milady*? Todo Londres está al tanto de que el género femenino no me tiene en alta consideración. —Le pareció demasiado directa, así que decidió saber qué lo habría delatado.

—Sus andares, lord Harding —le dijo la anfitriona como si le hubiese leído la mente.

—¿A qué se refiere?

—Tengo experiencia, milord. Reconozco a un hombre que acaba de tomar una decisión, y eso es lo que ha sucedido. ¿A quién debemos dirigirnos? ¿Tal vez *lady* Philippa? Es la hija de un duque, muy adecuada para convertirse en condesa, y no es ninguna muchacha que pueda pensar en fugarse a Gretna Green —la anciana suspiró—, también es cierto que esas tonterías se hacen cuando una es joven. Yo misma lo hubiese dejado todo cuando conocí a Leith, pero fui afortunada y mi esposo sentía por mí lo mismo. Mi padre no estuvo tan de acuerdo con la unión. Ya sabe, era la hija de un conde, y aceptar a alguien por debajo de ese título era bajar un peldaño en la escala social. Fue una suerte que mi madre hiciese entrar en razón a mi padre. Le bastó con negarse a hablarle durante un día. Las mujeres tenemos poco poder sobre un caballero, mas, si él besa el suelo que pisamos, ahí la cosa cambia. ¡Oh, lo siento! —se disculpó cuando advirtió que estaba divagando.

—Todo el mundo sabía que lord y *lady* Leith —habló de ellos en tercera persona porque la situación ameritaba— estaban enamorados cuando se casaron, *milady*. No se disculpe por recordar su historia de amor —la animó—. Lo siento, no es *lady* Philippa quien ha captado mi atención —se sinceró.

—Ah…, pero hay alguien. —La vizcondesa aplaudió con ambas manos. No se escuchó ningún sonido dado que los guantes de seda blancos amortiguaron las palmas.

—Bueno, yo quería preguntarle por… —La mente del conde se quedó en blanco. Solo le surgía el nombre de ella. Rose. Rose. Rose. De ahí no salía. Por descontado que no podía referirse a una mujer por su nombre de pila, ese gesto tan íntimo, además de ser escandaloso, denotaría una intimidad que no tenía con la mujer que se había negado a casarse con él para luego salir corriendo a toda prisa. ¡Qué desastre!

—¿Sí? —inquirió la vizcondesa un poco contrariada al ver

que él no seguía hablando.

—Lo cierto era que quería agradecerle su sugerencia de conocer la parte norte de la finca. Cada mañana he salido a cabalgar por allí, uno no se cansa de las vistas, aunque también es cierto que su esposo tiene los mejores caballos de la zona.

—Ya veo… —dijo enigmática la vizcondesa.

—Quedé algo… asombrado al descubrir los secretos de sus tierras, *milady*.

—Ajá… —señaló escueta la vizcondesa, para luego fijar la vista en los ojos de Harding. Una comunicación secreta parecía haberse establecido entre ambos.

—Me preguntaba si debería conocer alguna otra parte de su propiedad, o si me sugeriría dar algún otro paseo que resultase tan inesperado —indagó.

La mujer estrechó el ceño. Era como si estuviese evaluando la situación.

—¿Sabe que Leith no fue mi primera elección? No era el mejor partido que se me presentó. —El cambio de rumbo de la conversación lo dejó pensativo.

—No es por adularla, sospecho que solo necesita que su marido le riegue los oídos con cumplidos, pero seré atrevido, *lady* Leith. Usted todavía conserva la esencia de su belleza, doy por hecho que en su primera temporada no sería una muchacha con pocos pretendientes. Es lógico que Leith tuviese que vérselas con un pequeño regimiento que buscaba su atención.

Ella le sonrió complacida.

—Me alegra ver que sus desventuras con el asunto del matrimonio no le han quitado la caballerosidad, lord Harding. —A él no le extrañó que la vizcondesa le hablase de ese modo tan franco. Ella era conocida por no morderse la lengua. Opinaba sobre cualquier cosa, de hecho, decía que era mejor abordar los asuntos incómodos sin irse por las ramas porque todo resultaba ser más natural—. Le daré un consejo que no ha pedido, aunque los necesita. Un par de ellos. Ahí va el primero: ha considerar que el destino tiene sus propios planes para todos y usted no es la excepción. Debería alegrarse de que las damas que se negaron a aceptar su mano no lo hayan hecho. ¿Se da cuenta de lo que hubiese ocurrido si se hubiese casado con ellas y hubiera descubierto que no eran adecuadas? Los errores rara vez son perdonados, no obstante, no se puede escapar de los referentes a una mala elección en el matrimonio. Estoy segura de que todo ha ocurrido por un buen motivo y que se dará cuenta cuando encuentre al fin a su condesa. Ahora voy a darle una segunda recomendación: sería conveniente que conociese el cementerio de mi familia. Encontrará allí un pequeño jardín del que estoy muy orgullosa. La tierra que cobija a nuestros antepasados es húmeda, rica y fuerte, por eso planté allí varios ejemplares de cardos escoceses. Mi abuelo juraba que por sus venas corría sangre de *highlander* y amaba lo escocés. También es verdad que se casó con una escocesa pecosa y pelirroja. Creo que fue por mi pelo como el fuego por el que Leith se quedó prendado… Ya estoy rememorando el pasado de nuevo… ¿De qué estábamos hablando?

—Del cementerio, *milady* —le recordó paciente.

—Cierto. Vaya a ver los cardos que Leith hizo traer de Escocia para demostrarme que aceptaba mis raíces rebeldes, tal y como las llama mi esposo.

—Comprendo —dijo, no muy seguro de lo que le estaba recomendando. ¿El cementerio? ¿Una visita al campo santo familiar a fin de ver cardos escoceses?

—Le recomiendo que aproveche para pasear antes de que salgan los primeros rayos de sol, y tenga cuidado, la humedad hace que el terreno sea resbaladizo. Leith se cayó sobre sus posaderas en una ocasión y tuvo que guardar cama por una rodilla dolorida durante un par de semanas. —Se quedó un momento pensativa—. Buenos recuerdos, sí. Dos semanas en el lecho que podrían parecerles aburridas a los caballeros sin imaginación… —añadió, para luego dejarlo solo con sus pensamientos.

Harding tomó una larga bocanada de aire. Luego se fijó en las mujeres que *lady* Leith había invitado a su fiesta, lógicamente seguía buscando a Rose, pese a que no la divisaba en ningún lugar. Se dio cuenta de que no había ninguna jovencita. Tampoco grandes bellezas. Ya lo había notado antes, lo que era más significativo eran los caballeros que allí estaban.

¿Cómo no se había fijado antes? Eran solteros, en un rango de una edad similar a la de él. Ahí estaba el señor Fenelli, un rico comerciante italiano con una cojera significativa, lord Hellion, un vizconde que tampoco había logrado que ninguna dama lo aceptase debido a su tartamudez, luego vio al barón Redford, quien tenía un parche en el ojo…

¡Santo Dios!

¡La maldita fiesta era una obra de caridad!

Él mismo era un hombre difícil de casar… Por todos los demonios… Dios protegiese a los hombres de las bien intencionadas ancianas vizcondesas que creían en el amor.

Y puesto que estaba viendo a *lady* Leith dirigirse, con una dama que seguramente también tendría alguna tara, hacia un caballero que había aceptado ser calvo y que prescindía de su peluca… No podía haber duda alguna. La vizcondesa estaba ejerciendo su poder como casamentera y Harding era muy consciente de que lo había emparejado con la

desagradecida solterona a la que por lo visto encontraría al día siguiente en un cementerio rodeada de cardos antes de que despuntase el sol.

¡Formidable!

***

Rose se levantó, como hacía siempre, antes de que los demás siquiera sospechasen que el amanecer estaba a punto de producirse. Se sentó en la banqueta frente al espejo, en la habitación que le había designado la vizcondesa, y se alegró de haber traído ropa adecuada para poder ocuparse de sí misma sin necesidad de la ayuda de ninguna doncella.

Su hermano la había obligado a acudir a una fiesta un poco secreta, cuya finalidad era la de emparejarla con un caballero. Al menos, el patriarca de la familia le había dicho que la forzaría a tomar una decisión, y que si hubiese algún hombre que le agradase lo aceptaría, independientemente de que él tuviese el estatus y la fortuna que una familia respetable exigiría.

¡Como si ella volviese a ser una joven recién salida del cascarón!

Debería sentirse halagada. El conde de Harding, con quien *lady* Leith la había emparejado, la había aceptado sin pestañear. Había escuchado que la vizcondesa resultaba implacable, pero verlo por sí misma… Seguro que había planeado que ambos se encontrasen bajo aquel árbol monumental. Oh, sí. La anciana había informado al conde de dónde iría ella a cabalgar para que le tendiese una trampa.

Se fijó en su aspecto. Esa proposición tan extraña que le había hecho, con la que la había insultado sin decir ni una sola mentira, porque ella ya no podía aspirar a otra cosa que no fuese… Se quedó pensativa. Recordaba a Harding de su juventud. Cuando el conde se presentó se quedó asombrada al saber a quién tenía exactamente frente a sí misma. *Lady* Leith se había vuelto loca. Eso era innegable.

No quería que él supiese su identidad. Le pareció oportuno decirle que se llamaba Rose Wade, usar su segundo nombre y su apellido no era una gran falsedad, después de todo. Harding había cambiado muchísimo desde la primera vez que lo vio, sin embargo, no se le apreciaba ninguna tara. Era guapo, más que eso. Sus ojos seguían siendo muy expresivos, una mirada resplandeciente de color chocolate con miel, y tenía todo el cabello en su lugar. Alto, musculoso, todo un epítome del buen gusto, lo ideal para ser un conde, pero si la anciana lo había invitado a la fiesta, era porque él no era todo lo perfecto que debería. Su fortuna. Lord Harding habría despilfarrado su dinero y de ahí que tuviese tanta prisa por proponérsele. No quería casarse.

El pasado todavía dolía. Si bien era cierto que lo había superado con cierta dificultad, lo importante era que todo quedó atrás.

Atrás y alejado como la belleza que Dios le concedió y que le metió en tantos problemas antaño. Había pensado que ser una joven bonita sería una gran bendición. Lo fue, porque los jóvenes hacían cola para ir a su casa y que ella les dedicase su tiempo, con el carné de baile siempre rebosante, las cabezas se giraban para admirarla.

No quedaba ni un ápice de lo que fue. No era bonita ya. Además, no quería serlo. Despreció cada una de sus cualidades físicas cuando todo aquello sucedió. Si ella hubiera sido menos llamativa, nada hubiera ocurrido. Su pelo era oscuro, una maraña sin gracia de un tono amarillo anciano. Y todas esas manchas en su rostro, que aparecieron cuando dejó de usar a todas horas los sombreros para salir… Definitivamente, lord Harding debía estar muy desesperado para haberse

propuesto de inmediato y estaría todavía más demente si pensaba que Rose lo aceptaría.

Se había enamorado una vez. Con eso bastó para saber que no encontraría a nadie igual que él.

Su primer amor.

Su único amor.

Había pérdidas que no lograban superarse jamás. Y traiciones que lo eran todavía peores. Seguro que lord Harding estaría de acuerdo con ella, en especial en el segundo punto.

Sonrió satisfecha. Le había prometido a su hermano ir a la fiesta y que se comportaría, pero nadie dijo nada de participar en las actividades que la vizcondesa planeaba. Rose podía sobrevivir hasta que finalizase la tortura con sus libros, los escritos de historias que ella misma producía y las salidas tempranas.

Tras haberse encontrado con Harding durante la tormenta, había prescindido de cabalgar, había salido a caminar los días pasados, pero por otro lugar muy alejado de allí. Rezó para que el conde no hubiese decidido variar su rutina cuando salía a montar. Al parecer no lo hizo porque no se topó con él ni una sola vez.

Una fiesta, y ella se había enclaustrado en su habitación. No tenía ganas de conocer a nadie, ni de bailar, jugar a las charadas, ni de nada de lo que allí se fuese a hacer. Salvo por las mañanas, que aprovechaba para respirar el aire fresco y sano.

Una de las doncellas le había hablado el día anterior de un lugar en el que crecían cardos escoceses, cuyas flores eran el orgullo de la vizcondesa. Así que se levantó de la banqueta y se dispuso a ir hacia allá para dar un enérgico paseo. Luego se entretendría con la novela de la

señora Radcliffe. Había comenzado a leer *Los misterios de Udolfo*, un relato gótico, por lo que visitar un cementerio sería algo interesante.

Llegó allí, se concentró en las preciosas lápidas talladas en mármol, algunas eran verdaderas obras de arte. Había tanta paz en un lugar así. Bajo la tierra descansaba la querida familia de los vizcondes, siglos de historia, de vidas… Era fascinante, un privilegio poder leer esos nombres.

—Un lugar peculiar para pasear, ¿no le parece?

La voz del conde de Harding, que le llegó desde atrás, le hizo dar un grito nada femenino y un salto todavía más vergonzoso.

—¡Me ha dado un susto de muerte! —exclamó la dama, al tiempo que se llevaba una mano al corazón y buscaba serenar sus nervios.

—No se altere tanto, si se muere está en el lugar indicado, a no ser que… —La mano de Harding salió disparada para darle un pellizco en el brazo.

—¡Ay! ¿Qué hace?

—Comprobar que no es usted un fantasma.

Rose abrió los ojos como platos.

—¿A mi falta de juventud, belleza y otras lindezas que me dijo el otro día, va a añadir la de que…? —Se quedó ceñuda—. ¿Qué insulto está prodigándome, lord Harding?

—¿Vamos a hablar de su negativa para casarse conmigo? —propuso.

—No, creo que sería mejor que olvidemos esa cuestión. Tenga buenos días, milord. —Acto seguido se recogió el bajo de la falda en un puño, dispuesta a salir corriendo. El conde no estuvo rápido en su reacción y ella se le escapó de inmediato. Comenzó a correr tras sus pasos…

—¡Señorita…! —Era imposible recordar el apellido de ella —. ¡Rose! ¡Rose, detente de inmediato! ¡Te ordeno que te detengas! —Usó su nombre de pila sin tener derecho a hacerlo. Incluso cambió a la informalidad sin darse cuenta de que lo hacía al decretar su mandato—. ¡Roseeeee! —gritó con más fuerza, para después dar paso a un silencio sepulcral.

La perseguida, que había escuchado el modo en el que él rugía, cómo la llamaba por el nombre que le había dado, oyó un grito profundo que finalizó con un silencio que la hizo dejar de correr.

¿Se había escuchado un golpe seco? ¿Como si…? Echó la vista atrás y vio que nadie figuraba a su espalda.

—¿Se ha caído, milord? —preguntó con precaución.

—¡Claro que me he caído! —vociferó—. Confío en que tenga la buena voluntad de venir en mi ayuda, o en caso de que resuelva abandonarme a mi suerte y decida marcharse, mande a alguien a buscarme, a no ser que su hogar sea el cementerio y las cadenas que la atan a este lugar no le permitan salir de aquí.

—Es buena señal que no haya perdido la perspicacia, supongo —advirtió Rose, a medida que se acercaba hacia donde intuía que estaría él tendido.

Lo encontró sentado sobre el húmedo barro. Un estropicio que le hacía tragarse la risa. Sin su sombrero, el pelo revuelto, la bota derecha rasgada y manchada. Y su cara era lo mejor. Enfadado, dolorido

y…

—¿Por qué tiene que hacer esas salidas tan dramáticas cada vez que nos encontramos?

—¿Por qué tiene que asediarme cada vez que nos tropezamos? —rebatió ella, usando deliberadamente la palabra «tropezar».

—¿Sabe lo que me ha costado dar con usted, señorita… señorita…? —se mortificó porque era imposible recordar el dichoso apellido.

—¿Le propone matrimonio a las mujeres que ve por primera vez aunque no pueda recordar ni cómo se llaman? —se burló ella desde la altura.

—Sí recuerdo su nombre, Rose. Lo que no logro es acordarme de su apellido —la corrigió.

El tono tan orgulloso en el que lo dijo hizo que ella levantase una ceja, al más puro estilo de un poderoso duque. Rose estaba copiando la forma en la que su hermano la miraba cuando iba a reprenderla, pero de eso, el conde, no era consciente, por descontado.

—¿Va a quedarse ahí parado todo el día, milord?

—¿Va a decirme su apellido? —replicó él.

—¿Le parece que eso es más importante que ayudarle a levantarse?

—Había dado por supuesto que se dio la vuelta y vino hasta mi posición para reírse de mí y que luego seguiría su marcha, de ahí que le haya preguntado por su apellido. Creí que tenía más posibilidades de que

volviese a repetírmelo que de que me ayudase con mi… delicada situación.

—¿Se ha hecho sangre? Creo que no —supuso mientras trataba de echarle una ojeada.

—No lo sé. No puedo examinarme con atención. ¿Usted, ve algo?

—No. ¿Considera que puede haberse roto un hueso?

—No lo sabré hasta que me ponga de pie.

—Entonces, no debe tener ninguna fractura, porque mi sobrino se dislocó el brazo hace un par de años y gritó mucho más que usted cuando me ordenaba detenerme.

—¿Siempre huye de sus pretendientes?

Ella le sonrió.

—Solo de los que me piden matrimonio y luego me persiguen como locos.

—*Touché*… —musitó el conde.

—Voy a ayudarle por pura compasión. Espero que se comporte, ¿de acuerdo, lord Harding?

No fue tanto lo que dijo, más bien el modo en el que lo dijo, como si… El conde se enfurruñó todavía más.

—¿Qué está insinuando? ¿Se atreve a pensar que podría darle un tirón, dejarla sobre el suelo y que me aprovecharía de usted?

—¿Va a hacerlo? —indagó la dama con suma seriedad. Los hombres eran muy peligrosos.

—No es usted tan deliciosa como para que no sea capaz de controlar mis instintos… —le arrojó a la cara aireado.

—Pero por lo visto sí lo suficientemente rica… —murmuró ella por lo bajo.

—¿Qué farfulla? ¿Está consultando con sus amigos fantasmas la conveniencia de ayudarme, Rose?

—No debería usar mi nombre de pila, no le he dado permiso —lo sermoneó.

—¿Y cómo quiere que la llame si no tiene la decencia de recordarme su apellido? ¿Señorita Espectro? Debería darle una lección y dirigirme así a usted a partir de ahora.

—¿Comprende que se acaba de convertir en una *damisela en apuros* y que soy la única que conoce su problema y paradero?

—¿Qué quiere decir con eso?

—No debería hacer que trate de huir de nuevo, milord. Suponga que me hace enfadar de verdad… Podrían pasar horas hasta que alguien lo encontrase o yo decidiese dar la voz de alarma.

—¿Le han dicho que es usted una experta en terminar con la paciencia de un caballero, señorita Espectro?

—Sí, no es algo nuevo. Mi hermano lleva años quejándose de eso mismo. Seguro que usted y él son buenos amigos —señaló más para ella que para el otro.

—¿Quién es su hermano? —A Harding no le había pasado desapercibido que Rose no estaba haciendo una suposición, sino que lo daba por hecho. Otro misterio más que añadir a la lista.

—¿Pido que nos traigan el té y mantenemos una cita social en el cementerio?

—Yo solo he venido porque me aconsejaron visitar los cardos escoceses. Es a usted a quien le gusta la compañía de estos lares. ¿Se siente cómoda entre espectros? Debe de ser así, dado que no la he visto sociabilizar con el resto de los invitados de *lady* Leith. A no ser, claro, que yo tenga razón y no esté viva. Dígame, ¿cuál es su tumba, señorita Espectro?

Ella se rio con ligereza. Bueno. Era un hombre exasperante, pero tenía su punto de humor.

—Seleccione las que tengan Rose en la inscripción y luego elija la que desee. Y si yo fuese un fantasma…, ¿no le parece arriesgado seguir tratando de disgustarme? ¿Qué sucedería si decidiese presentarme por la noche en su alcoba para atormentarlo, lord Harding?

Le tocó a él mostrarle esa perfecta y pícara sonrisa con la que Rose sospechaba que deslumbraría a las damas.

—¿Es una invitación, señorita Espectro? Podría estar interesado en averiguar la clase de tormentos que puede ofrecerle a un hombre, por la noche, en su lecho.

—Usted no es un caballero. Y no he usado la palabra lecho en mi disertación. Es muy consciente del sentido que he pretendido darle a mis palabras. No las tergiverse porque ha quedado claro que siempre que lo veo, huyo de usted —le afeó con cierta furia contenida.

—Deje de coquetear, señorita Espectro, y ayúdeme a

ponerme de pie —zanjó, sabiendo que había ido demasiado lejos con una insulsa solterona que habría podido desmayarse debido a sus conjeturas. Aunque sí que resultaba interesante que ella hubiese comprendido a la perfección lo que había dado a entender sobre tenerla en su habitación atormentándolo. ¿Cambiaría mucho si tuviese el pelo suelto?

Rose quería salir corriendo. Él se veía peligroso. Algo había cambiado en su actitud. De la molestia había pasado a… a… a otra cosa más peligrosa.

—Si trata de hacer algo indebido, milord, comprobará que soy capaz de defenderme —lo amenazó por si a él se le ocurría propasarse de algún modo.

—Su santidad está segura conmigo. Eso sin contar que no estoy en posición de llevar a cabo una seducción adecuada, mi rodilla está resentida y me maldigo por no haberme tomado al pie de la letra la sugerencia de *lady* Leith sobre ir con cuidado. He resbalado y estoy avergonzado por ser tan patán. Venga aquí y deme un poco de dignidad. Si me levanto del suelo creo que lograré sentirme un poco más afortunado.

—Quiero su palabra de honor de que se comportará. Nada de toqueteos indebidos ni otras bromas indecentes —lo avisó.

Él frunció los labios con rabia.

—No soy ningún truhan pervertido. Sé muy bien cómo debe ser tratada una dama. Si pudiese valerme por mí mismo, le aseguro que no osaría tocarla jamás.

—Me parece muy bien, incluso podría hacerle jurar que mantendrá ese pensamiento durante el resto de su vida —dijo ella satisfecha.

Él rodó los ojos. Una nueva ofensa a su orgullo masculino.

¡Qué desagradable era esa mujer! ¿Nadie le había dicho que para conquistar a un hombre debería ensalzarlo y no echarlo por el suelo? De acuerdo, él ya estaba en el suelo, más bajo no podía caer.

—¿Tan desagradable me encuentra que le produce arcadas el hecho de que mis manos lleguen a estar sobre su persona, señorita Espectro?

—Lo que me preocupa es lo que pueda hacer un hombre cuando sus manos están sobre una mujer. Soy desconfiada, milord, no puede culparme por preservar mi seguridad.

—No, supongo que no —tuvo que reconocer él.

—¿Así que la vizcondesa le dijo que tuviese cuidado con el terreno? —le preguntó cuando estaba junto al conde, agachada para ofrecerse como punto de apoyo para que se incorporase.

Harding le colocó el brazo derecho sobre los hombros y logró ponerse en pie.

—Así es.

—Quiere emparejarnos… —musitó, pues acababa de comprobar que sus teorías sobre la anfitriona de la fiesta campestre eran acertadas.

—Está visto que usted no opina que la vizcondesa tenga buen ojo para obrar como casamentera.

—No quiero casarme, eso es todo —le explicó.

—¿Se refiere a conmigo o con cualquier otro?

—Sentémonos en aquella roca, milord. —Señaló un lugar a unos pocos metros de su posición—. Trataré de quitarle la bota y ver si…

—No es nada grave. No hace falta que se convierta en mi ayuda de cámara, señorita Espectro. Aunque le confieso que sí necesito sentarme y probar la movilidad de la rodilla. La dureza de mi calzado debe haber evitado que me torciese el tobillo. Hubiese sido ofensivo convertirme en verdad en esa *damisela en apuros* que mencionó con anterioridad, en caso de no haberme resbalado.

—Creo que pisó un hoyo.

—Sí. Resbalé con un pie, metí el otro en un hoyo y acabé en el suelo. ¡Qué gran *héroe caballeroso* ha resultado ser usted! —bromeó.

—¿No puedo ser una heroína? ¿Debo ser un caballero de brillante armadura por haberlo rescatado?

—¿No ha insinuado, no una, sino dos veces, que yo era una *damisela en apuros*?

—*Touché* —le tocó a ella advertirle para reconocerle la verdad.

Llegaron hasta el lugar donde había una piedra más elevada para que él tomase asiento. Lo ayudó a descender, con tan mala suerte, que fue ella la que trastabilló y se lo llevó consigo de nuevo al suelo.

Se quedaron el uno sobre el otro. Lord Harding, al darse cuenta del accidente que se avecinaba, había sacrificado el dolor de su propia rodilla para rodearla con el brazo y maniobrar para que el impacto lo recibiese su espalda y no la femenina. Rose se quedó completamente echada sobre el cuerpo del conde.

—¿Quién es ahora el caballero de brillante armadura y la damisela que precisa ayuda, señorita Espectro? —se atrevió a restar importancia a una nueva situación incómoda.

Rose sacó la cabeza del cuello masculino. Bergamota, con trazos amaderados, con un toque a ¿vainilla? Una combinación extraña para la fragancia de un caballero, un conde en ese caso. No había querido olerlo. Era demasiado íntimo.

—Lo siento, no soy tan torpe… la mayoría de las veces —se disculpó, sin moverse. Los ojos de ella sobre los de él. Sus rostros muy cerca. A unos pocos milímetros. Tanto que a él le hizo cosquillas en la nariz su aliento.

—Huele dulce —aportó Harding.

—Uso solo jabón de lilas, no perfume. Usted también huele… ¿Vainilla? —Era evidente que no había pensado en la inconveniencia de hablar tal y como lo había hecho. Demasiado franca, demasiado directa.

—Sí, lilas, lo había sentido el otro día, olía a lluvia y lilas. Y también, sí al toque de vainilla en mi fragancia. Le dije a mi ayuda de cámara que era demasiado para un caballero, aunque… si le ha fascinado mi aroma, consideraré que estuve acertado al aprobar no cambiar de olor hasta que se terminase el frasco. Pero no. No me refería a su aroma a lilas, sino al de su boca. Huele a chocolate —dijo al fin.

—Me gusta mucho desayunar un poco de chocolate caliente con un par de galletitas de mantequilla. No importa si son las seis de la mañana o las doce, cuando me levanto, lo necesito. No tengo motivos para vigilar mi figura en exceso y me permito ese capricho —le desveló, sin saber en realidad el motivo por el que le acababa de hacer dicha confesión del todo privada.

Rose se dio cuenta de que la mirada de lord Harding estaba fija en sus labios. Así que los ojos de ella se dirigieron de inmediato a la boca masculina.

Labios gruesos que se apreciaban suaves. El conde los tenía entreabiertos.

Ella gimió y su mente tomó una decisión increíble. Recorrió el corto camino que existía hasta el conde de Harding y los labios femeninos se colocaron sobre los masculinos sin más. Un acto impulsivo que fue imposible remediar.

¡Lo estaba besando!

Un contacto tímido. Un aleteo pequeño, pero era un beso que Rose mismo había iniciado.

—Quiero que me bese —admitió la dama con franqueza, porque no sabía cómo seguir con lo que estaba haciendo.

—Eso estamos haciendo —susurró él sobre la boca femenina.

—Quiero que me bese como un hombre de verdad hace con una mujer decidida —sugirió. Más tarde se preguntaría qué la había motivado a ser tan temeraria, porque en esos momentos era crucial comprobar por qué no le tenía miedo a él. Por qué su cercanía no la abrumaba. Por qué decidió que tenía que besarlo y pedirle a cambio que tomase las riendas de la situación.

La respuesta inicial a la petición fue emitir un gruñido gutural que lo sorprendió. Y como si ya estuviese degustando su lengua, el deseo que sintió el conde lo desgarró por dentro, más por la valentía que detonaba el tono de su voz que por sus actos en sí.

—Me alegra escuchar tus palabras —cambió a la informalidad porque la ocasión ameritaba—, porque es justo lo que deseo hacer.

Sin nada más que alegar ante su súplica, porque se sentía pletórico, despegó un poco la cabeza del suelo y buscó la boca de Rose. Posó los labios en los de ella mientras uno de sus brazos se alargaba para colocarse en la zona baja de la espalda y el otro la sujetaba por la nuca, no fuera caso que pretendiese escapar.

Rose apenas podía creerse que estuviese siendo besada por el conde de Harding en medio de un cementerio, con los cardos escoceses como únicos testigos de la hazaña. Si fuese capaz de pararse a pensar en lo que estaba ocurriendo, si el fervor y la pasión con la que él la besaba no fuese comparable a la fuerza capaz de hacer que un barco zarpase, que una guerra arrasase un territorio o que la pólvora hiciese explotar todo tipo de cosas, tal vez hubiese podido conservar la cordura y rectificar cuando todavía era posible hacerlo.

Hacía mucho tiempo que los besos le habían parecido agradables, pero cuando descubrió lo peligrosos que se podían tornar, los había aborrecido por completo. Y en cambio, ese frenesí que Harding le estaba proporcionando, ese anhelo que se formaba en el más hondo de su ser, parecía correcto, natural. No tenía miedo de estar besándose con él, porque, oh, sí, Rose estaba participando muy activamente en esos besos desquiciantes. Seguramente era porque estaba encima de él, porque a pesar de que la mantenía sujeta, no ejercía la suficiente presión como para temer ser su prisionera y que la obligase a quedarse entre sus brazos. Para probar su punto, con esa pequeña brizna de inteligencia que le quedaba, trató de moverse, de separarse de él. Ahí estaba, no había ningún forcejeo, solo un movimiento natural, no una imposición, solo un acomodamiento más práctico.

Ese hombre que la besaba le había propuesto matrimonio hacía ¿cuánto? ¿Un par de días?, ¿tres?

Su proposición fue un desastre y el modo en el que escapó tras la pregunta fue incorregible, y ahí estaba, disfrutando de una intimidad que le adormecía los sentidos, que la hacía sentir mullida, calentita y suave. No era que Rose se hubiese transformado en una almohada. Solo resultaba… encantador.

El conde era un besador encantador. ¿Existía eso? ¿Había besadores de mujeres que fuesen encantadores? Si no existiera, lord Harding bien podría ser el precursor de una nueva corriente.

No era amor ni nada de eso, aunque sí que debería reconocer que le agradaba el nuevo descubrimiento. No estaba totalmente rota después de todo. Era una mujer disfrutando de un encuentro furtivo apasionado.

Tan excitante estaba siendo, que en algún punto de su aventura, los dos habían intercambiado las posiciones, de tal modo que Rose yacía bajo el cuerpo del conde, quien hacía todo lo posible por no aplastarla, solo la besaba, le susurraba algunas cosas tiernas y… ¡Dios santo! Esos besos en el lóbulo de la oreja deberían ser pecados. Sin contar que las lamidas donde le latía el pulso deberían estar prohibidas.

¡Qué hombre!

¡Qué pasión más agradable!

La encendía. No. Error. Rose estaba ardiendo ya hacía rato. No desde que sus labios se juntaron, pero sí después de que las lenguas de los dos se encontrasen para saborearse la una a la otra.

Delicioso.

¿Dijo que era un besador encantador? No. Era formidable. El modo en el que la besaba mientras sus manos le amasaban los senos… Y cuando la lengua avanzó hasta el borde de su escote para humedecer su

piel…

La espalda de Rose se arqueó en el momento en el que se dio cuenta de que su pecho estaba al descubierto y que el conde planeaba amamantarse de ella. Era pecaminoso. Decadente. Y sin embargo, era incapaz de ordenarle que se detuviera. Solo era una mujer, sin ninguna otra consideración o título, disfrutando del hecho de ser deseada, besada y adorada por un hombre apuesto.

Casi gritó de frustración cuando Harding dejó de chuparle los pechos para regresar en busca de su boca. A continuación, interrumpió los besos y le enmarcó el rostro entre las manos. Le acarició los pómulos con los pulgares. La blanca sonrisa de Harding la deslumbró.

—Si no me frenas, esto no tendrá vuelta atrás, Rose.

—Yo… —Se mordió el labio inferior. No veía más allá de sus besos. Quería más. Que la volviese a besar, que le acariciase los senos con esa ternura, con esa intensidad tan agradable y placentera.

—¿Eres inocente, *mia caramella*? —preguntó con suavidad —. No te condenaré si no lo eres, pero te tomaré de inmediato si me das tu permiso.

—Te necesito… —alegó sin artificio alguno. Una confesión sincera. Se había instaurado en su interior una necesidad un tanto desconocida, algo nuevo que tenía ganas de conocer hasta el final.

—Serás mía si hago lo que los dos deseamos, *ma bella* Rose. Sin vuelta atrás. Te convertirás en mi condesa. —Tuvo el buen juicio de replegar sus deseos carnales a fin de recordarle lo que implicaría seguir adelante. Era lo adecuado, pues ella le había dicho que no se casaría con él y si llegaban a más, no la dejaría ni bajo pena de muerte.

Samuel se dio cuenta del momento exacto en el que Rose

salió de las brumas de la pasión. El gesto de pánico que compuso fue esperpéntico. Toda una gran patada en su orgullo. Y si era cierto que el tamaño del conde era grande, la patada lo fue mucho más.

—Debo irme —le dijo, al tiempo que lo empujaba hacia atrás para salir de su cautiverio.

—Así que ya has terminado conmigo y me despides como a un sirviente. —No había ninguna pregunta ahí.

—No es eso en absoluto —respondió ella a la acusación directa.

—¿Y cómo lo llamarías entonces?

—Por favor, libérame de inmediato.

Harding resopló, pero no se quedó más tiempo del necesario sobre ella. Se puso en pie de un salto y le tendió la mano para ayudarla. Por descontado que Rose se colocó bien el vestido por sus propios medios y se irguió sin tocarlo. No se atrevía ni a mirarlo. La vergüenza que sintió fue… inmensa.

Era muy consciente del horror que veía en la mirada de la mujer que había respondido tan bien a sus besos, a sus caricias. Por amor del cielo, no hacía más de unos pocos segundos que le había dicho que lo necesitaba, y Samuel sabía bien en qué contexto se enmarcaba dicha urgencia.

Había tenido los senos plenos de esa mujer en su boca hacía también poco tiempo y ella ni reconocía su presencia.

—¿He de pedirle alguna moneda, señorita? —No le pareció bien emplear el sobrenombre que le había otorgado, ni tampoco utilizar su

nombre.

—¿Disculpe? —Los dos regresaron a la formalidad porque la ocasión lo había vuelto a exigir.

—Ya sabe, por haberle dado unos minutos de placer.

—Esto no ha debido ocurrir —consideró Rose.

—Perfecto —ironizó—, me acaba de degradar, he pasado de ser su semental a ser un gran error. No hay duda de que sabe cómo mantener la atención de un caballero, señorita.

—No había planeado que… Y yo… Le aseguro que no soy ninguna falda ligera.

—No, por lo visto, eso lo soy yo —continuó él con hastío.

—Siento que usted…

—¿Qué es lo que siente, *querida*? —se burló de ella al usar esa palabra que denotaba que había una intimidad muy fuerte entre dos amantes.

—Necesitaba saber si era posible que yo…

—Adelante, la escucho. Si mi intervención ha servido para que haga algún tipo de prueba o experimento… ¿Qué calificación he obtenido? ¿Adecuado? ¿Uhm? ¿No? ¿No soy lo suficientemente bueno para que me tome en consideración para el matrimonio, pero sí para un revolcón rápido en medio del cementerio? Porque no me ha querido ni recordarme ni su apellido —se enfadó por eso también.

Las mejillas de Rose no podían estar más rojas. No le

molestaba que la dama se estuviese sonrojando, solo que no lo mirase a los ojos.

Por su parte, ella sabía bien el aspecto tan desagradable que debía tener. Su pelo se había soltado, estaba llena de pequeñas hierbas y manchas de barro por todas partes. Desde el abrigo de lana verde oliva hasta el pelo. Él se veía igual de decadente.

La dama se agarró las manos porque no dejaban de temblarle. Carraspeó y se obligó a mirarlo. No lo logró. Todo lo que observaba era el nudo mal hecho de su corbata, ese que se habría deshecho mientras rodaban por el suelo. Hizo acopio de la poca valentía que le quedaba y habló:

—Mi comportamiento no tiene excusa. Solo le diré que le agradezco muchísimo su…

—Mi revolcón —la ayudó él. Al menos no negaba que le había agradado, pero, por amor del cielo, ¿era necesario que le diese las gracias por ello? ¡Qué mujer tan extraña!

Ella gimió. No podía quejarse porque eso era lo que habían compartido.

—Me ha ayudado más de lo que jamás podrá entender. Siento mucho que las cosas se hayan puesto…

—Estabas gimiendo mientras te chupaba los pezones, Rose. —Cambió a la cercanía en el trato otra vez y usó esas palabras soeces adrede—. Las cosas no se han puesto nada, me has concedido tus favores y era obvio que disfrutabas con los míos. Ten la deferencia de mirarme a los ojos mientras me mandas al infierno después de haberte tenido bajo mi cuerpo —la instó.

Levantó la mirada hacia él.

—Lo siento. Lo siento por todo. —No sabía qué otra cosa hacer, más que disculparse.

—¿Todo?

—Sí —respondió rauda.

—¿Y qué es todo? ¿Uhm? ¿Sientes que te haya mancillado con mis besos, que haya puesto mi lengua sobre tu piel, sobre tu pecho? ¿O acaso eres de esas solteronas que no quieren atarse a un hombre en pro de la vindicación de la mujer que pregona la señora Wollstonecraft, pero que está dispuesta a disfrutar de una buena cópula?

Las palabras tan atroces la hicieron tragar saliva. Él tenía motivos para estar furioso. Comprendía lo que sus acciones podían darle a entender.

—Lamento haberle ofendido, milord.

—De verdad, que sí que me parece que tú seas un caballero y yo tu dama ofendida —refunfuñó con desdén. ¡Qué situación tan sorprendente! Había vivido muchas cosas incómodas con muchas mujeres, pero el escenario que tenía entre manos era… desconcertante. Sí. Muchísimo.

Rose se conocía muy bien. Sus nervios no estaban tan templados como parecía. Si no salía corriendo de allí acabaría echándose a llorar.

—No me volverá a ver, es todo lo que le diré. No obstante, tengo que darle las gracias, milord. —Dicho lo cual, las piernas de Rose comenzaron a moverse a toda prisa. Empezó a correr, y cuando el conde se dio cuenta de que iba a escapársele de entre los dedos de la mano, salió a la carrera tras ella.

—Ah, no, de eso nada, señorita. Tú y yo no hemos terminado todavía.

No tardó más que un minuto en darle caza.

Cuando la agarró y la obligó a darse la vuelta, los ojos de ella se quedaron contemplando la rodilla. Esa supuesta que le había dicho que se había dañado. Repasó en su mente la situación. Después de haber estado dando vueltas por el suelo como dos animales desesperados, él se había levantado sin ninguna complicación, y luego la había seguido, corriendo más rápido de lo que ella lo hacía. Teniendo un hermano al que le gustaba molestar con asiduidad, Rose había tenido que aprender a correr más que él.

—¿No dijo que se había caído? ¿Que le dolía la rodilla?

El reconocimiento de Samuel fue levantar un poco el labio inferior. Lo había pescado mintiendo. Se había resbalado, eso sí que ocurrió, pero no fue ni de lejos tan grave como le hizo creer a Rose.

—¿Te ofende que te haya engañado?

—¡Claro que sí! —le gritó ella.

—¿Y cómo crees que estoy yo después de que me hayas utilizado para tus experimentos y me desprecies con tanta facilidad, Rose? Tal y como yo lo veo, soy la parte más agraviada aquí.

Lo siguiente que ocurrió es que Rose levantó la pierna y le dio una buena patada en la espinilla, tan fuerte como pudo, y la acompañó con un empujón, que aunque no logró moverlo del todo, sí que hizo que perdiese el equilibrio.

—¡Rose! ¡Rose, ahora sí que me he caído! No te vayas, ni

se te ocurra marcharte. ¡Roooooseeeeee! —rugió el tigre con toda su rabia.

—¡Le enviaré ayuda de inmediato, se lo prometo! —le gritó ella sin dejar de correr.

Harding se maldijo. Era natural que no lo creyese, ya se figuraba que ocurriría algo semejante, pero le pareció oportuno emplear la misma treta por si acaso volvía a funcionar. Sonrió al verla seguir corriendo sin descanso. Era una chica lista, se lo reconocía.

Se puso en pie de un salto y la contempló.

—Puedes correr, pero no escaparás. Si te hubiesen repugnado mis besos y mi toque, te habría dejado libre. Has sellado tu destino, señorita Espectro. Serás mía y darás gracias al cielo cada día en cuanto comprendas la suerte que tienes.

No sabía cómo… Bueno, sí sabía cómo hacerla claudicar, pero no cuándo lo lograría. Si para que lo aceptase tuviese que recurrir a la seducción, lo haría sin reparos. Ella había demostrado ser audaz y tendría que soportar su plan para conquistarla.

No sufriría otro rechazo por parte de otra dama. Eso sí que fue un juramento en toda regla. La señorita Rose Espectro sería la definitiva. Pronto se daría cuenta y lo aceptaría.

Se quedó pensando un momento. ¿Y si la boba no quería matrimonio porque en verdad fuese una de esas locas progresistas? ¿Y si le ofreciese un puesto como su amante? Estaría bien que las tornas se cambiasen un poco, porque saber que lo había utilizado para su propio placer era… desconcertante. Sí. Eso era.

Su virilidad palpitaba en sus calzones. Duro, erecto y frustrado. Así se sentía Harding. Y si bien se había enfadado muchísimo

por el desprecio, en esos instantes le parecía que la caza merecería la pena. La merecería mucho.

La anticipación lo recorría sin darle tregua. ¿Cuándo una mujer lo había utilizado a su antojo? ¡Jamás!

La ira, que había ido nublándole el juicio al darse cuenta de que ella lo había despachado como si no fuese nada, se disipó y apareció otro sentimiento desconocido. Lo malo de todo era que, no podía dejar de pensar en qué podría hacer Rose si le daba la batuta para que dirigiera su próximo revolcón.

Excitante.

El futuro encuentro entre ambos se pronosticaba la mar de interesante y Samuel Forbes no podía dejar de pensar en lo que sucedería.

No. Esa solterona no era común. Y, por Dios, que esperaba que nadie la viese con el pelo suelto, los labios hinchados y esa agradable sonrisa que había compuesto mientras él la besaba y acariciaba. Había sido seducido por una mujer madura y no lograba sacar de su mente ni el modo en que gemía. Malo. Muchos caballeros podrían darse cuenta de lo que escondía tras esa fachada de sencillez.

No. Rose no era nada de lo que parecía ser. Su Rose… ¡Wade! Así se apellidaba la dama. Y Harding tuvo una gran satisfacción al recordarlo por sus propios medios.

Entonces, quedaba claro que su Rose Wade era una mujer muy peculiar y él tenía la obligación de desentrañar todos sus secretos. Aunque dudaba que alguien tan común los tuviese. Era una simple señorita, hija de algún amigo —un comerciante tal vez— de la vizcondesa Leith. Si su título no la impresionaba, cosa que ya había quedado demostrada, y en honor a la verdad Samuel lo prefería así porque cuando la ganase sería porque ella lo quería a él, no a su estatus y riqueza, sí que

la habían dejado sin aliento sus besos y caricias.

No veía el momento de volver a tenerla para él solito.

¡Qué delicia!

Capítulo 3

Un paso al frente

—Debes comprenderla, Harding.

La vizcondesa Leith estaba sentada frente al conde y lo miraba con comprensión. Los dos se encontraban en la salita privada de la anciana, tomando un té.

Habían pasado otros dos días desde el último episodio vivido. La había buscado incluso debajo de las piedras, pero iba a ser complicado dar con la esquiva señorita Wade porque ella se había marchado aquella misma mañana. Así era. Mientras él ideaba un plan preciso para conocerla mejor, para estar a solas con ella a fin de que volviese a pedirle que la besara, la muy cobarde se había escabullido de la fiesta.

Debería mandarla a Júpiter y seguir con otra cosa. Buscar en otra parte a su condesa.

No. La tonta no le era indiferente. Había disfrutado de su contacto. Los dos lo habían hecho, así que su reticencia, esa tendencia a huir de él, debía de ser otra cosa. Atendería a otro motivo porque estaba más que claro que él le gustaba. Le gustaba muchísimo, hasta el punto del

delirio, de olvidarse de sí misma y confesarle que lo necesitaba. Tal vez sí que desease que Harding la persiguiese porque quería probar su constancia y el ardor de sus sentimientos. Si con el revolcón tan decadente que se dieron en medio de un triste cementerio donde descansaba la respetable familia de lord y *lady* Leith no le había quedado claro cuánto la deseaba, Rose tenía un grave problema de atención.

—Lo hago, vizcondesa.

En privado, los dos estaban más acostumbrados a tratarse sin tantas florituras, más *lady* Leith que él, aunque su conversación era directa y sincera siempre que se veían. En esa ocasión iba a ser más personal debido al asunto que estaba sobre la mesa.

—No. No lo haces porque te muestras furioso por lo que supones que es un abandono.

Él le sonrió.

—No estoy enfadado. Usted está dando por supuesto muchas cosas, *milady* —le advirtió con suavidad.

—Vamos, muchacho, soy demasiado anciana como para no saber leer la decepción en los ojos de un caballero que creía haber ganado un premio que ha perdido.

—¿Cuál es la finalidad de esta conversación?

—¿Pretendes convencerme de que no te ha agradado la elección que hice para ti?

—¿Está confesando que ha ejercido de casamentera en esta fiesta tan… característica, sin que yo se lo haya pedido? —indagó con la misma suavidad de la que hizo gala instantes antes.

—No se debe responder a las preguntas interrogando a tu interlocutor, Harding. Es de muy mala educación, muy inadecuado para un caballero de tu posición —lo avisó ella.

—¿Por qué me ha citado en su salita a la hora del té, *lady* Leith?

—Sé que tienes las maletas preparadas.

—Es lógico que también me marche. La pareja que pretendía darme ha hecho lo mismo. ¿Qué otra cosa debería hacer?

—¿Vas a ir a buscarla? —le preguntó sin amagos.

—No lo he decidido todavía.

—Mientes muy mal, muchacho. Tu padre lo hacía mejor. No sé si es bueno que no aprendieses eso del anterior conde, supongo que sí. ¿Sabes que Harding fue uno de mis pretendientes? Era apuesto como un demonio, pero su atractivo hacía que demasiadas féminas estuviesen pendientes de él y yo siempre he sido consciente de que soy una mujer muy posesiva. Leith mismo podría contarte un par de anécdotas sobre lo mucho que le exigí cuando acepté casarme con él. ¿Amantes? ¿En qué pensáis los hombres? —preguntó retóricamente—. Ninguna mujer que tenga un mínimo sentimiento por su marido consentiría en compartirlo con otra, por mucho que la amante sepa cómo complacerlo en la cama. Alguien podría crear un manual. Eso es. Tendría que existir un libro que todo esposo leyese y en él se debería apuntar que es obligación del cónyuge enseñar a su esposa a aceptarlo en la cama.

Harding suspiró. Al parecer, la mayoría de las mujeres censuraban que los caballeros tuvieran un uso diferente para sus esposas que ese de solo darles hijos legítimos.

—Supongo que desea que hablemos de Rose, *milady*. —El

conde decidió redirigir la conversación.

—¿Rose? —preguntó con picardía la anciana.

—La señorita Wade, quise decir.

—Uhm… ¿Wade dices? —El conde frunció el ceño ante el pequeño desconcierto de la vizcondesa, aunque no podía censurarla, no estaba bien que un hombre se tomase esa libertad. No debería haberla llamado por su nombre de pila. ¡Qué error más tonto!

—Es evidente que la dama que creyó que sería adecuada para mí ha decidido que yo no soy el indicado, *milady*. Lo lógico es que abandone la fiesta. El número de caballeros y mujeres ya no es par.

—Yo en tu lugar la buscaría. Esa muchacha vale su peso en oro, a pesar de que no esté tan redonda como debería por todo el chocolate que engulle. No ha vuelto a casa con su familia. Se cree más lista que yo, pero más sabe el diablo por viejo que por diablo. Sé bien que ha hecho una escapada a Londres. Una mujer sola en la ciudad… Demasiado progreso, aunque no sea ya una joven, no debería corretear ella sola. Es peligroso hacerlo, pero solo Dios sabe en qué estaría pensando su madre cuando le legó esa casa que, si no me equivoco, le dejó una tía abuela soltera. Un refugio por si finalmente nunca se casaba. No hizo bien al meterle esas ideas en la cabeza a tu Rose. No. Los problemas hay que afrontarlos. Hay situaciones que requieren más valor que otras, por descontado. Yo me planté delante de la amante de Leith en su momento y le arrojé un vaso de limonada en el rostro cuando osó mirarme con desdén. Cierto que mi problema no fue tan grave como el de tu Rose, y aun así, esa muchacha debió haber confiado en su hermano y no solo en él, tenía muchos amigos que la habrían respaldado. Su madre, Dios la tenga en su gloria, me lo contó todo antes de morir. Estuvo enferma unos meses, en la cama, y me llamó para confesar sus temores. Su niña era su mayor preocupación, dado que su hijo ya se había casado bien. Es testaruda, Harding, harías bien en recordarlo porque te sacará de quicio si

no lo ha hecho ya.

—Usted habla sobre cuestiones que no logro relacionar.

—Y así debe ser por el momento. ¿Cómo se llamaba aquella prometida que decidió dejarte por ese amigo tuyo…? Hablo de la primera, no de la que se ha fugado a Gretna Green.

Harding suspiró, si ella supiese que había en esa lista varias mujeres que lo habían mandado a paseo… Su Rose, tal y como la llamaba la anciana, era otra que había dejado más que claro que no quería tener nada que ver con sus besos, con su toque, ni con él mismo.

—*Lady* Arleen. —No tenía caso reprenderla por sacar a colación un pasado tan vergonzoso. Hacía muchos años que ocurrió aquello, así que esa herida estaba sanada. Harding se había dado cuenta de que el orgullo tardaba en cicatrizar más que cualquier otra cosa.

—Alumbró dos hijos. Su trabajo lo hizo bien. El heredero y el repuesto, pero el coste para ella fue demasiado. Su marido se niega a encerrarla en un sanatorio mental. No sé si hace bien, supongo que sí, porque esos lugares son un infierno donde no se sana nada. El marido la mantiene encerrada en su casa, cuenta con la supervisión de varias enfermeras que la atienden. El pobre hace todo lo que está en su mano, eso lo honra, por descontado. La ambición es curiosa, pero es lo que se nos enseña a todas cuando llegamos al mercado matrimonial, el título de mayor rango es el mejor premio. Pobre muchacha, esa Arleen… No creo que tardase demasiado en darse cuenta del gran error que cometió cuando decidió cambiarte por ese otro… ¿Cómo se llama? Soy un desastre con los títulos cuando no tengo que emparejar a los caballeros con mis damas.

Harding no quería hablar de ese asunto. Hacía años que no pensaba en Arleen, ni tampoco en su esposo. Se había mantenido a oscuras porque así lo decidió, y fue una suerte no haber escuchado ni un solo susurro al respecto, ni haberse topado con la pareja.

—El pasado está mejor allí, en el pasado. Ahora si me disculpa lo tengo todo listo para partir y… —Harding comenzó a ponerse en pie.

—Siéntate, no hemos terminado de hablar tú y yo.

El conde suspiró. ¿Cuánto hacía que alguien no le daba una orden? Volvió a poner sus condales posaderas sobre el cómodo sofá de damasco de inmediato. La vizcondesa ni tan siquiera tuvo que levantarle la voz para que él la obedeciese sin rechistar y al punto.

—¿Qué más puedo hacer por usted, *milady*?

—Todavía no me has respondido.

—¿Tendría la bondad de recordarme la cuestión? —le pidió muy solícito. Uno no se enfrentaba a un dragón como la vizcondesa y salía indemne, era mejor aguantar el chaparrón y tratar de salir de allí con los menos daños posibles.

—¿Vas a ir a buscar a tu Rose?

—No sería una buena idea, me temo. Cuando una dama le deja tan claro a un caballero que no desea ser molestada, sería una falta imperdonable hacerlo. ¿No cree, *lady* Leith?

—Tonterías. Eran poco menos de las ocho de la mañana cuando la vi regresar desde mi ventana. Supongo que los cardos escoceses le debieron causar una buena impresión, dado que parecía que más que venir del cementerio retornase de una fiesta pagana.

Harding se puso lívido.

—Yo… —Por primera vez en sus treinta y dos años no supo

cómo seguir y se silenció.

—Has hecho bien en callarte, muchacho. Muy oportuno, porque iba a decir que quince minutos después me fijé en que tú tenías aspecto de venir de la misma fiesta pagana que he mencionado antes. Con peor aspecto incluso que tu Rose. Debería decirle a Leith que me lleve más a menudo a echarle un ojo a mis cardos escoceses, ¡quién iba a pensar que el cementerio sería un lugar tan animado! —Esa reflexión la hizo más para ella que para el otro. Creyó que enviarlos allí les daría mayor intimidad, aunque nunca consideró que la cosa pudiese ponerse tan seria como para que la Rose de Harding regresase como si le hubiesen dado un buen revolcón. La madre de la muchacha, en gloria estuviese, la perdonaría por su negligencia si al final todo saliese bien. Situaciones desesperadas exigían soluciones poco ortodoxas.

La vizcondesa pretendía avergonzarlo, o tal vez no. Uno no sabía nunca a qué atenerse cuando ella ofrecía un sermón.

—Le pedí a la señorita Wade que se casase conmigo en cuanto comprendí cuál era el papel de ella en la fiesta, en concreto al dirigirse hacia la parte norte de la finca a horas intempestivas. Lo que no sabía era que yo mismo me convertí también en uno de los caballeros a los que empareja. Creía que estaba aquí porque su esposo necesitaba que yo…

—Te mandó bien lejos cuando se lo propusiste, ¿cierto?

Harding le sonrió.

—Salió corriendo y no la volví a ver hasta que alguien me sugirió que los cardos escoceses deberían ser admirados.

La anciana masculló algo para luego hablar con más claridad.

—Supongo que la seducción no debería estar censurada cuando la finalidad es la boda. Otra cosa sería que fueses un libertino que solo pretendiese usarla para luego desecharla como si no valiese nada.

—Creo, *lady* Leith, que esa es la utilidad que me han dispensado a mí —dijo tratando de no apretar los dientes. No debió haber hecho esa matización, no obstante, era así como se sentía.

—Bueno, eres un hombre viril y todo eso. Te repondrás. No será el primer golpe que te den en el orgullo y salgas victorioso. Hay quien dice que te persigue la mala suerte, yo creo que es todo lo contrario. Te has ido librando de mujeres que no te habrían hecho feliz.

—Ah, ¿y considera que… mi Rose, como usted se refiere a ella, sí lo hará?

—Estaba destinada a brillar. Un diamante precioso. Su padre falleció demasiado pronto y el hermano tuvo que hacerse con las riendas de la familia. Siempre he pensado que él se casó para tener una compañera que lo ayudase con tu Rose a la hora de debutar. Era tan llamativa que él sabía que le traería problemas.

—Rose era… ¿llamativa?

—Me ofende ese tono de escepticismo, muchacho, más porque hemos dejado claro antes que la belleza de los cardos te hizo regresar a mi casa con un aspecto deplorable, ¿recuerdas? —lo acusó sin compasión.

—¿Qué le sucedió? Lo pregunto porque aventuro que en ese cuento de hadas de la muchacha bonita seguro que salía un dragón.

—Uno muy grande y feo. Sí. Rose se rompió. La rompieron en verdad.

—Supongo que los amores de juventud son más fuertes para las mujeres que para los hombres.

—Es cierto, a ti solo te patearon el orgullo, mientras que ella tuvo que tomar la decisión más importante de su vida. Lo malo de decidir ir hacia la derecha o la izquierda en un camino es que otros sufren las consecuencias. Rose le pidió a su mejor amiga que no se casase con él, pero la joven desoyó su súplica y me temo que nuestra muchacha es demasiado compasiva como para dejarlo pasar. La madre de Rose tuvo que traicionar su confianza en su lecho de muerte para que yo me hiciese cargo de la situación a fin de comprenderla mejor y poder ayudarla en caso de que me lo pidiese. Por supuesto que tu Rose es demasiado testaruda como para venir a mi puerta, pero el hermano es otro asunto. Ese muchacho ama a su hermana, y fue un error ocultarle lo que sucedió. Rose y su madre decidieron mal. El hermano pudo haber solucionado la situación con gran acierto. Según tengo entendido es un buen tirador. Excelente, en opinión de Leith. Nadie quiere ir a ninguna cacería cuando él participa. Involucrarlo hubiese hecho una diferencia muy grande para todos los implicados, pero tú no estarías aquí babeando por ella.

—No estoy babeando, *milady* —aclaró, en esos momentos, con los dientes bien apretados—. Además, todo sería más sencillo para mí si usase los nombres de los implicados y no solo el de Rose. Tengo algunos retales de lo que ocurrió años atrás con ella.

—Dime lo que has entendido —lo urgió.

—La madre de Rose la convirtió a usted en una especie de madrina justo antes de morir. Ella sufrió un duro revés a manos de un hombre que merecía ser llamado a duelo por su hermano. Aunque él no pudo hacer nada porque ni Rose ni su madre le contaron lo que ocurrió. ¿Qué le pasó a Rose en concreto, *lady* Leith?

—Eso te lo tendrá que contar ella. Yo solo he creído conveniente hacerte partícipe de parte de su historia para que la

comprendas un poco más. No confía en los hombres, Harding. Huye de ellos.

—Sí, eso he visto. Porque por si lo ha olvidado, de mí es de quien más huye de todos.

—Es cierto, pero a ti y solo a ti te dejó participar en una fiesta pagana. Te eligió, Harding. Había desechado toda esperanza cuando después de vuestro encuentro en la zona norte de la propiedad ella se enclaustró en su habitación.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó con asombro.

—¿Crees que no cuento con suficientes espías en mi casa? No tengo tantos sirvientes por nada. Soy una casamentera que se las da de ayudar en los casos más desesperados, por eso me llamó la madre de tu Rose, aunque también es cierto que fuimos grandes amigas en su momento.

—¿Así que yo también soy un caso desesperado?

La anciana levantó una ceja sardónica.

—Sé que te han dado calabazas, como se suele decir en estos casos, dos mujeres, tres si contamos a Rose. ¿Hay alguna más?

Harding suspiró.

—¿Cuánta intuición tiene para estos casos, *lady* Leith?

—¿Te refieres a si estoy completamente segura de que Rose y tú haréis una pareja formidable?

—Sí —reconoció con irritación.

—Muestra más respeto, muchacho —lo amonestó.

—Debe comprender que no quiero imponerme a la dama. Así que se lo preguntaré y le rogaré que sea sincera.

—Dispara —lo animó.

—¿Debo ir a buscarla a Londres? —preguntó sin amagos.

—Como si no lo hubieses decidido ya —despotricó la anciana—. Te daré sus señas antes de que te marches. Solo recuerda tener paciencia con ella. Le he aconsejado que se mantenga al margen, pero es demasiado testaruda como para escucharme.

—¿Al margen de qué?

—Ya lo descubrirás en su momento. Ahora apresúrate a salir si quieres llegar esta misma tarde.

No iba a sacar nada en claro. Incluso la narración de las circunstancias de su Rose estaba un poco borrosa. Lo que debía entender, según había deducido de la entrevista, era que la dama era una mujer herida y que tenía que ser paciente. ¿Podría hacerlo? Lo intentaría, porque la había visto con el pelo suelto, con aspecto de haber sido bien amada y ese recuerdo todavía hacía que su virilidad se revolucionase como si fuese un militar luchando contra la soberanía del imperio de Bonaparte.

—Está bien.

—Sí. Acepto tu gratitud, muchacho.

Volvió a suspirar.

—Gracias, *lady* Leith —se vio en la obligación de añadir

antes de levantarse para dejar a la vizcondesa con su té.

***

Su hermano, Simon, y la esposa de este, Jasmin, eran muy protectores con *lady* Rowena Rose Wade. Nacer entre la alta sociedad, para una mujer, implicaba que tenían que contar con más protección que cualquiera. Haber sido la hija de un conde tenía un valor añadido que requería mayor preocupación, y cuando su padre falleció y Simon se tomó muy en serio convertirse en el cabeza de familia, ahí estuvo bastante segura de que moriría entre algodones.

No se quejaba del exceso cuidado que su hermano y su hermana por matrimonio le brindaban, aunque sí que se le antojaba cierta libertad de vez en cuando.

No decidió ir a la fiesta de *lady* Leith, bendita fuese por comprenderla, solo para participar en esa extraña fiesta de emparejamiento. Quería tener una excusa para alejarse de casa de su hermano durante un tiempo. No había previsto quedarse en la finca de la vizcondesa más que un día, porque el plan de Rowena siempre fue el de ir a Londres para expiar un pecado con el que ya no era capaz de cargar más.

Samuel Forbes, actual conde de Harding, con su impresionante aspecto de hombre rudo pero tierno a la vez, aunque con un carácter muy malhumorado, la hizo quedarse más de lo necesario. Él no lo entendía, tampoco llegaría a saberlo nunca, pero ese conde le había hecho olvidar las sombras más oscuras que aparecieron en el pasado.

Se forzó a sí misma a estar cerca de él, incluso le había pedido que la besase para demostrar si era tan fuerte como se creía. Vaya

que sí lo fue, aunque no tanto como se creyó.

Le costó horrores superar la frustración de esos besos, pues Harding había comenzado a despertar algo en su cuerpo que ella sabía que tenía algún tipo de finalidad y que al no concluir, la dejó enfadada y muy irritada.

Fue fuerte por un lado, porque toleró su cercanía, sus besos y su abrazo. Si *lady* Leith consideró que Harding sería un buen pretendiente, y dado que la vizcondesa estaba al tanto de su historia pasada, decidió confiar en la intuición de la anciana y dejarse llevar. Habían pasado demasiados años. Tantos meses queriendo ser más que una mujer asustada… demasiados días queriendo demostrarse a sí misma que había superado aquella situación tan desagradable. Así que Harding tenía que servirle. Consideró que probar su determinación con él sería una buena idea. Lo que nunca creyó fue que no podría dejar de pensar en él y que le costaría tanto detenerlo. De acuerdo, no fue Rowena quien lo detuvo, si por ella hubiese sido, aquello hubiera terminado de un modo que se apreciaba que sería delicioso.

¿Con Harding? Precisamente tuvo que ser Harding. Reconocía que la vizcondesa Leith sabía muy bien cómo rizar el rizo.

¿Desde cuándo le interesaban los hombres a ella?

Los había repudiado con todas sus fuerzas, pero, una mujer siempre era una mujer y un hombre siempre tendría ese poder para poder incendiarla y hacerla cambiar de parecer.

Harding.

Samuel.

Siempre fue apuesto, pero en su madurez era mortalmente arrebatador.

Nada más llegó a su casa en Mayfair, en Londres, curioseó las columnas de sociedad en busca de información. No tardó mucho en ver que una muchacha lo había abandonado para correr a Gretna Green con otro joven. Se decía que la amante del conde, la señora G., estaba muy satisfecha con los acontecimientos porque él regresaría a su cama antes de lo previsto. Era natural que un hombre como ese, que se veía que poseía un apetito carnal excelente, contase con una amante que cubriese sus necesidades más primitivas. Y como no tenía derecho a sentirse celosa, se propuso que los celos no la sacasen de sus casillas.

Por el momento, su pensamiento de mantenerse cuerda y no imaginar a Samuel con una mujer en la cama estaba resultando imposible, pero lograría sobreponerse porque no sería el primer acto que exigiría que Rowena reviviese como un ave fénix.

Seguro que no volvería a verlo nunca más. Las probabilidades de haberlo dejado atrás la primera vez para reencontrarse de nuevo años más tarde eran escasas, pero arrojaban cierta posibilidad que acabó cumpliéndose. Por fortuna, él no la recordaba. Aunque… si la hubiese reconocido seguramente le hubiera dado un puntapié en el trasero. No importaba, porque un nuevo reencuentro no se produciría, dado que estaba segura de que el conde la evitaría como si tuviese la peste negra, si era que coincidiesen de nuevo, por supuesto.

Rowena había llegado a Londres el día anterior y trató de llevar a cabo una entrevista que resultaba crucial. Se presentó en la puerta de su amiga y se la cerraron en las narices.

Otra vez tuvo que manejar la frustración por no haber conseguido lo que se proponía. No obstante, era bastante cabezota. Esa mañana se había levantado bien temprano y por ese motivo estaba caminando por Hyde Park a fin de localizar a su objetivo. Solo él podría autorizar la visita que era tan necesaria hacer. Sería complicado lograrlo, aunque como fuese lo conseguiría.

Divisó a Zachary a lo lejos y el corazón se le encogió. Le vinieron a la mente tantos recuerdos que tuvo que cerrar los ojos para no acabar mareándose. Siempre fue tan dulce, tan cariñoso, tan atento y maravilloso… ¿Quién iba a imaginarse que lo perseguiría el diablo mismo?

Lo había amado tanto como una mujer en su primera temporada podría hacerlo. Un amor fulminante, a primera vista, destinado a transformarse en algo eterno, irrompible, que los uniría durante toda la vida y más allá.

Todavía podía recordar el sabor de sus besos. ¿Se acordaría Zachary de los suyos? Seguro que no. Los hombres eran más inconstantes que las mujeres en asuntos del corazón. A buen seguro, el conde de Harding estaría ya encamado con esa preciosa actriz de Drury Lane que decían que lo aguardaba.

¿Y por qué tenía que pensar en Harding en ese exacto momento? La mente femenina era curiosa. Compleja del todo. ¡Si a ella no le agradaba Harding! Había huido de él porque… porque… porque sí y punto. Ah, sí. Porque tenía que ir a Londres a enfrentarse con el pasado. Sí. Eso era. De tal modo que ese corpulento, apuesto y ardiente conde no tenía nada que ver en sus presentes asuntos.

Zachary.

Ese nombre era el que importaba. Hacerle comprender que tenía que hablar con su esposa era primordial. ¿La seguiría odiando después de tantos años por lo que sucedió entre ambos? Ella había tratado de aborrecerlo también. Fue imposible, y eso que tenía muchos motivos para desearle que se quemase entre las llamas del infierno.

Abrió los ojos y se fijó en él. No había cambiado nada. Alto, delgado, siempre tan seguro de sí mismo… Rowena suspiró. Se sintió como una colegiala recién salida del aula. Ese hombre no merecía que se

quedase embelesada mirándolo.

Tomó una gran bocanada de aire y decidió ir a su encuentro. Zachary la escucharía aunque tuviese que… que… ¡la escucharía porque era importante que lo hiciera!

Entonces lo vio detenerse. Un hombre figuraba a su derecha y los dos estaban saludándose con cierta tensión. El desconocido que Rowena todavía no era capaz de distinguir tenía unos hombros muy anchos, le recordaban a los de Harding. Incluso esa cintura estrecha parecía ser la de…

¡Santo Dios!

Cuando el caballero que estaba hablando con Zachary se puso de perfil, Rowena lo identificó de inmediato. Debió de emitir algún sonido, o sencillamente el conde de Harding miró en su dirección porque la presintió. Cuando las miradas de los dos se cruzaron, ahí en medio del parque y con pocos testigos, Rowena decidió darse la vuelta a toda prisa y comenzar a caminar a un ritmo más que vigoroso.

Sobra decir que Samuel no tardó más que un corto minuto en atraparla.

¡Oh, oh!

Rowena estaba en serios problemas. La mirada que le ofrecía era…

Si Harding no le resultase tan guapo, y esos poderosos brazos no la invitasen a suspirar mientras imaginaba cómo sería volver a ser abrazada…

Capítulo 4

Un encuentro violento

—¿Por qué siempre estás huyendo de mí? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—Eso no es verdad. Solo estoy dando un paseo y ya regresaba a mi casa —respondió ella sin aminorar la marcha—. Además debería recordar sus modales, milord. Me habla con demasiada informalidad —lo reprendió.

—Como si todo lo que ha ocurrido entre nosotros fuese frío y cordial… —refunfuñó Harding.

—Usted es un conde y yo una dama.

—Usted es la señorita Wade.

—¿Y eso quiere decir que no merezco respeto? —Ya estaba echándole en cara que no tenía título nobiliario. Le dieron ganas de gritarle que era la hija de un conde. No. Mejor no hacer eso porque provocaría su ira en un pestañeo y se le veía bastante furioso.

—Se acabó. —La agarró de la muñeca y la obligó a seguirlo

como si fuese una niña pequeña.

Llegaron hasta un lugar rodeado por plantas y arbustos que daba cierta intimidad.

—¿Qué es lo que quiere, milord? —preguntó para luego volver a fruncir los labios con disgusto.

—No había previsto actuar así, Rose, pero no me queda más opción que comprobar mi conjetura. —No le dio opción a preguntarle a qué se refería. Samuel se limitó a bajar la cabeza y buscar sus labios.

—Pero… —comenzó a objetar mientras lo veía acercarse.

Rowena Rose apretó la boca para no caer en la tentación. Sus labios estuvieron pegados hasta que la pecaminosa lengua del pícaro le acarició la boca de un modo perverso.

Sí. También trató de luchar contra esos brazos que la estaban envolviendo. Forcejeó con Harding al menos durante dos segundos, tal vez un poco menos.

Ese hombre tenía algo que la hacía caer rendida a sus pies. No. Seguro que era porque una mujer, aunque estuviese ya más cerca de los treinta que de los veinte, siempre necesitaba sentirse femenina, admirada y adorada, y él sabía cómo lograrlo.

Hacía mucho tiempo que nadie la besaba de ese modo, como si le importase, como si fuese un preciado tesoro por el que valía la pena luchar hasta la muerte.

Solo otro antes que Harding le había transmitido esa sensación de plenitud que toda mujer debería experimentar al menos una vez en la vida. Cada día, si el hombre indicado lograba ser aceptado por

ella y así vivir en una nube constante de felicidad.

Tan encantada estaba con ese maravilloso beso que no se dio cuenta de que el conde había parado de deleitarse con su lengua, con sus labios.

—¿Vas a abrir los ojos en algún momento o quieres arriesgarte a que no pueda detenerme y acabemos de nuevo sobre la tierra y la hierba, Rose?

La diversión que detectó en las palabras de él la sacó de ese ensueño tan poco apropiado. Abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿Se ha vuelto loco? —Cualquiera podría haberlos visto y ella, desde los dieciocho, no había vuelto a ser escandalosa—. ¿Por qué ha hecho eso?

—Porque de otro modo, el que te hubiera mandado al cuerno hubiera sido yo, y necesitaba saber que sí que me quieres, aunque tus actos y palabras me digan otra cosa.

—No. Eso es una soberana mentira por la que podría acabar en el infierno.

—La que tendrá que ir a confesar sus pecados serás tú como sigas mintiéndome, aunque también podrías estar desafiándome para que vuelva a besarte y así tener más pruebas de mis suposiciones. ¿Quieres eso, querida? ¿Tanto te gustan mis besos que quieres enfurecerme para que te los dé a todas horas? Solo tienes que pedírmelo y tendrás lo que deseas —sentenció la última parte con mucha diversión.

—Si lo que busca es dinero, podría estudiar hacerle un préstamo a fin de que me deje en paz, lord Harding.

—¿Qué? —Había esperado muchas objeciones a su planteamiento, lo que acababa de escuchar jamás se le hubiese pasado por la cabeza.

—Vamos, los dos sabemos que sus arcas están tan vacías que le han llevado a tratar de conquistar a la fea solterona, esa con la que contaba que daría saltos de alegría cuando se le propusiese. En cambio, recibió una negativa que no es capaz de digerir y su orgullo lo impulsa a doblegarme.

—La que se ha vuelto loca eres tú —dijo, incrédulo ante lo que acababa de escuchar.

—¿Qué otro motivo tendría para ir a una fiesta como la que planeó *lady* Leith?

—Ella sabe que deseo casarme y que no he tenido suerte a la hora de elegir a mis prometidas. Quiero tener un heredero lo antes posible porque existe un primo que se frota las manos y debe de rezar cada noche para que la enfermedad me haga una visita y heredar mi patrimonio. Esa sería la única tara que se me podría atribuir, Rose. No sabía que eras una mujer con fortuna propia, si es que me estás diciendo la verdad —precisó porque era consciente de que ella escondía algo—. Las arcas familiares están repletas, tanto que varias generaciones podrían sobrevivir sin buscar más vías de inversión. Qué excusa tendrías tú para mentirme… eso es lo que me pregunto. Disfrutas con mis besos y te derrites en mis brazos, así que cuál es el motivo por el que no reconoces que fea solterona o no, no puedes resistirte a mí.

—Está bien, usted no es un cazafortunas interesado en mi herencia y mi dote.

—Tienes mi palabra de honor de que así es —corroboró por si acaso ella pudiese albergar alguna duda más.

—¿Por qué me persigue? Es consciente de mi aspecto, hace tiempo que la belleza se esfumó, y tengo demasiados años, lo que indica que tal vez no sea fácil engendrar a sus vástagos. Su torpe propuesta de matrimonio, esa con la que me ofendió hasta decir basta, me dio la idea de que usted solo buscaba mi dinero. Bien. ¿A qué viene esa insistencia entonces, milord? —le preguntó sin apartar la mirada de la de él. Samuel creía que ella lo examinaba con fijación, con valentía, esperando ver si le decía la verdad o le mentía.

—En nuestro primer encuentro pensé que estabas compinchada con *lady* Leith para tenderme algún tipo de trampa. Seré honesto, aunque pueda parecerte que he vuelto a ofenderte.

—Adelante, lo escucho —lo animó, cuando entendió que él buscaba una explicación que no resultase hiriente.

—No hay forma de decirlo de otro modo. Allá voy. Me he comprometido con dos damas de belleza sublime que me dejaron atrás, y con una tercera que era bonita, pero no tan destacable como las otras… Yo pensé que…

—Pensó en que una mujer fea lo aceptaría sin reparos.

—Admito que suena peor dicho en alto.

—Pero es la verdad.

—No del todo.

—¿Acaso no soy una mujer poco agraciada, milord?

—Llevas el pelo tan estirado que estoy seguro de que, cuando te quitas las horquillas, debes padecer un gran dolor de cabeza. Luego están esos vestidos que no llevaría ni la señorita más puritana.

¿Azul marino, Rose? No es tu color. Es horrible y… está la cofia, las puntillas…

—Adulador… —susurró ella con enfado.

—Ah, pero te olvidas de que te he visto con el pelo suelto, desenfrenada, con la pasión brillando en tus ojos, mientras tus mejillas se sonrojaban porque estabas ardiendo por mis besos. Y luego están esos gemidos que me vuelven loco y me llenan de desesperación porque quiero calmarte a toda costa, porque soy yo quien te induce a excitarte. —Evitó decirle que sus pechos eran perfectos para no abrumarla más de lo necesario.

—¡Qué tontería! —Rose hizo un aspaviento—. Soy la misma mujer, vista como vista.

—Haz la prueba. Ponte un vestido de color azul zafiro, perlas blancas que resalten tu fantástico escote y deja que tu doncella te haga esos bucles que llevan ahora las mujeres. Te garantizo que más de un caballero elegible se pondrá a tus pies sin necesidad de que muestres todo el dinero que tienes a tu nombre —la desafió.

—No es necesario hacer nada de eso, milord. Ya fui joven y deslumbré a la alta sociedad. ¿No se ha parado a pensar que lo único que pretendo es pasar desapercibida? ¿Vivir libre y tranquila lejos de la autoridad de un hombre?

—¿Por qué?

—Porque lo elegí en su momento —apostilló.

—Tú no estás hecha para estar sola, Rose. Respondes demasiado bien a mí y eso me indica que necesitas dormir acompañada, balancear la cama con energía, gemir y gritar hasta que alguien te haga alcanzar el éxtasis, porque déjame decirte que si bien una mujer sola,

avispada y valiente, es capaz de darse placer a sí misma, nunca es comparable con lo que se obtiene cuando está acompañada.

—Así que… esto se reduce a una cuestión física.

—Para empezar sí. Yo podría demostrarte que lo que digo es verdad, si tú me permitieses…

—¿Usted? ¿Por qué usted? Una mujer puede salirse del redil al igual que un hombre.

—Los dos sabemos que las consecuencias de ser descubiertos no son las mismas para un caballero que para una dama.

—¿Y eso frena a su amante, milord?

—¿Disculpa? —No entendía a qué venía una pregunta así.

—Lo he estado investigando. Nada serio, solo leyendo un poco las columnas sociales. La actriz de Covent Garden está contenta porque su última prometida decidió marcharse a toda prisa a Escocia para casarse frente a un herrero.

—No es de Covent Garden —apuntó de mala gana.

—¡Ajá! —El conde vio el triunfo en su mirada y se dio cuenta de que había dicho más de lo necesario—. Así que es cierto que hay una mujer que le calienta la cama.

—¿Estás celosa? —inquirió con gran sorpresa.

—No. Lo que trato de explicarle, lord Harding, es que entiendo que los caballeros tienen necesidades, tal vez similares a las de las mujeres. No puedo mentirle, me olvido de mí misma cuando me besa,

y como está sugiriendo que yo no estoy hecha para estar sola, y dado que no quiero casarme porque aprecio mi libertad en exceso, me estaba preguntando si cualquier otro hombre serviría a mis… caprichos.

Lo vio apretar los dientes y dar un paso amenazante hasta ella. Se quedó con el rostro pegado al suyo. Lógicamente tuvo que bajar el cuello porque Rowena Rose era más baja que él. No mucho, pero sí había diferencia entre ambos.

—Soy de índole celosa, Rose. Celoso y posesivo, cualquier hombre con sangre en las venas lo es. Se nos enseña a salvaguardar a las mujeres que están bajo nuestra protección y a no desentendernos de ellas. Deberías tener cuidado porque estás poniéndome a prueba. Imaginarte con otro que no sea yo… Imaginar que es otro quien te besa y te acaricia… Me ofusca hasta el punto de querer darle una paliza a ese alguien que no existe más que en mi mente porque tú lo has puesto ahí. Y no, querida. No todos los hombres somos iguales. Estás muy equivocada si piensas que a otro le costaría tan poco como a mí encender tu pasión. Deberías tener cuidado cuando juegues con el orgullo de un hombre, el mío está tan herido que apenas me queda, pero sí que tengo el suficiente para tratar de darte una buena lección que no olvidarías. Si yo fuese un canalla, te levantaría la falda en este momento, pero lo haría después de besarte, porque sé que nada más pongo mi boca sobre la tuya te humedeces entre las piernas. Y eso lo hago yo, no otro. ¿Quieres que veamos si he dicho alguna mentira, querida?

Rowena Rose tragó saliva. Se había pasado de la raya. Era muy consciente de eso.

—¿Qué es lo que pretendes que haya entre nosotros? —Cambió a la informalidad porque después de lo dicho era imposible mantener la lejanía con él.

Esa pregunta honesta, sin etiqueta alguna, lo tranquilizó. Harding dio medio paso atrás y dejó que su rostro reflejase tranquilidad.

—Cena conmigo esta noche. Hablemos, permite que nos conozcamos mejor.

—No creo que sea prudente. No sé si estoy preparada para lo que sospecho que podría desentrañar esa cena que propones.

—Me pareces una mujer valiente, Rose. ¿Tienes miedo de que pueda propasarme contigo en caso de que decidieses cambiar de idea después de un primer beso? Yo no te pondría una mano encima si no lo deseases, es más, te la quitaría de inmediato con una simple orden. *Lady* Leith cree que deberíamos darnos una oportunidad, ella confía en mí. No te pido que tú lo hagas, pero sí que tengas un poco de fe en mí.

—No me parece que seas del tipo que se imponga, aunque no has dejado de perseguirme desde que te dije que no quería casarme contigo.

—Ah, ahí estás de nuevo, dándome un golpe en mi orgullo… —dijo con cierto humor.

—Tengo veintisiete años. Abandoné las perspectivas de una vida llena de felicidad a los dieciocho. Es demasiado tarde para mí. Deberías buscar algo mucho mejor que yo —le recomendó con humildad.

—¿Quién te rompió el corazón, Rose?

—Es complicado y no creo que te guste escuchar la historia. —Estaba segura de que así sería.

—Cena conmigo hoy, hablemos como un hombre y una mujer, sin esperar nada de esa cita —propuso el conde.

—Tienes que saberlo —dijo, para luego emitir un pequeño suspiro.

—Te escucho.

—Me enamoré una vez y no creí que volviese a ocurrir. No quiero tentar a la suerte, Harding, esto que estamos haciendo es peligroso. Mi corazón no sanó por completo y si algo volviese a ocurrir… No creo que pudiese pasar por ese infierno de nuevo.

—Dejé a la actriz en cuanto me comprometí con la muchacha que decidió que un primo lejano o algo así era mejor partido que yo, Rose. No hay nadie en mi vida… excepto tú.

—Debes estar loco para que una inadecuada y poco agraciada solterona te haya cautivado tanto como te empeñas en señalar.

Harding comenzó a sonreírle. Una sonrisa perezosa, de esas que saben componer los libertinos más experimentados. A Rowena Rose le temblaron las rodillas con solo verlo.

—Y tú debes estar más loca si no entiendes que la voluntad de un hombre se torna inquebrantable cuando ha tomado su decisión.

—¿Qué decisión has tomado? —indagó, y esperaba no parecer una coqueta.

—Voy a seducirte, Rose. Y una vez que comprendas que me quieres, que me necesitas, entonces volveré a ponerme de rodillas. Y esa vez, responderás: «Sí quiero, lord Harding».

Rowena Rose se rio con ligereza.

—Te muestras muy seguro de ti mismo.

—No, de mí no, más bien de ti.

—¿Y cómo es eso?

—¿Te han dicho alguna vez que sabes flirtear muy bien?

—Bah, nunca supe mover tan bien mi abanico ni las pestañas como otras muchachas. Tuviste que haber visto a mi mejor amiga usar esas dos armas juntas, te habrías desmayado, te lo garantizo.

—De haberte conocido cuando debutaste, creo que hubiese estado prendado de ti. —La vio tragar saliva con fuerza. Intuyó que no se creía lo que había dicho—. Eres consciente de que tu aspecto no me impresionó en absoluto durante la tormenta, pero del mismo modo sabes que en el cementerio me fue imposible poder resistirme a ti. Preparé mis baúles para salir a toda prisa de casa de *lady* Leith, pensando que debía olvidarme de ti porque eres una ingrata…

—Escucharte es una delicia —lo interrumpió, llena de ironía.

—Recuerda mi orgullo herido —le advirtió para que no lo condenase tan pronto—. Lo que debes saber es que he venido a Londres de inmediato para buscarte. Llegué ayer y pensaba visitar tu casa esta mañana a mediodía. Tenía un plan para allanar tu guarida, pues sabía que no me recibirías. Huyes de mí porque te asusto, al fin lo he comprendido. No quiero que me temas, no tengo intención de hacerte daño y tendrás que confiar en mi palabra.

—¿Qué plan tenías para entrar en mi casa? No tengo una guarida, aunque pueda parecerte una bruja, no lo soy —dijo más irritada de lo que pretendió.

Harding le enmarcó el rostro con sus manos. Rowena lamentó que él llevase los guantes puestos.

—Iba a arrojarle mi tarjeta al suelo, bien lejos, para que el

mayordomo no pudiese impedirme la entrada, luego pretendía revisar cada estancia hasta que te encontrase.

—¿Y después? —preguntó embelesada. Había algo poderoso en ese hombre, algo que la hacía suspirar. Se sentía mujer otra vez. Una libre, llena de ilusiones renovadas, el miedo a provocar a un hombre por si perdía los estribos y no los recuperaba se había extinguido. Al menos, con Harding se sentía a salvo, deseada, pero segura.

—Te besaría. Tan profundamente y tan eficazmente, que los dos nos fundiríamos el uno contra el otro.

—Suena maravilloso. —Se imaginaba entre sus brazos, con su boca pegada a la suya… ¡Dios! Era innegable que lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Sé que quieres que lo haga, aquí y ahora, pero no debemos, Rose. Aquí no. Esto no es un cementerio por el que transitan nada más que las almas en pena.

En ese instante Rowena Rose fue consciente del lugar en el que estaban. Cualquiera podría haberlos interrumpido. De hecho, solo bastaba que alguien mirase fijamente tras los arbustos con atención para descubrirlos.

—Tienes razón. Debemos salir de aquí.

—¿Cenarás conmigo? —le preguntó con esos ojos del color del caramelo y un toque de café oscuro—. Di que sí, Rose. Quiero verte hoy, por favor…

Ella negó con la cabeza. Él se temió lo peor.

—Nada bueno saldrá de esto, pero ya no me quedan fuerzas

para luchar contra mis propios deseos o, ya puestos, los tuyos. Ven a mi casa, sospecho que has averiguado dónde resido por tus propios medios.

—*Lady* Leith me informó —confesó—, aunque en caso de haber tenido que averiguarlo, lo habría hecho con la misma facilidad. No quería dejarte escapar sin saber si tú… si yo… —Dejó la frase en suspenso porque no hacía falta añadir más. Ella lo había entendido. Harding no estaba preparado para olvidar esos besos, esas caricias, esa atracción tan cruda y maravillosa que sentían el uno por el otro.

—Despediré al servicio. Ven a las siete, Harding.

—Samuel. Me llamo Samuel, Rose.

—Lo sé. —Mejor no decirle cómo era que recordaba esa información, porque la satisfacción que vio en sus ojos hizo que su corazón se saltase un latido.

—¿Usarás mi nombre de pila esta noche?

—Tendrás que esperar para descubrirlo —le dijo, para después darle un tibio beso en los labios y marcharse a toda prisa.

Harding se sentía pletórico. No le importaba que Rose estuviese huyendo de él otra vez. La anticipación cada vez era mayor. Lo acabaría ahogando.

Esperó un par de minutos, a fin de que nadie lo sorprendiese saliendo del mismo lugar que Rose, y luego se marchó a su casa con una gran sonrisa en el rostro.

¡Al fin un poco de suerte!

No era ninguna hermosura. Tampoco era espantosa.

Quedaba belleza en ella, una que había tratado de no mostrarle al mundo. Se ocultaba tras su aspecto. Debía ser por aquel mentecato que la decepcionó. No era joven, sino toda una mujer. Madura e inteligente.

Rose.

Su Rose.

Ella sería la indicada.

Era la que había estado esperando toda su vida, la que Dios le eligió para que formase parte de él.

Su futura condesa, si todo salía como esperaba.

No. No la perdería. Haría todo lo posible para que lo aceptase.

Capítulo 5

Una cita clandestina

Estaba sola en casa. Había despachado al servicio como buenamente pudo. No había demasiados sirvientes, dado que era una casa modesta.

Los nervios la habían tenido prisionera durante el resto del día. No veía la hora en que Samuel llamase a su puerta.

Diez minutos antes de lo acordado sonó la campana de la puerta principal. Rowena irguió la espalda y tomó una larga bocanada de aire. Estaba preparada. Llevaba nueve años esperando ese momento. ¿Sería capaz de terminar lo que había iniciado? No estaba segura del todo.

Los recuerdos que había tratado de olvidar habían regresado a su mente para atormentarla. No eran tan vívidos como en un primer momento, pero estaba más que claro que el pasado siempre le pesaría.

Abrió y se quedó sin respiración. El conde de Harding se había quitado el sombrero y los guantes los llevaba dentro de la copa. Iba vestido de modo formal. Una chaqueta gris, con los pantalones a juego, se veía un pedazo de su chaleco granate y la camisa de batista con las puntas del cuello bien plantadas. El nudo del pañuelo de la corbata bien hecho,

con mucho almidón.

Era devastadoramente guapo y elegante. La mirada del uno estaba fija en la del otro. Sobraban las palabras, no era necesario un saludo, aunque él agachó la cabeza para ofrecer una breve reverencia.

De pronto, se dio cuenta de que hubiera preferido vestirse de otro modo, un vestido de seda, o una muselina de un tono alegre, en vez del tejido marrón insustancial que llevaba. También hubiera deseado peinarse diferente, algo a la moda, unos rizos u ondas, incluso pensó en que debería haberse puesto alguna joya para realzar su aspecto.

Hacía tantos años que sentía la necesidad de arreglarse para complacer los ojos de otro, que se había olvidado del placer que daba sentirse admirada y adorada.

No importaba, su conde la había aceptado tal y como era. Eso era una bendición.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó con humildad al ver que ella no hacía ni decía nada.

—Por favor, pasa —le pidió mientras se apartaba del marco de la puerta.

Harding entró y la puerta se cerró. Dejándolos a ambos envueltos en un silencio extraño. Las velas de los candelabros estaban bajas, la atmósfera era la indicada para una cita clandestina entre dos amantes que se explorarían por primera vez dentro de poco.

—No he dejado de pensar en ti, en esto, durante todo el día —le confesó el conde.

—Yo tampoco —le correspondió Rose.

—¿Puedo…? —comenzó a preguntar mientras se acercaba a ella con la mirada centrada en los labios de Rose.

La dama levantó la mano y se la puso en el pecho a fin de detenerlo. Los dos estaban todavía en la entrada principal, bajo la tenue luz que jugaba con las sombras.

—Hay algo que necesitas saber.

—Por supuesto. —El conde no insistió en su acercamiento y ella bajó la mano. Samuel lamentó la pérdida del contacto, incluso bajo las múltiples capas de ropa pudo percibir su ardiente calor.

—Sucedió algo cuando yo era más joven. Un hecho que condicionó toda mi vida.

Al conde se le encogió el corazón. ¿Iba a hablarle de nuevo de un viejo pretendiente que le rompió el corazón?

—No tienes que contármelo si no te sientes cómoda, pero me gustaría mucho que confiases en mí para compartir lo que sospecho que te causa pesar —trató de animarla.

—Era una fiesta como cualquier otra. Música, muchos invitados y conversación insustancial. Estaba cansada y decidí buscar un lugar para sentarme y pensar un poco en todos los cambios que se avecinaban en mi vida. Estaba viviendo mi primera temporada, todo un sueño. Lo creas o no, conseguí cautivar a los pretendientes más elegibles del momento. Hubo uno que se llevó mi corazón de inmediato. Me acababa de comprometer y pensaba que todo sería formidable durante el resto de mi vida.

—Rose… —la llamó porque ella parecía estar en otra parte. Se había detenido—. ¿Te agredió de algún modo? —Supuso que estaba recordando algo muy desagradable, porque su mirada estaba perdida y los

ojos le brillaban por las lágrimas no derramadas.

—Había escuchado que los hombres eran peligrosos, pero no consideré que eso incluyese a los aristócratas. Un error que no volví a cometer. La maldad no entiende de clases.

—¿Qué te hizo, *mia caramella*? —le preguntó con suavidad mientras se disponía a abrazarla. Era lógico pensar que su dama necesitase un poco de consuelo, aunque no estaba seguro de si toleraría su muestra de cariño. Al ver que no lo rehuía la acomodó mejor sobre su pecho y Rose agradeció que la reconfortase.

—Me siguió sin que yo me diese cuenta. Me dirigí a la biblioteca porque creí que allí estaría sola. Él entró y cerró la puerta. Me acorraló contra las estanterías de los libros. Grité ante el primer contacto y me pegó. Una bofetada a la que le siguió otra. Comenzó a besarme y sentí sus manos por todo el cuerpo, agarrando y pellizcando sin invitación. Luché contra él como pude. Era una muchacha sin fuerza y sobrepasada por la situación, él se reía por mis intentos. Decía que no me detuviese, que le gustaba verme pelear. Iba a suceder, iba a despojarme de toda mi dignidad y nadie sería capaz de socorrerme. Cerré los ojos y dejé de moverme.

—Lo siento, cariño. Lo siento muchísimo. Ninguna mujer debería tener que tolerar las atenciones indeseadas. Merezco que me azoten por haberte perseguido, aunque debes comprender que no podía hacer otra cosa. Era necesario averiguar si tú podrías…

—No. —Rowena Rose se separó de él un momento para mirarlo a los ojos—. Eres el primer hombre con el que me he sentido cómoda, aparte de mi hermano, por descontado. No te considero una amenaza. Tan fuerte, poderoso y grande como eres, estoy convencida de que usarías tu fuerza para protegerme, no para atacarme. Te pedí que me besaras porque quería ver si era capaz de tolerar una cercanía así de nuevo. Y no solo no perdí los nervios por la acción, sino que me hiciste

anhelar más. Desde el instante en el que te vi bajo aquel árbol, severo, apuesto y decidido, supe que había algo especial. No había vuelto a estar a solas con un caballero desde hacía nueve años. Es también la primera vez que vengo a la ciudad, me siento más cómoda con mi familia, en el campo. Tú me diste esperanza, me hiciste ser fuerte y aceptar que no tuve la culpa de nada de lo que sucedió.

—No pretendo presionarte, cariño, pero necesito saber qué sucedió, porque te deseo con todas mis fuerzas, así que tengo que ser capaz de no abrumarte con todo ese gran deseo que me despiertas.

Ella afirmó con la cabeza. Era mejor que Harding tuviese todos los detalles.

—No debió cerrar con llave la puerta, o tal vez mi ángel protector estuvo listo para protegerme. Solo sé que todo se detuvo. Me sentí libre y al abrir los ojos lo vi, estaba tirado a mis pies.

—¿Quién te ayudó? —Supuso que alguien la tenía que haber salvado.

—Jasmin. La esposa de mi hermano me había visto salir del salón principal y me siguió de cerca. Lo golpeó con una figura de mármol mientras él trataba de terminar lo que había empezado. No logró salirse con la suya porque Jasmin se lo impidió, pero eso no quita que me hiciese sentir pequeña, débil y… malvada. No paraba de decir que estaba recibiendo lo que merecía, así que cuando creímos que él podría estar muerto… me alegré.

—¿Él…?

—No —respondió adivinando lo que iba a preguntarle—. Sobrevivió, listo para seguir atormentando a una nueva víctima. Jasmin y yo nos fuimos corriendo de allí. Usamos el carruaje sin que mi hermano supiera nada. Ella quería implicar a Simon, yo le rogué que no lo hiciera.

Mi hermano no se lo hubiese pensado dos veces, hubiera querido darle su merecido y si algo malo le sucedía por mi culpa… Al final, Jasmin accedió a guardar el secreto. Le dijimos que nos marchamos antes de la fiesta porque me comenzó a doler la cabeza y luego aludí a una enfermedad para que no me viese amoratada. Simon no sospechó nada y todo parecía que iba a quedar en el olvido.

—No fue así, ¿cierto?

Rowena Rose negó con la cabeza.

—El miedo es como una gran garra que se niega a liberarte. Todo había cambiado de la noche a la mañana. Yo ya no era la misma, tenía miedo, comencé a sentirme mal, como si mi belleza hubiera sido mi maldición. Rompí mi compromiso y me retiré al campo. Mi madre no fue la misma desde que mi padre falleció, estaba también recluida en la finca familiar, pero se dio cuenta de que algo muy malo había ocurrido y se lo conté. No me obligó a nada. Murió hace un par de años. Fue buena, al igual que la esposa de mi hermano. La fiesta de *lady* Leith es el primer lugar al que he ido después de nueve largos años. Tú eres el primer hombre que me ha hecho desear más, olvidarme de ese miedo tan atroz que controló mi vida durante mucho tiempo. Estuve rota, tanto que no creí que lograría sobreponerme.

—¿Quieres seguir adelante?

La dama afirmó con la cabeza esa vez.

—Solo prométeme que no me presionarás, que si tengo dudas…

—Me detendré de inmediato, Rose. —Sonó a juramento y ella lo creyó.

—Hay muchas cosas que deberías saber sobre mí, pero ese

secreto que acabo de compartir contigo era lo más importante.

—Me gusta tenerte así, *mia caramella*. Cerca de mí. Podemos ir a sentarnos, me contentaré con que me dejes rodearte con mis brazos, sentir tu cabeza sobre mi pecho.

Rose entendió que le estaba dando la oportunidad de no seguir adelante hasta que estuviera lista.

—He esperado esto mucho tiempo. Es hora de que sea un poco más valiente. Tengo que saber si en verdad logró romperme por completo o si soy capaz de seguir adelante. Te deseo, Samuel —usó su nombre por primera vez esa noche y a él se le calentó el corazón—. Creo que eres el indicado, el hombre al que estaba esperando para descubrir si la intimidad entre un hombre y una mujer que se atraen puede ser cordial, natural y segura. Así que… ¿te importaría mucho si no cenamos y me llevas a la cama? —le pidió, sabiendo que estaba siendo muy audaz.

Él le sonrió. Levantó la mano y le acarició la mejilla. La mujer sintió tanta ternura, tanta compasión, y tantas promesas… que se estremeció.

—Sería un placer y un verdadero privilegio, Rose.

Se preparó para tomarla en brazos y ella pasó de la sorpresa a la complacencia. Le gustaba estar ahí, a sus órdenes, bajo su protección, cobijada en esos poderosos brazos que jamás le harían daño. De algún modo lo sabía. Desde que lo conoció, sin darse cuenta de que lo hacía, había ido probando los límites de la paciencia de este caballero apuesto, seductor y tranquilo, aparte de unas palabras agrias —que tal vez se mereciese—, no había dado indicios de otra conducta violenta. Era bueno. Seguro que sería dulce y que la guiaría sin espantarla.

—Te deseo tanto —susurró Harding cerca de su oreja.

—Yo te deseo más… —añadió Rose emocionada.

—Y yo te amo a ti, mi Rose. Más de lo que imaginé que fuese posible.

Llegaron hasta la habitación de la dama, ella le había dado las indicaciones precisas. La dejó en el suelo. Ambos figuraban cerca de la cama, el fuego de la chimenea crepitaba, creando una atmósfera del todo propicia para lo que se disponía a acontecer.

Lo vio comenzar a quitarse la chaqueta. Rose no desvió la mirada. Samuel siguió con el proceso de desnudarse. Fuera el chaleco, el pañuelo de la corbata, la camisa y… los pantalones. Se quedó sin una puntada de ropa sobre su cuerpo y ella lo admiró en toda su gloria. Era grande, eso ya lo sabía. Se apreciaba duro en todas partes, en especial en ese apéndice que se alzaba con rebeldía.

La mujer subió la mano y extendió los dedos para pasarlos por su torso velludo.

—Eres perfecto. Las mujeres deben admirarte mucho —advirtió sin dejar de mirar su amplio torso.

—Solo quiero la admiración de una. Me alegra saber que la tengo, Rose.

—Rowena. Mi nombre es Rowena Rose —le dijo, porque le pareció importante que él supiese exactamente con quién iba a meterse en el lecho.

—Uhm… ¿Por qué creo que me diste tu segundo nombre por algún motivo oculto? —la sondeó.

—¿Puedo tocarte? —preguntó, sin atender a lo que él le

había dicho.

—Ya lo estás haciendo.

—Quiero tocarte en todas partes.

—Y me agradaría mucho que lo hicieses, Rowena Rose —le pareció oportuno llamarla de ese modo—. ¿Qué te parecería si antes te pongo en las mismas condiciones en las que yo estoy?

—¿Quieres desnudarme?

—Eso pretendo, si me das tu permiso.

Harding supuso que si él fuese el primero en mostrarse ante ella humilde y sin la seguridad que confería la ropa, ella podría sentirse más cómoda. Parecía que acertó en su suposición. La tenía hipnotizada, admirándolo, deseándolo… haciéndolo sentir un hombre digno, poderoso y seguro de sí mismo.

—Por supuesto.

Harding no perdió más el tiempo. La movió de un lado a otro, con delicadeza, pero sin renunciar a la rapidez, comenzó a quitarle el vestido, el corsé, las enaguas y finalmente la camisola.

Entonces también estuvo desnuda frente a él. El cuerpo del conde rozó el de Rose cuando la atrajo para quitarle las horquillas del pelo, necesitaba verla como una Venus, con los largos mechones cayendo por los lados del rostro y la espalda.

—Eres tan hermosa…, Rowena Rose, que podría morirme. Por Dios que el envoltorio que utilizas no te hace justicia y, egoístamente, lo prefiero, porque alguien podría haberse fijado en ti antes de que yo lo

hiciera —dijo con voz áspera, pues sentía la boca seca.

No era preciosa, aunque sí a los ojos de su conde. Sus pupilas estaban oscuras debido al deseo que le despertaba. Ella había elegido sus atuendos durante nueve años para tratar de pasar desapercibida. Llegó a odiar su aspecto, ese que hizo que aquel diablo se fijase en ella. En esos momentos deseaba ser tan hermosa como Samuel la estaba haciendo sentirse. No estaría de más visitar a una modista al día siguiente, o probar un peinado nuevo. Incluso unas perlas podrían hacerla sentirse bonita.

Rowena Rose fue hacia él.

Samuel se acercó a su dama.

Le sujetó el rostro con ambas manos y buscó sus labios. La besó minuciosamente, con tranquilidad al principio, aunque pronto se tornó urgente, hambriento y necesitado. Se detuvo y la miró. No se veía asustada, sí llena de deseo, al igual que él.

—Te he prometido que sería paciente, confiable, y a la menor ocasión pierdo los nervios. Lo siento, Rowena Rose. Si te sientes incómoda en algún momento, solo debes hablar y atenderé cualquier petición que me hagas. Te lo juro por mi honor.

—Estoy bien, Samuel. Me siento segura contigo. Segura y muy deseada.

—Bien —sentenció, para luego dejarse caer de rodillas ante ella.

Los labios de lord Harding estaban sobre el vientre de su amante. Comenzó a besarla ahí. Algún día, esperaba que no muy lejano, llevaría en su interior a sus hijos. Decidió que haría su mejor esfuerzo para demostrarle lo maravilloso que podía llegar a ser. Le daría tanto placer

que acabaría llorando de felicidad, saciada y sabiéndose deseada y muy querida.

Dejó de besar esa parte de su cuerpo y subió hacia arriba, en busca de sus suculentos senos. Los tenía grandes, hermosos, perfectos. Rozó el primero con la mejilla y luego buscó el pezón para metérselo en la boca mientras con la otra mano mimaba a su hermano gemelo.

Rowena Rose le acarició la cabeza, hundió los dedos en su cuero cabelludo mientras gemía y se arqueaba contra él. Era delicioso. Sentir que disfrutaba, que él estaba gozando de su cuerpo, sin violencia, consensuado y ardiente. Samuel succionó, lamió y jugueteó con sus pechos hasta que Rowena Rose no pudo evitar sentir que deseaba más.

—Por favor, por favor, Samuel… —suplicaba por algo, pero no entendía qué podía ser tan urgente.

Sin decir nada, su amante volvió a descender por su cuerpo, le sujetó las nalgas con ambas manos y metió la cabeza directamente entre las piernas femeninas. Con el primer contacto de esa lengua pícara, Rowena Rose saltó para evitarlo.

—¡Oh, Dios, seguramente eso no está permi…! —No pudo acabar su suposición. El placer la desbordó de inmediato. Lo tenía de rodillas, adorando su cuerpo, lamiendo su húmedo sexo—. Sí, sí, sí. Así, Samuel. Sí, sí, síííí… ¡Oh, cielos! —exclamó, cuando sintió que un dedo comenzaba a estirarla. No tardó demasiado en percibir una nueva presión. Una segunda falange contribuía a volverla loca. Y esa lengua… Esa bendita lengua que…—. ¡Samueeeeeel! —gritó su nombre nada más le sobrevino la liberación.

Necesitaba afianzar su posición para no caer de espaldas. Se sujetó de esa cabeza que seguía entre sus muslos, lamiendo, hurgando, deleitándose con su sabor.

—Tan dulce como supuse que serías, mi Rose —le dijo, después de abandonar su feminidad lleno de satisfacción.

Era receptiva y aceptaba lo que él deseaba brindarle. En la cama siempre serían ardientes. Un buen presagio de que *lady* Leith había dado en el clavo cuando trató de emparejarlos.

—Samuel —su nombre salió como si fuese un nuevo ruego—, te necesito muchísimo.

—Y yo a ti, mi dulce y querida Rose.

La ayudó a llegar hasta la cama, la acomodó sobre su espalda y se dispuso a colocarse encima, con cuidado de no hacerle daño. Era un hombre grande y ella se veía muy delicada en esos instantes.

Dios de los cielos… Rowena podría morirse feliz, porque la sensación de su piel contra la suya, de su peso, de su calor… Todo era perfecto.

—Podría enamorarme de ti con mucha facilidad, Samuel —le confesó, sabiendo que ya estaba medio loca por él. Las manos de ella acariciaban su dura mandíbula.

—Eso espero, pretendo que seas mi condesa, mi dulce Rose.

Ella le sonrió. Hombre terco, hermoso y adorable… Tan perfecto, tan viril, tan maravilloso…

El conde de Harding se inclinó para besarla de nuevo, comenzaba a pensar que nunca se cansaría de su sabor, de la textura y delicadeza de sus labios. La dama suspiró contra su boca, la acercó a sí mismo, hasta que sintió que sus brazos le rodeaban la espalda, la tenía tan agarrada que sus pechos estaban bien sujetos contra su torso.

En la habitación hacía mucho calor. O tal vez fuese todo lo que Samuel estaba haciéndole. Se sentía tan caliente que su piel debía de estar abrasándolo.

Entonces lo sintió. Algo duro e hinchado empujaba contra su vientre. Era su virilidad. Movió la mano porque quería palparlo. Lo sujetó un momento entre los dedos. Duro, caliente también, pero era extremadamente suave.

—Más tarde te dejaré hacer lo que desees conmigo, saciarás toda tu curiosidad, mi dulce Rose, pero ahora no puedo contenerme más. Necesito estar dentro de ti.

—Te quiero dentro de mí, Samuel.

Puesto que estaba bien posicionado entre sus muslos, solo tuvo que moverse un poco para hacer diana. El conde se cobijó en el hueco del cuello de Rose mientras su virilidad seguía adelante, fue un movimiento rápido y controlado. Consideró que era mejor hacerlo de esa forma.

Ella quiso llorar ante el repentino calor, presión y dolor. No lo hizo. Era más fuerte que eso, agarró un pedazo de la colcha que tenía debajo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, con una voz tan ronca que no se reconoció a sí mismo.

—Sí. Muéstramelo todo, Samuel —le exigió como si fuese una tirana. El conde sonrió, no había movido la cabeza de donde figuraba, resguardada en el cuello femenino.

Se retiró casi por completo. Ella soltó un suspiro cargado de alivio, aunque duró poco, porque rápidamente el silencio de la habitación se vio inundado por jadeos constantes, ruegos bajos, inconexos, que los

dos repetían una y otra vez.

El movimiento de Harding era constante, certero, la tensión de sus brazos, del pecho y su cuello era evidente, dado que se había colocado un poco por encima del cuerpo femenino para poder maniobrar mejor.

El dolor desapareció para dar paso a la plenitud. Se sentía llena, la necesidad volvía a crecer. Era delicioso saber que los dos formaban un solo ser. Unidos. Encajaban a la perfección.

Lord Harding no tardó en ponerse muy rígido, de tal modo que empujó dentro por última vez, y mientras gemía su nombre en alto se dejó caer, con suavidad, sobre Rowena Rose.

Ella supo que su amante había alcanzado el zénit del placer. Era todo tan inapropiado, tan deliciosamente perverso. Una mujer no debería gozar del cuerpo de un hombre sin estar debidamente casada. Al cuerno con eso, si las féminas se dieran cuenta de lo que se estaban perdiendo habría una revolución.

Un poco después y todavía jadeando por el esfuerzo hecho, Samuel se deslizó fuera de la vaina de su dulce Rose. Rodó por la cama hasta quedarse tumbado sobre su espalda. Ella se quedó quieta sin saber qué hacer o decir.

—Ven aquí, cariño —le dio la orden para que se colocase sobre su pecho. Ella lo hizo después de que él la manejase a su antojo para dejarla justo en la posición que deseaba.

Tenía medio cuerpo femenino encima y le encantaba estar así.

—¿Alguna queja? —preguntó divertido, pues era consciente de que no podría tenerla. Cierto que la llevó al éxtasis una segunda vez,

pero la noche todavía no había terminado.

—En absoluto, pero supongo que soy una aprendiz todavía para saber si…

—Ah —la frenó—. Así que deseas convertirte en una experta.

—Sería agradable saber que puedo darte tanto placer como tú a mí.

—Me lo has dado, mi dulce, mi querida Rose.

—Me has vuelto loca.

—Lo sé —presumió.

—Quiero volverte loco también.

—Eres mía, ahora. Tienes toda la vida para hacer conmigo lo que desees. Y si pretendes que me convierta en un demente, te garantizo que estoy a un paso muy corto. Eres deliciosa, querida.

—Esto es… extraño.

—¿A qué te refieres?

—He tenido mucho miedo de que pudiese ocurrir algo como lo que ha acontecido. Creía que no sería capaz de olvidar el pánico que él me hizo sentir. Y…

—¿Y? —preguntó, mientras contenía la respiración.

—Jasmin tenía razón, incluso *lady* Leith ya me lo advirtió.

—¿El qué? —siguió él con sus preguntas.

—Con la persona adecuada, la intimidad es fascinante.

—Uhm… ¿Qué tal si descansamos un poco, luego comemos algo para recuperar fuerzas y vemos si podemos hacer que nuestro encuentro sea todavía más fascinante, mi dulce Rose?

—Sería maravilloso, mi conde —le dijo, para luego reírse con ligereza.

Iba a ser una noche muy especial que ninguno de los dos olvidarían mientras viviesen.

¡Perfecta!

Perdieron la cuenta de las veces que unieron sus cuerpos, de las que se exploraron el uno al otro con rigor. Solo había una gran pasión entre los dos, sin vergüenza, sin miedo, con aceptación y mucho ardor.

Capítulo 6

Una situación delicada

Cinco días fueron los que le bastaron a Rose para convencerse de que estaba completa e irrefutablemente enamorada de Samuel Forbes, conde de Harding.

Con sus cuatro deliciosas noches correspondientes en las que disfrutaron sin censura de su reciente intimidad.

Era el hombre ideal.

Fantástico.

Sublime.

No quería que ese precioso sueño inesperado terminase jamás. No habían hablado sobre el futuro, pero Rowena era muy consciente de que más pronto que tarde llegarían las complicaciones.

Y como si hubiese conjurado la primera de las dificultades, esta apareció en forma de carta.

Simon Wade, conde de Allen, le mandó una misiva para

convocarla en su residencia de Londres. Sus efímeras vacaciones acababan de concluir y no se podrían volver a reanudar.

Su hermano no estaría nada contento con ella por haberse escabullido de la fiesta de *lady* Leith sin avisarlo.

Tenía que informar a Harding de que iba a cambiar de residencia. ¿Cómo lo haría si no sabía dónde podría enviarle el aviso? Le dejaría una carta para que los señores Milton, quienes custodiaban la casa habitualmente, se la entregasen. Lo malo era que les había dado permiso para ir a visitar a la hermana de la mujer, en algún lugar al norte, nada más llegó a Londres. La cocinera y mayordomo no eran sirvientes permanentes allí, solo los Milton.

¡Maldición!

Tenía demasiados frentes abiertos, y el que más le importaba, ese que tenía que ver con Zachary y su esposa no había avanzado en absoluto. Bueno. Al menos su aventura con Harding sí lo había hecho, y de un modo impresionante.

De acuerdo. Los problemas los afrontaría de uno en uno. Era lo mejor, ir poco a poco. No valía la pena angustiarse por lo que no tenía remedio.

Con esa idea en mente, preparó sus baúles y se trasladó a la casa de Allen en Piccadilly, pues conocía bien el temperamento de su hermano y era mejor mostrarse mansa y bien dispuesta. Además, que sabía muy bien que él iba a exigirle que regresase a casa bajo su protección.

Convencer a su hermano de que había cambiado un poco, que valoraba mejor tener algo de libertad, sería complicado después de nueve años viviendo en cautiverio. Lord y *lady* Allen habían insistido mil veces en que ella los acompañase para disfrutar de las diversiones de la

ciudad y Rowena siempre se negó.

Cuando cruzó el umbral de la puerta Jasmin figuraba en lo alto de las escaleras y la miraba con curiosidad.

—Confío en que no hayas estado esperándome ahí desde que Allen me mandó la nota, Jasmin.

—En absoluto. Pero tenía curiosidad por verte.

—¿Por qué?

—Comprenderás que quiera averiguar los motivos que han llevado a que mi querida cuñada, una mujer que aseguraba que jamás saldría de la finca de campo de su hermano, aceptase ir a una fiesta, en la que imagino que pronto te diste cuenta de que era para llevar a cabo emparejamientos, y que a continuación decidió poner rumbo a Londres sin decírselo a nadie.

—*Lady* Leith conocía mis planes.

—Y casi se enfrenta a un consejo de guerra cuando tu hermano apareció en su casa dispuesto a recogerte y se dio cuenta de que no estabas allí. Por suerte la vieja cacatúa tiene más temple que un general de su majestad la reina. ¿Qué te ha impulsado a ser tan audaz, Rowena?

Le gustaba más cuando Harding la llamaba: «mi Rose».

—Bueno… Yo…

Los ojos de Jasmin, que ya estaba frente a ella, observándola con fijación, se centraron en sus sonrojadas mejillas.

—¿Quién es él? —Se marcó un farol con la pregunta.

—Bueno… es que… es… complicado.

—¿Complicado? Si tu hermano sospecha que has sido perversa, entonces, las dos tendremos problemas. Está convencido de que te ayudé a tramar un plan cuyo fin es causarle una apoplejía.

—Hablaré con él.

—Hazlo. Tranquilízalo, pero no dejes que sospeche que hay un caballero implicado en tus conspiraciones. Sé cauta, Allen ha estado muy preocupado por ti. Ya sabes lo que opina de que una mujer no cuente con la debida protección.

—Lo aplacaré como pueda. Le haré saber también que no estabas implicada en mis planes.

—Perfecto, y después de contarle una verdad a medias, vendrás a mi salita y me lo contarás todo. Sin ahorrarte nada.

—Lo cierto es que pretendía pedirte un favor.

—Dime que no tendré que cubrirte con Allen. No me agrada que haya secretos entre los dos —le pidió con el corazón en la mano.

—No. No se trata de eso. Lo que me gustaría es que…

—¿Qué? —la animó al verla azorada.

—Quisiera ir de compras.

—¿Qué? —graznó *lady* Allen, quien se quedó con la boca abierta.

—Supongo que las tiendas siguen estando en Bond Street,

¿o acaso la buena sociedad no va allí a buscar sus atuendos? —tanteó.

—¡Vamos a ir de compras! ¡De compras! —repitió mientras emitía un grito todavía más alto que el primero. Jasmin no se lo podía creer. Fuese cual fuese el milagro por el que Rowena se veía radiante, feliz más bien, y que la hacía querer renovar ese horrible vestuario, ella estaba muy agradecida. En cuanto conociese el nombre del caballero que la había emocionado, le entregaría una medalla o una condecoración, lo que fuese correcto para estos casos. ¡Dios! No se lo podía creer. Por fin su estimada cuñada había vuelto a la vida y el proyecto que se cernía sobre ella se preveía emocionante.

Puesto que la condesa de Allen había comenzado a dar saltos, aplaudía y no dejaba de gritar por la alegría, su esposo había salido a ver de qué iba todo ese escándalo.

—Ah, Rowena —dijo con ese aire tan severo que ponía cuando estaba disgustado.

—Simon —lo saludó por su nombre de pila al igual que él.

—¿Qué ocurre, mi amor? —se interesó al darse cuenta de que su esposa miraba a su hermana con los ojos brillantes, una gran sonrisa y ¿llena de esperanza? Estaba intrigado por saber lo que habría sucedido que fuese tan demencial.

—Un milagro, y eso que no estamos todavía en Navidad.

—Muy bien. Si nos disculpas, querida mía, Rowena y yo tenemos algunos asuntos que atender…

—Oh, no, no —se opuso la condesa—. Rowena quiere ir de compras.

—¿De compras? —Su esposa lo decía como si ese fuese el milagro. No lo entendía. Rowena solía ir al pueblo más cercano cuando necesitaba cualquier prenda de ropa.

—Tu sermón puede esperar, tu hermana y yo tenemos un vestuario que renovar. Muselina, seda, organzas… Buscaremos colores atrevidos, puedes permitírtelo, no eres ninguna muchacha que deba usar todos los tonos inventados de blanco. ¡Rojo! Prométeme que al menos tendrás un vestido rojo que te convierta en un escándalo durante una noche. Yo lo hice. Allen se enfadó mucho cuando me vio, pero esa misma noche acabé comprometida con él.

—Pero… —comenzó a objetar Allen sin comprender toda la emoción del momento. Su intervención quedó en el olvido. Su condesa ya estaba llevándose a toda prisa a su hermana—. Rowena, hablaremos de tu desobediencia en cuanto regreses —le advirtió, aunque nadie le hizo caso—. Mujeres… —apuntó para luego regresar a su despacho y seguir con su trabajo. Al menos Rowena parecía estar bien, sana y salva.

***

Habían comprado seis vestidos de noche y diez de paseo, que serían entregados en casa a la mayor brevedad posible, en cuanto pudiesen estar confeccionados. A cada cual más exuberante y elegante que el otro. Y se llevaron uno en tono verde esmeralda, cuya clienta se había desentendido de él.

Jasmin, que era más inteligente de lo que Allen y ella misma lo serían nunca, había hecho los deberes que Rowena no logró llevar a cabo porque había estado demasiado ocupada con Harding.

La esposa de Simon había descubierto la carta de su mejor amiga sobre la mesa de su escritorio. Rowena no se podría creer que hubiera sido tan despistada y no la hubiera guardado a buen recaudo, aunque también debió haberla quemado. Así que Jasmin ya sabía lo que la trajo a Londres en un primer momento. Le había hablado de una fiesta que tendría lugar la noche siguiente en la que estaría Zachary también. Una cosa menos de la que preocuparse. En cuanto le hiciese comprender que tenía que reunirse con su esposa por el bien de todos, seguro que el amor de su juventud le permitiría hablar con ella. Al menos así confiaba en que sería.

—¿Me has escuchado? —La pregunta de su hermano la trajo de regreso al presente. Acababan de llegar de Bond Street cuando Allen las interceptó y obligó a Rowena a mantener una reunión muy seria en su despacho.

—Comprendo que estés enfadado, hermano.

—No. Enfadado no es la palabra. ¿Entiendes el temor que me has hecho sentir ante tu desaparición? No he podido respirar hasta que has aparecido y he visto que estabas sana y salva. ¿A qué ha venido todo este dramatismo, Rowena?

—Ese enfado no será nada comparado con el que tendrás cuando veas la factura de la modista y las demás tiendas. Tu esposa se ha empeñado en renovarlo todo. Guantes, medias, camisolas, vestidos, por supuesto, zapatos a juego… No tenemos problemas de finanzas, ¿no? Aunque puedes usar parte de mi dote para…

—Soy muy capaz de atender todos tus gastos —la frenó—. No cambies de asunto. Dime qué es lo que ha sucedido. Ese comportamiento no es natural en ti y es lógico que esté muy preocupado, hermana.

Ella suspiró.

—No quisiera que te enfadases más de lo que estás. Solo te diré que Jasmin no sabía nada de lo que me proponía.

—Rowena, no me irrites más. Cuéntamelo todo —habló con una firmeza que la hizo erguirse.

—No soy una niña.

—Ya lo sé. Eres toda una mujer, pero una mujer al fin y al cabo. Eres mi responsabilidad y sería negligente si no me preocupase. Ahora, estoy preparado para escucharte.

—¿No puedes dejarlo correr?

—No. Habla.

Ella valoró sus opciones. Solo una vez le había mentido a Simon y no le gustó en absoluto, aunque en honor a la verdad, lo dejó al margen por su propia seguridad.

—Me gustó mucho el pretendiente que seleccionó *lady* Leith para mí.

El rostro de Allen cambió de la severidad a la más profunda sorpresa.

—¿De quién se trata?

—Es complicado… —susurró.

—No es complejo en absoluto, Rowena. Necesito un nombre, un apellido y preferiblemente un título.

Ella rodó los ojos. Su hermano parecía un esnob y no lo

era… demasiado.

—No estoy preparada para hablar de él, Simon. Vas a tener que confiar en mí a este respecto.

—¡Esto es inaudito! Vas de un extremo al otro, Rowena. Llevas nueve años enclaustrada en una finca de campo…

—Ya estamos… —murmuró sin que lord Allen la escuchase.

—… y de repente decides ponerte a hacer locuras. Te dejé ir a la fiesta de *lady* Leith porque todo iba a resultar muy apropiado. Me diste tu palabra.

—Sí, bueno, eso fue antes de saber que sí que tenía interés en la pareja que la vizcondesa eligió. Y no me dejaste ir a la fiesta, me obligaste —lo interrumpió.

—Rowena, dime, por amor de Dios, que no saliste corriendo de la casa de *lady* Leith para ir tras los pasos de un caballero que no te hizo caso. Te lo suplico, dímelo, porque estoy imaginando cosas que no son adecuadas.

—Vine a Londres para reflexionar sobre mi vida. Además, quería visitar la casa que mi madre me legó —le aclaró. Entonces vio que él se relajaba… un poco.

—Revela su identidad de inmediato —exigió con los dientes apretados.

—No. Y no me provoques más, Simon. Soy una mujer adulta, sensata la mayor parte de las veces… o tal vez no la mayor parte, pero sí lo suficientemente capaz de decidir por mí misma. Tienes razón.

Me marché de casa siendo tu hermana pequeña, pero he decidido que es hora de convertirme en lo que hubiese sido si yo no… —Se calló porque no quería desvelar más. No debía hablar del incidente que ocurrió en aquella biblioteca.

—Si tú no, ¿qué? —insistió.

—Voy a tomar mis propias decisiones. No quiero que pienses que soy una hermana desagradecida. Has sido amable, paciente, gruñón a veces, como ahora mismo —por descontado que el conde gruñó en ese momento de la conversación—, cariñoso, protector y… En fin, has resultado ser el hermano perfecto para mí, pero me he dado cuenta de que no puedo sencillamente quedarme de brazos cruzados, parada mientras la vida pasa ante mis ojos y no disfruto de lo que puede llegar a ser. Voy a luchar, Simon. Con todas mis fuerzas porque he conocido a un hombre del que me he…

—¡Rowena Rose Elizabeth Anne Wade! —tronó el conde, imaginando lo que ella iba a decir hasta que se mordió la lengua.

—¿Qué?

—Dime el nombre del caballero del que te has enamorado o tendré que tomar medidas.

Ella levantó una ceja.

—¿Y qué harás? —lo desafió.

—Encerrarte en tu habitación.

—No seas ridículo, Simon —lo reprobó, al tiempo que se ponía en pie—. Ni madre me mandó a la cama sin cenar. Siempre he sido una buena chica, tendrás que aprender a confiar en que también sé ser una

buena mujer. Y esa, Simon…, es mi última palabra.

El conde de Allen se quedó con la boca abierta, viendo cómo su hermana salía de su despacho con la cabeza bien en alto.

¿Quién era esa nueva mujer y qué había ocurrido con la modesta y tranquila Rowena Rose Wade?

Se tocó la frente. Ella lo había hecho sudar y todo. Se limpió unas pequeñas gotas y se lamentó porque el presente se le había vuelto en su contra.

¡No debió haberla obligado a asistir a esa estúpida fiesta!

—¡Jasmiiiiiiin! —gritó el nombre de su esposa, quien había estado en el umbral de la puerta esperando a que él la convocase, pues la condesa también se había dado cuenta de que Rowena había cambiado.

No hizo falta más para saber que su cuñada había consumido toda la paciencia de su hermano.

—¿Me llamabas, mi amor? —Entró y se sentó sobre el escritorio de su esposo.

—Ahora no tengo ganas de hacer maldades contigo. Mi hermana me ha dado un disgusto.

—Lo sé. También me he dado cuenta de que no es la misma que cuando se marchó. Ella ha cambiado y debes darle un poco de manga ancha —le aconsejó.

—¿Quién es el caballero que la ha vuelto loca?

—No me lo ha dicho, era consciente de que me acabarías

interrogando, así que solo me ha confesado que está enamorada y que necesita seguir su propio camino.

—¿Y si resulta ser un cazafortunas y se aprovecha de ella? Peor todavía, ¿y si ya se ha tomado libertades, Jasmin? Rowena es frágil.

—No creo que vuelvas a poder meter el genio en la lámpara. Jamás te había escuchado levantarle la voz, Simon.

—Eso es porque me ha desafiado.

—Exacto, antes no hubiese tenido el aplomo ni la valentía para hacerlo. ¿No prefieres verla así? Se ve feliz, encantadora y viva. ¡Me ha permitido comprarle un vestido violeta! —No aprobó el rojo, pero ese color era igual de provocativo.

—¿Qué tienen que ver los colores, Jasmin?

—Se nota que eres un hombre que no entiende de moda femenina ni de mujeres. Tienes suerte, mi amor, de que fuese yo la que llamase tu atención, podrías haber terminado casado con una arpía que se despreocupase por completo de tu bienestar, del de tu hermana y que no quisiera a tus hijos tantísimo como yo.

—Son tus hijos también, Jasmin —le recordó.

—Escúchame, mi amor.

—Lo estoy haciendo.

—Rowena no me ha dicho quién es exactamente el caballero que le ha robado el corazón, porque créeme, está enamorada hasta la médula. Habla del mismo modo que yo lo hacía de ti cuando nos conocimos, y tiene ese brillo en la mirada que… es el mismo que recuerdo

ver reflejado en el espejo…

—Santo Dios… —se quejó con gran lástima el conde.

—¿Qué?

—Recuerdo nuestros inicios, mi amor. El sinvergüenza se ha debido de aprovechar de ella.

—¿Lo mismo que hiciste tú conmigo? —rebatió la condesa, pues Simon, como buen conde viril y apuesto, no solo le había robado un par de besos. Fue una suerte que el parto de su heredero se retrasase un par de semanas, pues de otro modo toda la buena sociedad habría sumado los meses y no hubiera habido una coincidencia.

—Regresaremos al campo —sugirió, intuyendo que así se acabarían sus dolores de cabeza.

—No podemos hacerle eso a Rowena. Ha trabajado mucho para poder llegar hasta aquí. Es su última oportunidad para conseguir lo que tenemos tú yo, Simon. ¿No quieres eso para tu adorada hermana? Yo sí que quiero verla casada, felizmente emparejada, con sus propios hijos, siempre con una sonrisa en el rostro. ¡Tuviste que haberla visto cuando me contaba que había conocido a alguien! ¡Al hombre de sus sueños! No podía dejar de sonreír. Te aseguro que tendrá dolores musculares esta noche.

—¿De verdad, no tienes la menor idea de quién puede ser?

—Dijo que no es un hombre desconocido. En su juventud se fijó en él, hablaron e incluso compartieron algún que otro paseo. No sé nada más.

—¿Será uno de sus antiguos pretendientes? —conjeturó el

conde de Allen.

—O un caballero en el que se fijó y que no le hizo el menor caso… hasta ahora —planteó *lady* Allen.

—En cualquier caso, debe ser un hombre horrible.

—¿Por qué dices eso, mi amor? —inquirió ceñuda, debido a la violencia que detectó en sus palabras.

—Un auténtico caballero, uno honorable, se habría puesto en contacto conmigo de inmediato para pedirme permiso a fin de cortejarla.

—Simon…, tiene veintisiete años. No digo que su enamorado no la esté cortejando, pero debes comprender que es una mujer que pasó hace tiempo los primeros rubores. Las reglas son diferentes para las viudas y las solteronas. —A Jasmin no le agradaba referirse de ese modo a Rowena, pero la realidad no podía negarse.

—Esto es una pesadilla.

—¿Qué imaginabas que sucedería cuando decidiste que la arrastrarías hasta la fiesta de *lady* Leith si no iba por su propio pie, Simon?

—¿Sinceramente?

—Por favor —le pidió que le dijese la verdad.

—Siempre ha sido tan testaruda y decidida, que di por hecho que repudiaría incluso a un príncipe europeo. Solo quería que saliese de casa durante una semana como mucho. Sabía muy bien que la vizcondesa se ocuparía de ella, de que nada malo le sucediese, pero… esto es…

—Es bueno, mi amor —remató la frase la condesa por él.

—No lo sé, Jasmin. Ella había estado enamorada antes y ya sabes cómo resultó todo aquello. —Simon se frotó la cara con ambas manos, tratando de ver un poco de luz tras una noche oscura y sin luna.

—Ahora podría salir bien.

—Si solo tuviese un poco de información sobre él, yo podría…

—Investigarlo —terminó la dama por su esposo—. Es por eso por lo que no quiere revelar su identidad.

—¿Y cómo debo actuar?

—Quiere ir mañana a la fiesta de la duquesa de Ashton. Tal vez allí esté su pretendiente y nos lo presente. No la fuerces, Simon, confía en ella. Recuerda que tiene su propia casa y cuenta con su propia fortuna, podría decidir que sola tiene mayor libertad y regresar a Mayfair. Sé paciente, nos conviene a todos estar tranquilos y ver cómo va desarrollándose todo esto.

—Rowena en una fiesta, después de casi una década… —murmuró sin creerse lo que estaba escuchando.

—Y quiere ir a Drury Lane, ver una obra de teatro.

—¿Al teatro?

—Eso dice, que le han hablado muy bien de una actriz y quiere verla.

—¿Una actriz?

—Estoy tan sorprendida como tú. —La condesa agitó los hombros sin saber qué más añadir.

—¿Por qué querrá ver a una actriz? Es más, ¿cómo ha conocido a una actriz que se sube al tablero de Drury Lane?

—Supongo que las respuestas a todas nuestras preguntas no tardarán en llegar. Ahora, si no quieres hacer alguna… maldad, como lo has llamado antes, conmigo, debo ir a atender a Rowena.

—¿Para qué? —preguntó, no sabiendo si deseaba conocer esa respuesta. ¡Su hermana estaba desbocada! Mucho más que un caballo furioso que no quería ser conducido con mano firme.

—Quiere cambiar su peinado.

—Su pelo… —Estaba desconcertado.

—Eso es. Quiere probar algo nuevo, incluso ha pedido que sea mi doncella quien la peine a partir de ahora.

—¿Qué hay de malo con el modo en el que lleva el cabello ahora mismo? —Simon no entendía el motivo por el que Rowena deseaba cambiar tanto, todavía menos comprendía toda esa alegría desbordada que veía en su esposa. Su hermana lo estaba desquiciando y su condesa parecía encantada. ¡Qué desfachatez!

—Yo quería estar preciosa para ti, Simon.

—Si hubieses aparecido con un viejo saco de patatas, me habrías impresionado lo mismo que con tu mejor vestido de seda. —Cuando Simon se ponía juguetón, la instaba a colocarse el traje de seda rojo con el que lo hizo arrodillarse para pedir su mano. Era tan fascinante que le rogó que solo se lo pusiese para él. No quería que ningún otro la

viese de ese modo. Oh, sí. Su condesa le concedía ese capricho, entre otras cosas porque cada vez que se vestía con ese atuendo, él acababa arrodillado entre sus piernas.

—De eso se trata, mi amor.

—No te comprendo. —No mentía, se había perdido algo en la suposición de su condesa.

—Tu hermana no le ha mostrado a su pretendiente secreto su mejor aspecto y asegura que él está igual de embelesado que ella. ¿Entiendes lo que te digo?

—Mi hermana no es una mujer fea —desdeñó de inmediato.

—Ya lo sé que no lo es, pero lleva nueve años, no diez —precisó porque él había hablado hacía un momento de una década y todavía no se había cumplido ese plazo—, sin importarle su apariencia.

—Sigo sin ver lo que tratas de explicarme.

—Rowena deslumbrará en Londres a los veintisiete años, Simon. Eso es todo lo que debes saber. Eso y que como él ya está enamorado de ella, te aseguro que cuando termine de recordarle lo encantador que es verse hermosa, su pretendiente no solo se pondrá sobre una de sus rodillas, él rogará por su atención y hará todo lo que tu hermana demande, incluso ponerse a la pata coja y dar saltos —pronosticó, como si fuese una profecía.

—Las mujeres sois extrañas. Yo te deseo a todas horas, Jasmin. No importa si te encuentro manchada de harina y vistiendo un harapo. Siempre quiero acostarme contigo. No hay más que eso.

—¿Incluso si me pusiese una peluca… de color rosa

brillante? —improvisó.

—Te deseo a todas horas. ¿No lo sabes todavía, amor mío? —El conde trató de cogerla a fin de colocarla sobre su regazo. Su esposa estuvo rápida y huyó de su contacto.

—Lo siento, milord. Tuviste que haber aprovechado cuando entré en tu despacho, ahora no puedo atenderte, Rowena me espera —le dijo mientras iba a toda prisa hacia la puerta.

—Ponte el vestido rojo esta noche.

—¿No prefieres que me lo ponga mañana para ir a la fiesta de la duquesa de Ashton?

Él gruñó en respuesta. Ella se rio a carcajadas, demasiado bien sabía Jasmin que su esposo no quería que otro caballero la admirase con semejante atuendo.

Sonrió mientras subía hacia la habitación de Rowena. El vestido que se pondría su cuñada para ir a visitar la casa de la duquesa no era tan atrevido como el suyo rojo, aunque también se apreciaba despampanante.

Rowena estaría preciosa y como su pretendiente no se apresurase a mover ficha, pronto se daría cuenta de que no estaba solo en la justa por ganarse a la hermana de lord Allen.

¡Qué interesante!

Al fin, la temporada londinense iba a iniciarse con novedades de lo más excitantes.

Le mandaría un regalo a *lady* Leith, sin lugar a duda, la

vizcondesa sabía bien lo que se hacía con esas citas campestres.

¡Vaya que sí!

Capítulo 7

Un reencuentro incómodo

El destino era del todo curioso. No hacía mucho había estado en Hyde Park para tratar de mantener un encuentro casual con Zachary. Esa mañana había salido hacia aquel lugar precisamente para ver si se topaba con lord Harding, porque no sabía cómo ponerse en contacto con él, y el resultado fue el inverso.

Rowena estaba ahí, de pie, con uno de los lacayos de su hermano siguiéndola de cerca por su protección —porque Jasmin le había aconsejado no poner más a prueba a Simon y decidió permitir el acompañamiento— y tenía justo enfrente a Zachary Lonsdale, actual marqués de Redlay, quien la había reconocido también.

No sabía si debería estar impresionada o no, pues el vestido de mañana que llevaba, en un tono blanco con pequeñas tacitas de porcelana de colores por todas partes, no era nada del otro mundo. Tal vez el nuevo peinado le hubiese recordado a la belleza de su juventud.

Lord Redlay frunció los labios y se dio la vuelta de inmediato. Ella suspiró y comenzó a apretar el paso. No le importaba si tenía que ofrecer todo un gran espectáculo. Zachary iba a escucharla costase lo que costase.

—Milord, le ruego que me atienda —le pidió cuando llegó a su lado.

—No tengo nada que hablar con usted, *milady* —puntualizó el marqués, sin ladear el rostro para reconocer su presencia.

—Por favor, Zachary… —le suplicó su atención, usando la informalidad y la cercanía en su trato.

Él se detuvo y giró el rostro para mirarla. Ella vio en su mirada tanto desprecio que bien la pudo haber matado con él. No iba a dejarse amedrentar.

—No tienes derecho a utilizar esa baza. —Le acababa de decir que no debía recurrir a los recuerdos del pasado.

—Si no fuese un asunto importante, te aseguro que no te habría molestado jamás. Es por Arleen, te pido unos segundos de tu tiempo. Pasea conmigo por el parque, te lo ruego. —Esperaba que volverle a suplicar diese su fruto.

Su querida mejor amiga. Arleen merecía que Rowena hiciese todo lo posible para que lord Redlay la escuchase. El esposo de Arleen tenía que conocer algunos hechos que no podían ser silenciados durante más tiempo.

Él la miró, todavía con la ira reflejando en sus ojos. No dijo nada, le ofreció su brazo. Rowena lo tomó y respiró aliviada. Una invitación a dialogar durante unos minutos. Se fijó en que el lacayo de su hermano le iba a la zaga, no se había metido en su conversación, aunque era posible que si su hermano le pidiese un informe posterior el sirviente acabaría contándole la escena. Todos los trabajadores de Allen le eran muy fieles.

—¿Qué es lo que quieres, Rowena? —le preguntó cuando

llevaban varios pasos andados.

Lo observó con atención. Ese hombre que llevaba del brazo pudo haber sido su esposo. Seguía tan apuesto como cuando lo vio por primera vez, salvo por esos ojos cansados y algunas arrugas, fruto de las preocupaciones de un hombre de su posición.

Se convirtieron en la pareja de la temporada nueve años atrás. Fue un compromiso por amor. Ella cayó rendida ante Zachary. A él le ocurrió lo mismo. Nada más la vio, en plena calle y sin que nadie los hubiese presentado formalmente, se acercó hasta ella para decirle que iban a casarse. Rowena iba dando un paseo con Jasmin, y la condesa de Allen se quedó igual de asombrada que ella misma por su atrevimiento y arrogancia. Todavía lo recordaba con suma nitidez. Incluso el primer beso que compartieron. Zachary siempre fue dulce, atento y jovial.

A él se le rompió el corazón cuando ella lo abandonó, lo que Zachary tal vez nunca llegase a saber, era que Rowena lo perdió todo cuando tomó esa decisión. Cualquier buen hombre, aunque estuviera cargado de buenas intenciones, ladraba y mordía cuando se le acorralaba. Lord Redlay no fue una excepción. A las dos semanas de que la buena sociedad londinense se enterase de la ruptura producida entre ambos, el marqués decidió comprometerse con su mejor amiga. Tres meses después, Zachary y Arleen recitaron sus votos durante una multitudinaria ceremonia en la catedral de Londres, a la que acudieron los grandes pares del reino y demás invitados distinguidos. No todos los días se casaba un futuro duque con una de las bellezas de la temporada.

A Rowena le hicieron trizas cuando se corrió la voz de que fue ella la que abandonó sin ninguna explicación a Zachary.

Lord Harding también fue una de las partes perjudicadas cuando Rowena tomó la decisión de no consentir en ser la marquesa de Redlay. Zachary no había buscado a Arleen porque fuese otra belleza deslumbrante. No. Se le propuso porque la sociedad sabía que el padre de

su mejor amiga la había presionado para que se centrase en el mejor partido, ese fue Redlay, porque se convertiría en un duque algún día. Entonces, el exprometido de Rowena buscó a Arleen porque estaba herido y lleno de ira, y creyó que declararse a la que sabía que era su amiga más adorada le devolvería a ella el mismo golpe que él recibió cuando se negó a casarse.

Le rogó a Arleen que no se casase con Zachary, pero su amiga no pudo oponerse, el padre de ella, un vizconde, ya había dado su autorización. Además, su estimada mejor amiga le confesó que se había medio enamorado de Redlay también en cuanto lo vio. Fue un escándalo para los cuatro. A Saber: Harding, Redlay, Arleen y Rowena, y lo peor era que todo ocurrió por su culpa. Si la hermana de Allen se hubiese casado con el amor de su vida, nadie más que ella hubiese sufrido, en cambio, prefirió salvarse y los arrastró a todos por el fango. No fue capaz de hablar y confesar los motivos por los que canceló el compromiso con Zachary.

Los secretos, pese a tratar de ocultarlos y olvidarlos, acababan saliendo a flote. La carta que Arleen le envió hacía algo más de un mes, era la prueba más evidente.

Se sentía más fuerte que cuando era una jovencita. Más decidida y con más experiencia a la hora de tratar los graves problemas.

Harding había hecho que evolucionase, por así decirlo, y Rowena era muy consciente de que su hermano la apoyaría sin reservas en caso de necesitarlo. Ya no tenía nada que perder si revelaba su secreto, y si se podría remediar alguna calamidad futura.

—¿Y bien? —preguntó el marqués de Redlay. Rowena se había quedado absorta en los recuerdos.

—Lamento muchísimo todo lo que ocurrió en el pasado, Zachary.

—No tiene sentido recrearse en lo que no tiene solución. Además, tengo un heredero y el reemplazo, eso es lo que cuenta —advirtió desdeñoso mientras volvía a emprender el paseo con ella colgada de su brazo.

Rowena suspiró. Esa herida en el orgullo de Redlay no había cicatrizado, aunque tampoco podía culparlo, ella misma se compadecía de su suerte… hasta que Harding la hizo revivir.

—Está bien. Verás, Arleen me envió una carta hace un tiempo. Me pedía que la visitase en Londres, pues teníais planes para encontraros con un médico que…

—¿Te habló ella del doctor? —la interrumpió, con cierto recelo.

—Sí. He tratado de entrevistarme con ella, pero cada vez que me presento en tu casa, me advierten de que la marquesa no recibe visitas. Necesito que me permitas hablar con ella, por favor.

—Arleen no está bien, Rowena. No quiero que se altere.

—Sé el problema que tu esposa tiene, Zachary.

—¿Cuál? —inquirió de inmediato.

—Es un asunto delicado que debería ser tratado en un ambiente más privado.

—¿Qué puedes aportar tú? Arleen ha sufrido de los nervios desde que la conozco. La situación ha ido empeorando y no creo que debamos molestarla con tonterías.

—¿Cómo está tu padre? —decidió preguntarle por otra cosa,

pues veía que él se estaba poniendo de peor humor a medida que avanzaba la conversación.

—¿Mi padre? —inquirió frunciendo el ceño.

—Sí. ¿Cómo está el duque?

—Ha estado mejor, lo admito. Knightwick —ese era el título de su progenitor— se cayó por las escaleras hará tres años. No ha sido el mismo desde entonces. Eso sin contar sus múltiples achaques de salud. Ahora mismo está encamado. —Lo escuchó suspirar con fuerza—. A veces me pregunto si mi vida habría sido diferente si no me hubieras abandonado. Creí que Arleen sería capaz de borrarte de mi mente. A fin de cuentas, era hermosa también, agradable, criada del mismo modo que tú. Y yo te aborrecí, te aborrecí con todas mis fuerzas. Tendrás que admitir que no te portaste bien conmigo.

—En aquel entonces, yo tenía dieciocho años. Era una niña. No sabía nada de la vida, no estaba preparada para enfrentarme a situaciones que exigían valentía, Zachary. Ahora soy diferente, es por eso por lo que me gustaría hablar con Arleen, y también me agradaría que estuvieses durante esa conversación.

—¿Te enamoraste de mi amigo, Rowena? ¿Fue por eso por lo que me abandonaste entonces? —preguntó a bocajarro.

—¿Qué? —La hermana de lord Allen se había perdido algo.

—Os vi, hace varios días, a ambos, escabulléndoos entre los setos… Aquí mismo en Hyde Park. Hoy llevas el pelo muy diferente, pero te reconocí de inmediato —le reveló.

La hermana del conde de Allen se dio cuenta de que el trabajo de la doncella de Jasmin no había pasado desapercibido. Dejó de lado su vanidad y se centró en lo primordial.

—Mi decisión de romper nuestro compromiso no tuvo nada que ver con lord Harding, Zachary. Lamenté también que él sufriese por mi decisión, pues recuerdo que estaba comprometido con Arleen hasta que supo que tú eras un hombre libre y su padre la presionó para aceptarte.

Él la miró sin detonar extrañeza.

—¿Por qué, Rowena? ¿Qué te hice yo, más que amarte? —trató de averiguar, lleno de angustia.

—Deja que vaya a tu casa, Zachary. Estoy preparada para contarlo todo ahora.

—¿Eres su amante? —siguió él con otra línea de investigación.

—¿Hablas de Harding? —indagó.

—¿Hay más caballeros con quienes te escabullas, Rowena? —retrucó con altanería.

—Soy una solterona, Zachary, una cuya belleza se fue perdiendo. ¿Y sabes qué? Ser bonita, llamar la atención de los hombres cuando era joven, no me hizo bien. Tú te fijaste en mí y es lo único bueno que me trajo mi aspecto.

—¿Por qué me cuentas eso, Rowena?

—¿Conoces a la vizcondesa Leith?

—No personalmente, pero sí he oído hablar de los sementales de su esposo. Sigo sin comprenderte…

—Verás, *lady* Leith organiza una vez al año en su casa,

antes de que arranque oficialmente la temporada, una fiesta en la que invita a mujeres que no han tenido suerte a la hora de encontrar pretendientes y hombres que tampoco fueron afortunados en la búsqueda de esposa. La peculiaridad de sus encuentros es que todos tenemos una tara u otra. Yo, por ejemplo, fui seleccionada por ser una solterona poco agraciada. Eso y que mi madre, antes de fallecer, le pidió a *lady* Leith que me echase un ojo.

—Comprendo. —Entendía que la vizcondesa jugaba a ser casamentera con los casos más desesperados de la sociedad.

—Por lo que he podido averiguar, Samuel…

—¿Samuel? —la interrogó cuando Redlay se dio cuenta de que había usado el nombre de quien fuese un amigo muy cercano.

—Quise decir, lord Harding —se rectificó—, ha tenido algunos inconvenientes a la hora de mantener a una prometida.

—¿Ella os emparejó? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Algo así —le confirmó.

Vio a Zachary sonreír de lado.

—El sentido del humor del mismísimo Creador es del todo interesante. Yo le quité a su prometida y él ahora te tiene a ti.

—Si te cuento todo esto, Zachary —siguió sin tomar en cuenta lo que el otro había observado—, es para que comprendas que no soy tu enemiga. Te he hablado con sinceridad sobre mis actuales circunstancias para que comprendas que lo que te pido no lo hago por maldad, es importante que hablemos con Arleen —insistió llena de esperanza.

Se quedó callado unos momentos mientras seguían caminando. Rowena pensaba que Zachary estaba valorando su petición. Rezó para que aprobase su visita.

—Arleen está muy desmejorada, Rowena. No queda brillo en su mirada, no es ni la sombra de lo que fue.

A ella se le encogió el corazón.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, si me callé fue porque…

—¿Qué es lo que me ocultas, Rowena? —presionó cuando ella se quedó callada, pues cuando se giró para observarla vio que a la que fuese el primer amor de su vida, se le escapaba la primera lágrima.

—Tu padre, Zachary. Tu padre fue quien rompió a Arleen, y lo hizo porque no tuve el valor de hablar cuando debí haberlo hecho —confesó, para después cerrar los ojos.

La culpa la seguía oprimiendo, y la única forma de purgar todo ese dolor era sacando a flote su secreto.

Y todo se vino abajo cuando sintió que los brazos de Zachary, esos en los que una vez estuvo tan arropada y se sintió tan querida, se cernieron sobre ella para darle consuelo. Ah, pero el problema era que esos brazos que trataban de calmarla no eran los adecuados. No eran los de Samuel, su conde de Harding.

***

Su Rose iba a matarlo. Acabaría con él por varias razones. Lord Harding era muy consciente de ese hecho. En primer lugar, porque ella era una delicia en la cama. Jamás, ni en un millón de años, hubiese aventurado que dentro de esa mujer que, a priori, se apreciaba insulsa y frígida, se escondía una libertina tan sensual. Harding se había dado cuenta de que aleccionar a una mujer inexperta era muy entretenido, e inflamaba su lujuria hasta límites insospechados.

Era una aprendiz avanzada. Fueron cuatro noches increíbles, a cada cual más decadente y excitante que la anterior, en especial esa en la que su amante se envalentonó y usó su boca para albergar su virilidad. ¡Dios! Era bueno que Rose se hubiera convertido primero en su concubina, porque no sabía si hubiera podido consentirle a una esposa algo así. Lo habían criado para cuidar las sensibilidades de las damas refinadas y uno no abrumaba a su condesa con cosas indecentes como las que compartía con Rose.

Su Rose.

Otra cuestión por la que acabaría ingresado en Bedlam era porque la quinta noche en la que acudió a esa casa de Mayfair, la encontró vacía. Nadie le abrió la puerta.

Rose Wade parecía haberse esfumado. No entendía lo que había sucedido. Ni un aviso, ni un simple rastro… ¿Dónde se había metido?

¿Habría estado jugando con él y lo despachó cuando ya se cansó de sus atenciones? Harding no quería caer en suposiciones condenatorias, pero, para un caballero que había sido despreciado tantas veces, era complicado mantenerse cuerdo.

Como ella parecía haberle abandonado… otra vez, y como un día se topó con ella en Hyde Park, decidió emplear sus mañanas en ese lugar para caminar y tratar de ver si la localizaba allí. Era desquiciante

saber que estaba tan subyugado que lo había convertido en un perrito faldero. Aunque por otra parte, temía que su dama se hubiese metido en algún problema.

Se habían convertido en amantes sin apenas planificarlo, pero también eran amigos. Compartieron las cenas, hablaron sobre sus gustos, sobre sus vivencias, y lo más significativo, conocían el cuerpo del otro mejor que el suyo propio. Una intimidad así era complicada de dejar a un lado, pues ella no tenía ningún contrato, ninguna vinculación que la atase a él. Ambos habían entrado en esa estrecha relación en igualdad de condiciones: siendo libres para tomar dicha decisión.

Cuando un hombre establecía a una amante, quedaba claro que la mujer le servía a cambio de regalos y alojamiento. Con Rose no era así. Y por eso le estaba afectando muchísimo no conocer su paradero.

Harding no era ningún estúpido. Se conocía bien, su carácter y sentimientos. Rose le había llamado la atención cuando la vio cabalgar a horcajadas y vestida con pantalones. Tuvo su total atención cuando lo rechazó al pedirle matrimonio. De acuerdo, fue imprudente solicitarle fidelidad, obediencia y todas esas monsergas que se recitaban durante las bodas, sin conocerla en absoluto. Bueno. No era tan grave, todos los días muchas parejas que habían intercambiado un par de palabras, a veces ni eso, se casaban por obligación o conveniencia. Lo que resultaba increíble era que ella lo hubiese rechazado y él se encaprichase todavía más con esa extraña mujer.

Lady Leith le aconsejó correr tras sus faldas y lo hizo sin pestañear. Un beso fue suficiente para que el mundo de Harding se pusiese patas arriba, y cuando al fin la poseyó la primera noche supo que no podría dejarla escapar.

Se había enamorado de ella. La amaba. Eso era un hecho innegable. Se quedó fascinado con ella aquel día, bajo una gran tormenta mientras su yegua y el semental hacían cosas indecentes. Aquello fue un

buen presagio de lo que estaba por llegar, seguro que sí.

Se levantaba por la mañana y en su mente solo estaba ella. Iba al despacho a atender sus asuntos, sus obligaciones y deberes, y no dejaba de preguntarse qué estaría haciendo Rose mientras él revisaba los libros mayores y la correspondencia. Incluso se había propuesto ocupar su asiento en el Parlamento esa temporada y todavía no había aparecido por allí.

Ella era su prioridad y solo ansiaba que el día terminase para que la noche, perversa y deliciosa, se abriese paso para que los dos pudieran estar juntos, libres y amándose sin reparos.

Tan encantado estaba con esa aventura secreta carnal que se había desviado de su propósito: casarse con ella a toda prisa.

Fue un error no comprar una licencia especial y emplearla de inmediato. En caso de haberlo hecho no estaría sintiéndose como un estúpido y su corazón no palpitaría con fuerza, ni su estómago estaría revuelto.

Ojalá no hubiese ido a Hyde Park para buscarla, porque, oh, sí, acababa de dar con ella y lo que estaba viendo no le agradaba ni un poco.

Rose iba enhebrada del brazo de Redlay y se les veía muy cómodos el uno con el otro, menos cuando Redlay había fruncido los labios con cierto disgusto un par de veces, pero como Samuel conocía bien a la dama y sabía que Rose era muy capaz de arrebatarle la paciencia a un santo…

Hacía mucho tiempo que no coincidía con un viejo amigo que le robó a una excelente pretendienta y a una prometida, a esta última con alevosía y mucha premeditación. Sin remordimientos.

Su paciencia tenía un límite. Harding no iba a quedarse quieto mientras Redlay llevaba del brazo a su amante… Eso no sonaba demasiado bien, mejor referirse a Rose como su… como su… ¡maldición! No había otro término para calificar su relación. No era su prometida, por descontado que tampoco su condesa y describirla como amiga era demasiado pobre.

Comenzó a caminar hacia la feliz pareja, con los celos susurrando cosas maliciosas, un gran ataque de posesividad rugía en su interior.

Rose era suya.

Suya y de nadie más. Solo él tenía derecho a tocarla. Quería matarlo… No. Demasiado drástico. Cortarle una mano. No. Demasiado simple. Le cortaría el brazo y le daría la paliza de su vida. Sí. Eso resultaría de lo más equilibrado.

Dejó de andar cuando vio que Redlay le pasaba una mano por los hombros, y se le cortó la respiración cuando observó que, en medio de Hyde Park, donde todo el mundo podía verlos, estaba abrazándola.

Comenzó a correr, y al llegar hasta la posición de la pareja, le dio un tirón a Rose, que pilló tan desprevenido a Redlay que la soltó de inmediato. Luego levantó el puño y le atizó en la mejilla izquierda.

—¡Sa… mu… eeel! —Era curioso escuchar cómo un nombre podía albergar tantas connotaciones. Las primeras dos sílabas fueron dichas con alegría, cierta sorpresa que fue más que bienvenida. El resto de la palabra se expresó con incredulidad y gran reprobación, pues el conde le había pegado a Redlay.

El revuelo que se armó fue increíble. Tanto llamaron la atención uno y otro, que el lacayo que le impuso Allen cumplió su papel

de protegerla a las mil maravillas. Antes de que alguien pudiese objetar algo, incluso ella misma, el sirviente la tuvo agarrada de la mano y tiró de ella con fuerza para llevársela a rastras de la pelea. Era uno de los hombres que Allen empleaba como medida de seguridad y disuasoria, porque el lacayo era todavía más grande que el propio Harding y tenía una fuerza similar, tal vez un poco más que su conde.

Rose gritó y pataleó. Les pedía a los dos que dejasen de pelearse mientras el sirviente la retiraba de la acción. También chillaba para que la soltase, cosa que por descontado no ocurrió hasta que la metió, contra su voluntad, dentro de un carruaje de alquiler para regresar a casa.

Rose comprendió entonces que se había metido en un gran lío. En realidad en más de uno.

Por un lado, Harding había sido testigo del abrazo de Zachary y, según el puñetazo que le dio y la pelea que precedió al encuentro, nada bueno podía salir de ahí. Pensaría mal de ella, porque si hubiese ocurrido al revés, la hermana de Allen lo hubiese condenado también.

Luego estaba el asunto del lacayo. Le daría un informe muy detallado de lo que había sucedido. Le contaría también lo del abrazo. Por lo menos, el sirviente no estaba al tanto de la identidad de los dos caballeros con los que se había topado en Hyde Park.

¡Qué gran problema se le avecinaba!

Lidiar con Allen sería complicado, hacerlo con Harding todavía más, porque de un modo u otro, ella era muy consciente de que tarde o temprano su conde la encontraría y le pediría muchas explicaciones.

Solo Dios sabía si sería capaz de perdonarla por lo que le hizo en su juventud cuando lo descartó en favor de Redlay, y, lo más

delicado, se molestaría mucho, y con razón, por no haberle desvelado su verdadera identidad cuando se reencontraron.

Aunque también era cierto que en aquella temporada de hacía nueve años, Samuel no se le llegó a declarar. No. No creía que esa pobre excusa la libraría de su enfado.

¡Santa madre del Altísimo! ¿Qué pasaría cuando Harding comprendiese todo el embrollo en el que estaban metidos?

Pensar en perderlo le reconcomía el alma.

Capítulo 8

Una pelea que se veía venir

Después de dar y recibir puñetazos con furia, los dos viejos amigos se separaron. Error. No se detuvieron por su propia voluntad. Un par de caballeros mantenían sujeto a Redlay y otros dos a Reading.

En algún punto los dos se vieron libres al fin. Se miraban el uno al otro con gran desprecio. De pronto, Redlay torció una sonrisa llena de arrogancia y orgullo, porque era evidente que Harding estaba buscando a Rowena entre la multitud. Ella no estaba allí. La había visto alejarse con el lacayo.

—¿Temes que se repita el pasado, Harding? —se burló el marqués.

—¡Largo de aquí todo el mundo! —despachó con un grito ensordecedor a la muchedumbre que se había congregado para ver el espectáculo.

Y debieron percibirlo muy demente, porque no tardaron mucho en dispersarse.

—¿Y bien? ¿Continuamos donde lo hemos dejado?

—propuso Redlay.

—Es mía y, si no lo aceptas, esta vez no seré nada pacífico —sentenció, y a punto estuvo de arrancarse la ropa y golpearse el pecho como un gran gorila de la selva. No podía olvidarse de lo que había visto. Ella refugiada en los brazos de ese maldito bastardo malicioso, traicionero y egoísta. Era consciente de que Rose había vuelto a desaparecer, pero la furia hacía que su atención estuviese anclada a lord Redlay.

—¿Qué se supone que he hecho, Harding? Ha sido ella quien ha venido a buscarme —presumió—. De hecho, creo que el otro día cuando te la llevaste a escondidas tras unos arbustos silvestres, ella vino a Hyde Park para verme también.

—Deja a Rose fuera de esto.

—¿Rose? —preguntó con el ceño fruncido. Siempre la había llamado Rowena, ese debía ser su segundo nombre, si no recordaba mal. Zachary estuvo seguro de que se refería a ella de ese modo como una clave secreta entre los dos.

—Esto es entre tú y yo. Siempre ha sido entre nosotros. Las mujeres solo fueron una excusa. Llevas toda tu vida tratando de demostrar que eres mejor que yo. ¡Maldita sea!, eres un maldito duque, siempre estarás por encima de mí. Te llevaste a Arleen solo porque querías humillarme más, ¿qué te he hecho para merecer tu ira, Redlay?

—Deberías estar contento, Harding. Fue porque me quedé con Arleen, por lo que tú ahora peleas por la hermana de Allen. —Evitó decirle que su matrimonio fue un fracaso absoluto. Su esposa había tenido crisis nerviosas desde que se casaron. Siempre triste. Siempre malhumorada y cabizbaja.

—¿Qué diablos…? —comenzó a inquirir Samuel.

Le tocó el turno a Harding de fruncir el ceño, aunque lo hizo con mayor profundidad que su rival. ¿Allen? ¿Allen? ¿Qué Allen? ¿Quién era Allen? ¿El conde de Allen? ¿Lord Allen?

¡Rowena Rose Wade!

La impresión de establecer la relación de su amante con el conde de Allen hizo que soltase todo el aire de los pulmones. Empezó a sentirse mal. Seguro que estaba más blanco que la leche recién salida de la ubre de una vaca. Un sudor frío le recorrió la espalda.

Los ojos. Esos ojos de un color tan azul que simulaban ser la creación del mismísimo Dios, le resultaban hermosos porque siempre se lo habían parecido. Le eran familiares porque ya los conocía.

Era ella.

La había conocido antaño como *lady* Rowena, la hermosa y perfecta hermana del conde de Allen.

Lady Rowena Wade.

La mujer que lo cautivó durante la primera temporada, cuando llegó a Londres con la idea de casarse. La misma que parecía favorecerlo hasta que apareció Redlay. La misma de la que su amigo había hablado lleno de amor, de devoción y fervor.

Se dio cuenta de que llevaba un rato con una expresión de incredulidad, pensando en el pasado, por lo que en el momento en el que enfocó su visión en la mirada de Redlay lo vio complacido.

—No tenías ni la menor idea… —No fue una pregunta—. ¿Cómo no te has dado cuenta de que era ella? Yo la reconocí de inmediato el otro día cuando…

—¡Cállate de una vez o te daré tu merecido de nuevo! —No podía pensar. No podía ser ella. Algo no cuadraba. No era posible… pero vaya que sí que estaba ocurriendo lo que jamás imaginó que sucedería.

El marqués de Redlay comenzó a reírse.

—Ver tu cara de sapo desconcertado vale más que cualquier puñetazo que te haya dado, Harding.

Un recuerdo doloroso se despertó en su mente. No se lo pensó dos veces y volvió a abalanzarse sobre Redlay.

—¿Fuiste tú? ¿Tú trataste de forzarla, Redlay? Responde con la verdad, porque lo siguiente que haré será ir a interrogarla a ella, y que Dios se apiade de tu alma si me dice que tú le hiciste daño, porque estarás muerto antes de esta noche.

Harding no veía nada más allá de la ira que sentía. Los celos y la posesión se habían transformado en un espíritu de venganza del todo sanguinario.

Tenía que ser Redlay el que trató de aprovecharse de su Rose. Ella había estado prometida con él, y lo debió abandonar porque trató de adelantar sus votos sin que la hermana de Allen estuviese de acuerdo. Lo mataría, poco importaba que fuese el hijo de un duque.

—¿Qué diantres estás diciendo? —logró preguntar el marqués, cuando Harding aflojó las manos que tenía sobre la garganta del otro para permitirle hablar un poco.

—Ella te dejó. Lo recuerdo, te casaste con Arleen, tuvo que ser porque la hermana de Allen te dejó, y, para mandarte al infierno, tú debiste hacerle algo imperdonable.

Vio que Redlay se estaba poniendo lívido. Como si estuviese descubriendo una gran revelación.

—¡Suéltame de una vez! —le ladró Redlay, quien seguía tumbado sobre la hierba de Hyde Park con el conde sujetándolo por el cuello.

—Dime si la heriste, consideraré ofrecerte cierta clemencia si reconoces tu maldad. Aunque acabarás muerto.

—¡No! —explotó el rival del conde—. ¡No hice otra cosa más que enamorarme de ella! —gritó con furia, herido ante la insinuación, fue por eso por lo que reveló la verdad—. Me dijo que no podía casarse conmigo, sin ninguna otra explicación. Por eso busqué a Arleen y te la robé, para hacerle el mismo daño que Rowena me hizo a mí. Mi esposa era su mejor amiga, y yo creí que…

—¿Qué creíste? —lo azuzó al ver que él se detenía.

—Pensé que regresaría a mí, que me exigiría cancelar el compromiso con su amiga.

—Pero no lo hizo.

—No. Es evidente que eso no llegó a ocurrir. El único pecado que se me puede atribuir fue vengarme de ella por su desprecio. Nada más —sentenció con gran severidad.

Harding lo creyó, comenzó a sacudir la cabeza mientras dejaba libre al marqués.

Los dos estuvieron en pie al siguiente segundo.

—No la merecías, Redlay. Ella no me tomó en

consideración porque se enamoró de ti. Eso es un hecho que no puedo discutir, pero tú no la habrías podido hacer feliz porque no la conocías en absoluto.

—¿Y tú sí? —rebatió con los dientes apretados.

—No. Yo tampoco la aprecié en aquel momento. Solo vi a una muchacha preciosa por la que todos se peleaban y quería ser el ganador de la justa. Si los dos hubiésemos prestado más atención, más tú que yo porque eras su prometido, te habrías dado cuenta de que había una buena razón para haberte abandonado sin ninguna consideración.

—Dices que alguien le hizo daño —razonó Redlay.

—Sé que un caballero la asustó de un modo impropio y muy censurable. Las atenciones jamás deben imponerse, y es mayor pecado cuando una dama es inocente y no está bien dispuesta. El asunto se silenció porque *mi Rose* —hizo especial énfasis en esas dos palabras— no quería que Allen interviniese y llamase al bastardo para disputar un duelo. —No le diría que esa información se la dio la vizcondesa Leith, y que por fin todo comenzaba a tener cierto sentido—. Además, tu plan de celarla al comprometerte con mi prometida, la mejor amiga de *mi Rose* —insistió, porque estaba al tanto de que las dos fueron uña y carne en su momento—, estaba condenado desde el principio. Ella es una mujer leal, no se hubiese interpuesto en el camino de su amiga. Si hay una cosa que sé acerca de esa gran mujer, es que preferiría sufrir un infierno a tener que mandar allí a un ser querido. —No mentía, el conde se había hecho un buen retrato del carácter de la mujer a la que amaba con todas sus fuerzas.

En ese instante Redlay cerró los ojos. Él también estaba colocando las piezas del rompecabezas en orden.

Al maldito Harding no le faltaba razón. El marqués se fijó en su amigo.

—Ahí te equivocas, tu dama le suplicó a Arleen que no se casase conmigo. —Estuvo tan furioso cuando su ya esposa se lo contó…

—Estoy seguro de que tendría una buena razón para llevar a cabo dicha petición. —Harding se sentía satisfecho de sí mismo. Se estaba dando cuenta de cuánto la conocía, de cuánta fe tenía en ella. La había visto con Redlay y los celos se lo llevaron a un lugar muy feo, pero mientras hablaba con el marqués, se iba dando cuenta de la clase de mujer que tanto le había llamado la atención sin que mostrase una belleza extrema. Era imposible haberla pasado por alto pese a su aspecto severo y sencillo.

Rowena valía mucho. Aunque eso no quitaba que quisiera darle una lección por haberlo engañado. Seguía muy enfadado porque había desaparecido de su vida sin darle ninguna explicación.

Esa mujer lo llevaría a la tumba, y no por dejarlo sin fuerzas después de una buena sesión de deporte de cama…

—Comienzo a vislumbrar lo que pudo haber sucedido con Rowena —farfulló Redlay, porque se negaba a referirse a ella como la Rose de Harding. No era que estuviese todavía enamorado de la mujer, solo ocurría que había golpes tan duros que eran muy difíciles de olvidar. Perder a la hermana del conde de Allen no solo le causó un duro perjuicio a su orgullo. Se enamoró de ella con suma rapidez. Y si Arleen no hubiese estado siempre tan enferma, tan triste y apática, su matrimonio hubiera podido sobrevivir a…

Redlay volvió a cerrar los ojos.

Su padre. El duque de Knightwick. Las palabras de Rowena regresaron a su mente para hacer que comenzase a sentir náuseas. La dama de su maldito amigo había asegurado que Knightwick rompió a Arleen porque ella se había quedado callada en el pasado, como si guardase un… ¿secreto?

Mil ideas le daban vueltas en la cabeza.

No.

Imposible.

No podía ser cierto. No concebía que algo como lo que le rondaba hubiese podido ocurrir. Seguro que había otra explicación perfectamente razonable. Lo que sucedía era que no tenía todos los datos.

—¿Vas a compartirlo conmigo de una maldita vez, Redlay? —La exigencia le salió en forma de pregunta.

—Arleen ha tenido un par de días muy malos.

—Lo siento. —No sabía qué más decir ante la información que acababa de oír.

—Te haré llegar una nota y te haré saber el día y la hora exacta en la que traerás a casa a Rowena para averiguar algunas cosas.

—No.

—Hazme caso, Harding. Tu dama me ha buscado porque quiere que la autorice a ver a mi marquesa para tratar un asunto delicado que ocurrió nueve años atrás, no quiero tener que volver a pelearme contigo si le doy mi consentimiento y la cito en mi casa sin que tú estés, a no ser que dispongas otra cosa y…

—Manda la maldita citación —lo frenó.

Ya había averiguado que Rose era la hermana de Allen, localizarla sería muchísimo más fácil. Y vaya que la buscaría. De inmediato que iba a verla. Bueno. Antes se adecentaría porque debía tener

un aspecto horrible, seguro que algún moratón estaba comenzando a formarse.

La acompañaría también porque sospechaba que Redlay tenía información importante sobre la mujer con la que iba a casarse nada más tuviera ocasión. Quería conocer el nombre del bastardo que le hizo daño en su juventud, y él pagaría por lo que ocurrió.

—Diría que ha sido un placer, pero…

—Sí, sí, lo mismo te digo. —Samuel se dio media vuelta y se marchó a paso ligero.

Hyde Park se había despejado cuando se volvieron a enganchar para ajustar cuentas la segunda vez, así que el escándalo —que lo habría— tal vez fuese menor. Dos caballeros peleándose en medio del parque… Mal asunto, y si encima se trataba de un conde y un marqués… todavía peor.

No era un suceso tan importante. Le urgía más hablar con su Rose, con el hermano de ella para cerrar el trato, y luego vería qué diantres ocurría con Redlay y el pasado de su inminente prometida.

Con todo decidido, Harding puso rumbo a su casa para darse un baño rápido, cambiarse la ropa, ver el estropicio del rostro e ir de inmediato a hablar con su Rose.

Cuando llegó a casa de Allen, el panorama no era el ideal…

¡Maldito lacayo que se había chivado de inmediato a su patrón!

¡Otra complicación más!

Capítulo 9

Una entrevista compleja

El conde de Allen que Harding conocía no se parecía en nada a ese que tenía enfrente y que lo examinaba causándole gran inquietud. ¿Cuánto hacía que no se veían? En Eton fue algo más cercano a Allen que al maldito Redlay, pero había pasado mucho tiempo sin que coincidiesen en alguna fiesta o club social.

—Veo que lo que me ha narrado mi sirviente sobre cierta pelea en Hyde Park… —Las magulladuras lo delataban con facilidad.

—¿*Lady* Rose… *lady* Rowena Rose va a unírsenos en breve? —lo frenó, maldiciéndose por haber empleado el segundo nombre de la dama en primer lugar.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó con suspicacia Allen.

—Porque pretendo casarme con ella y me gustaría que estuviese presente. —No tenía ningún sentido andarse por las ramas.

—Ya veo… —musitó Allen, quien acababa de comprender el secretismo de su hermana a la hora de haber ocultado la identidad de su

enamorado. Porque sería lord Harding el caballero en el que estaba interesada, ¿no?

—Entonces, ¿podríamos convocarla? —sugirió.

—No, creo que no, Harding. Hablemos primero nosotros dos. Confío en que no te disguste que te hable sin tanta formalidad. A fin de cuentas nos conocemos lo suficiente para prescindir de la formalidad, eso sin olvidar que fuiste un pretendiente muy activo para Rowena en su momento.

—Me parece bien, Allen. ¿Qué es lo que deseas saber?

—¿La has mancillado?

Harding se quedó asombrado. Tantas preguntas que había podido emitir y…

—Soy un caballero y me niego a tomar en consideración la cuestión, todo lo que tienes que saber es que respeto a tu hermana y valoro mucho su opinión, así como las decisiones que tome. —Le pareció que fue magnánimo—. Jamás haría algo en contra de su buen juicio.

—Ya veo… —musitó otra vez, clavando la mirada en Harding. Al conde le pareció que sus ojos eran un par de puñales—. ¿A qué ha venido la pelea de Hyde Park? Mi lacayo desconocía los nombres de los implicados, y como no creo en las casualidades, y puesto que tu mejilla derecha está amoratada, daré por supuesto que fuiste uno de los afectados.

—Redlay fue el otro —desveló—. Y si recuerdas bien, no hacía falta mucho para que uno u otro decidiese alzar los puños para ajustar cuentas.

—Sí. Eso lo recuerdo bien, en especial cuando los dos cortejasteis a mi hermana. Lo cual me recuerda que *lady Rowena Rose* —arrastró las palabras— lo eligió a él y no a ti.

—Lo acepté con deportividad entonces.

—¿Y ahora?

—No. Nadie me la robará ahora —habló con convicción. Sobra decir que Allen se quedó impresionado con la seguridad de su interlocutor.

—Ah. Así que… ¿la consideras tuya? —Una pregunta llena de trampas. No solo había una, sino que Harding sintió como si hubiera mil cepos.

—Si ella me acepta, lo haré. —Le pareció que esa respuesta no lo comprometería.

—Dejémonos de tonterías.

—Por supuesto.

—*Lady* Leith te consideró apto para ser la pareja de mi hermana.

—Así me lo transmitió la propia vizcondesa, sí.

—Y Rowena abandonó la confortable y segura casa de *lady* Leith para venir…, sin decirle nada a su querida familia, a su protector hermano que se toma muy en consideración la integridad física y mental de ella —precisó mordaz—, para venir corriendo a Londres.

—No vino tras mis pasos, si eso es lo que estás insinuando.

—¿Y qué quieres decir exactamente, Harding?

—¿Qué te ha contado ella?

—Nada.

—Entonces no tengo nada que decir al respecto.

—¿Eres consciente de que soy el responsable de Rowena y que podría oponerme a tus planes de boda? —lo amenazó sin titubear.

—Tu hermana toma sus propias decisiones. No es alguien que se deje influir. Además, tiene más de veintiún años. —Eso implicaba que era mayor de edad y, en teoría, no estaba sujeta a las normas que le impusiera su hermano, aunque sí era verdad que moralmente debería hacer lo que él le aconsejase.

—Diría que la conoces bien. ¿Cuánto mejor que yo dirías que la conoces? —Otra trampa. Un juego de palabras peligroso.

—Esto podríamos simplificarlo, Allen.

—Sí. Si me hablases con honestidad, sería más sencillo todo… para ti —razonó el esposo de Jasmin.

—No te estoy diciendo ninguna mentira.

—Tampoco ninguna verdad —rebatió de inmediato.

—Estás casado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cortejaste a tu esposa.

—Sigo sin ver la relación, Harding.

—¿Qué hubiese pasado si alguien, pongamos por caso, el padre de quien era por aquel entonces tu prometida, te hubiese interrogado como lo estás haciendo tú en relación con su hija?

—Eso es irrelevante.

—No lo creo.

—Sí que lo es porque Rowena no es mi condesa y mi hermana está bajo mi protección. Seré tan implacable contigo como decida serlo —lo avisó.

—Y yo seré tan cortés como tú me lo permitas.

Los dos se enfrentaron en un duelo de miradas del todo feroz.

—¿Por qué vino mi hermana a Londres? ¿La hiciste enfadar de algún modo y por eso se vio obligada a marcharse de casa de la vizcondesa Leith?

Harding sonrió de lado.

—Te aseguro que tu hermana tiene carácter suficiente como para hacer enfadar a un santo porque es testaruda en exceso. Creo que por eso me hizo obsesionarme con ella de inmediato. Es ingeniosa, refrescante, dulce, bastante temeraria, y a veces muy inadecuada, y no cambiaría ni una sola de sus cualidades. Te diré que vine a Londres tras sus pasos, porque *lady* Leith me aconsejó hacerlo así y yo ya sospechaba que estaba muy interesado en ella, pero ya sabes cómo va esto. Nosotros somos los últimos en comprender los entresijos del amor. Yo no hice nada para enfurecer a tu hermana o instarla a huir de allí. —Pensó en las

conversaciones que mantuvo con ella, incluso en el modo tan atroz en el que le pidió su mano. No fue ningún príncipe, era cierto, y luego le había dado un beso incendiario y la manoseó sin tener derecho hacerlo. Esperaba que sus mejillas no se prendiesen como si fuese un colegial que llamaban al despacho del director. Carraspeó y siguió—: Lo que quiero decir es que me he enamorado perdidamente de *lady* Rowena Rose Wade. —Le pareció respetuoso usar su título, sus dos nombres y apellido—. Quiero casarme con ella si me acepta y si tengo que luchar contra ti, contra el viento, la marea o el mismísimo Lucifer para lograrlo, estoy bien entrenado y más que dispuesto. Tengo entendido que es una rica heredera, no me importa su fortuna, solo la quiero a ella y esta vez no agacharé la cabeza y la cederé. Me he peleado con Redlay porque vi a dos viejos amigos conversando —no era mentira del todo y mejor decir eso a airear el secreto de Rowena sobre su pasado— y tuve unos celos descontrolados. También creo recordar que tú mismo te peleaste en medio de una fiesta con un pretendiente de tu condesa, tampoco he olvidado que ella llevaba un fabuloso vestido rojo y que…

—Suficiente. —Allen recordaba bien ese pasaje. Así que podía entender la reacción de Harding cuando la vio con Redlay. Los celos y los caballeros… mala combinación.

—La quiero por ella misma, sin nada más. Tienes mi palabra de honor de que he sido totalmente sincero al desvelar mis sentimientos y acciones. Si tienes algún reparo que hacerme…

—No —lo cortó. Allen era consciente de que ningún hombre desnudaba su alma ante otro. Era demasiado femenino, pero no censuraría a su viejo amigo porque él mismo tuvo que usar un par de ases que tenía en la manga cuando el padre de Jasmin lo entrevistó en un despacho similar al de Simon—. Tienes mi bendición ahora, al igual que la tuviste entonces. De hecho, premiaré tu sinceridad con la mía propia. Yo te prefería a ti en aquel momento. Redlay no es un mal tipo, pero no creía que fuese el adecuado para Rowena. Demasiado imprevisible, tú eras más calmado, más sensato, y prefería tu título para mi hermana antes que

el de duquesa, porque las obligaciones serían menores para ella. No me tocaba a mí imponer mi voluntad. Siempre he querido lo mejor para mi hermana. Habíamos perdido las esperanzas de que se casase algún día, y si bien no me agrada cómo ha ido todo este asunto, no puedo responsabilizarte por entero. Has definido bien a Rowena y le achacaré como mínimo la culpa de sus descuidos. No debió venir sola a la ciudad, tampoco quedarse en su casa sin la debida protección y no… —Allen se quedó en silencio un momento—. Dices que la seguiste a Londres… —No era una pregunta y por lo tanto Harding no alegó nada—. ¿Te entrevistaste con ella antes de verla hoy en Hyde Park?

Harding ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—¿Por qué no nos centramos en la boda? Si fueses tan amable de requerir la presencia de la dama, yo podría mostrarme atento y proponerle matrimonio como es debido. —Llevaba un anillo en el bolsillo, confiaba en que fuese del agrado de su Rose. Era una joya familiar, la seña de identidad de las condesas de Harding que habían ejercido ese título durante años. Se trataba de un diamante rosa que iba a juego con una preciosa gargantilla, una pulsera y unos pendientes. Todo ello de un valor incalculable. Su primer hijo heredaría esas joyas algún día, porque estaban ligadas al título del conde de Harding.

—Mejor que hagamos eso, porque no estoy preparado para saber si estuviste con mi hermana sin la debida compañía.

—Creo recordar que hay en tu casa un precioso jardín lleno de rosas, aunque no sé si es época de florecer. A Rose le gustaba mucho. —Se acordaba porque antaño, cuando fue el pretendiente de su joven Rose, ella había comentado que lo que más le agradaba era esa parte de la casa.

—Sí que lo hay y adivino el motivo de tu pregunta. No. Eso no servirá. Rowena tiene una salita propia que adora todavía más… —Simon frunció el ceño.

—¿Hay algún problema? —indagó al ver al conde tan pensativo.

—¿Por qué la llamas Rose? —Se había dado cuenta de que era el único que la llamaba por su segundo nombre, incluso cuando llegó y mencionó a su hermana como *lady* Rose, creyó que Harding se había equivocado al referirse a ella. Aunque sospechaba que había alguna razón detrás.

—Como te he dicho, tu hermana es ingeniosa. Se presentó ante mí como la señorita Rose Wade. Me he acostumbrado a verla como Rose, ya sabes, su segundo nombre.

—Que hizo ¿qué? —Simon no daba crédito a lo que escuchaba.

Harding sonrió. La conocía muy bien. Tanto que incluso podía explicarle el motivo por el que ella debió haber hecho eso y estaba seguro de que su Rose no podría desmentirlo.

—No la recordaba —admitió—. Ella ya no es aquella jovencita llena de hermosura. Es una mujer todavía más preciosa y muy cauta cuando la ocasión lo requiere. —Eso lo dijo más para él mismo que para el otro—. Así que supongo que, cuando nos encontramos en casa de *lady* Leith, al ver que yo no la reconocí, porque al fin y al cabo me rechazó en favor del maldito Redlay y es algo muy lamentable, no quiso que rememorase lo que fue aquello y se decantó por un subterfugio. ¿Entiendes?

—No del todo —admitió—, pero si tú lo tienes claro…

—Si me hubiese dicho que ella era tu hermana, la mujer que no me quiso de joven, yo me habría alejado de inmediato. Tengo mi orgullo, ya sabes… ¿Lo comprendes ahora?

Le tocó a lord Allen sonreír. Sí, así simplificado sí que lo veía con facilidad.

—Parece que la conoces bien, Harding —apostilló con satisfacción.

—Quiero pensar que lo hago y es un privilegio hacerlo —advirtió con humildad.

—Está bien. Te guiaré hasta la sala de Rowena y le pediré que se encuentre allí contigo. ¿De acuerdo?

—Nada me haría más feliz.

—Excepto que ella consienta en convertirse en *lady* Harding.

Samuel le sonrió complacido.

—Excepto eso mismo.

—Por cierto —comentó mientras caminaban hacia la salida del despacho—. Siento no haberte ofrecido una bebida o haberte mostrado más cortesía. No quería que estuvieses cómodo.

—Ya. Lo he notado, Allen.

—Es mi hermana, Harding. Amo a mi esposa, siento adoración por mis hijos, pero Rowena es… ella… es… Es mi hermana —dijo porque para él no había algo más importante que eso, ni palabra que catalogase mejor la relación con ella.

—Lo entiendo. La haré feliz, Allen. Llevo más de nueve años esperando este momento. Rose es la mujer indicada para mí. Siento

como si todo en la vida me hubiera conducido a este instante. Digo tonterías… —señaló cuando se dio cuenta de lo estúpido que sonaba—, espero que esté permitido. Soy un hombre enamorado. No creía que llegaría a verme así y es curioso, porque tampoco me avergüenza reconocerlo abiertamente.

—No paras de decirlo porque sabes que aunque no hubiese podido persuadir a mi hermana en caso de que no me agradases, sí te hubiera podido poner las cosas difíciles.

—Admitiré que hay un poco de eso, pero en verdad, me siento libre cada vez que confieso que la amo.

Allen le palmeó la espalda.

—Está bien que la ames, porque te dará más de un dolor de cabeza, las mujeres son así, y tendrás que recordarte a menudo que la elegiste, que luchaste por ella.

—¿Es eso lo que te provoca tu condesa? —inquirió con humor.

—Eso es lo que le provoca una mujer enamorada a cualquier hombre que la ame en igual o superior medida, Harding.

—Uhm… ¿Algún consejo sobre el matrimonio?

—Sí.

—Soy todo oídos.

—Ellas siempre tienen razón. No trates de discutir, eso solo empeora las cosas. Solo quédate en silencio y aguarda el momento preciso en que la dama, por sí sola, se dé cuenta de su error. Eso te ahorrará

muchas discusiones innecesarias.

—Parece fácil.

Allen se carcajeó.

—Dímelo dentro de seis meses, amigo mío.

***

Rowena sabía que algo importante estaba sucediendo. Lo supo en cuanto su cuñada llegó corriendo, literalmente, a su habitación para iniciar un interrogatorio. Eso era precisamente lo que estaba haciendo *lady* Allen en esos instantes.

—Sé que no me has dicho nada sobre la pelea de Hyde Park.

—¿Sheridan —era el nombre del lacayo que la acompañó al parque— ya se lo ha dicho a mi hermano?

—Claro que sí. ¿Con quién se estaba peleando lord Harding?

—¿Qué? —No entendía cómo Jasmin manejaba el título de Samuel ni el motivo por el que lo acababa de sacar a colación.

—Ya sabes… Harding, uno de los pretendientes que te tuvo en vilo cuando al final elegiste a Redlay. ¿No te acuerdas de él? —inquirió muy ladina.

Rowena estrechó la mirada.

—¿Qué sabes? —la acusó de tratar de manipularla.

—¡Vamos, Rowena! Sé que Harding está implicado en la pelea, y me disgusta que no confíes en mí. No te presioné para que me dieses detalles sobre ese caballero que te hace suspirar. Has cambiado por él. Estás preciosa y has renovado tu vestuario porque quieres verte bonita para él.

—Dime cómo puedes saber que Harding está implicado y tal vez…

—¡Ajá! —la interrumpió la otra—. Sabía que era Harding quien te trae de cabeza. ¿Cómo ha sido? ¿Por qué después de tantos años…? Oh, cielos —musitó al comprender la situación—. Fue él. *Lady* Leith lo llevó a la fiesta en especial para ti.

Rowena suspiró. Había llegado a casa después de ver a Redlay y a Harding rodando por el suelo y se metió en su habitación porque no quería enfrentarse a Allen. Su hermano no la había molestado, en cambio su cuñada se veía de lo más avispada.

—Sí. Es Harding. Me lo encontré en la fiesta de la vizcondesa y yo… él es… y luego… —terminó sus frases inconexas emitiendo un sonoro suspiro delicioso.

—¡Lo amas muchísimo! —Lo intuyó, pero, *lady* Allen lo estaba comprobando en esos momentos.

—No me reconoció, Jasmin. Y no le dije quién era entonces. Me presenté como Rose Wade, la señorita Rose Wade….

—A tu hermano le daría un ataque de apoplejía si llega a

enterarse de eso. Mejor no se lo digamos. —Para Simon, su título, su distinción, era un legado para la familia, un signo del que enorgullecerse—. ¿Qué pasó luego?

—Me besó una vez y solo le bastó eso para que yo…

—Sé cómo es —la interrumpió—. He estado en tus zapatos antes. ¿Qué más pasó?

—Me fui de la fiesta porque quería estar en Londres sola, enfrentarme a mis miedos, por así decirlo —no era mentira del todo—, y él me siguió. Nos encontramos y… Me enamoré. Estoy loca por él.

—Ve a la parte de la pelea. ¿Levantó los puños porque tienes un segundo pretendiente? —se interesó llena de emoción. Quería que Rowena tuviese una preciosa historia de amor.

—Me topé con Redlay. Me vio con él y los dos acabaron por el suelo. Sheridan me sacó de allí a toda prisa.

—¡Oh, Dios mío! —La cosa era más seria de lo que pensó. Sus dos antiguos pretendientes juntos… enfrentándose. Aunque recordaba bien que el marqués estaba casado. ¿Sería infeliz? No importaba porque su cuñada no haría nada indebido con un caballero casado. Era íntegra.

—A estas horas sospecho que él pueda haber descubierto que soy la muchacha que lo rechazó y… tengo miedo, Jasmin. Lo quiero con toda mi alma. Le tuve que haber dicho que yo… era yo… pero no quería que nada cambiase entre nosotros y era muy consciente de que cuanto lo descubriese él se sentiría…

—Engañado.

—Sí, y… —Se silenció porque estaba muy nerviosa.

—¿Por qué estabas con Redlay? —le preguntó con suavidad. Jasmin recordaba el pasaje ocurrido con el padre del antiguo prometido de Rowena.

—Arleen, su esposa, mi amiga…

—Recuerdo a Arleen, querida —le advirtió con la misma suavidad de hacía unos segundos.

—Me pidió que la visitase en Londres, fui a la fiesta de *lady* Leith porque no tenía intención de quedarme más que un día, aunque Harding hizo que me costase mucho marcharme. No quería sentirme así con él porque dudaba que fuese a salir bien, pero cuando él me siguió a Londres, yo… No pude ni quise resistirme.

—Uhm… ¿Hizo cosas irreparables mientras estuviste aquí sin la supervisión de Allen, Rowena? —trató de averiguar.

—Sí —afirmó con los mofletes ardiendo y la mirada baja.

Cabe señalar que las dos damas estaban manteniendo la conversación sentadas sobre la cama de la Rose de Harding. Tenían mucha confianza, y puesto que la cuñada de Jasmin no era ninguna jovencita cuya inocencia debiera preservarse a todo precio, se estaba permitiendo el lujo de hablarle sin censura.

—Entonces, más vale que tu conde haya solicitado ver a Simon porque viene a pedir tu mano, porque podrías estar esperando un hijo, querida —le dijo con una sonrisa contenida.

—¿Qué? —Se tocó el vientre de inmediato. Un niño. Tan ensimismada había estado disfrutando de la intimidad que se olvidó de que eso no servía solo para darse placer, sino que el fin natural era la reproducción. ¡Un hijo de él! No habría mayor premio que ser la madre del pequeño de Samuel. Si era una hija sería igual de feliz también.

—Harding y Allen están reunidos ahora mismo en su despacho.

Rowena se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación. Su nerviosismo no había hecho más que empeorar. Su mano, todavía sujetándose el vientre, como si sintiese que tuviera que mantenerse en su lugar un bebé que tal vez ni existiese. ¡Ay, pero era taaan emocionante imaginarlo!

—¿Debo bajar, interrumpirlo y ver si…?

—No, deja que Allen se sienta útil y que crea que le está dando permiso para que se case contigo. —En opinión de Jasmin, su cuñada tenía suficiente inteligencia para decidir sobre su futuro, aunque los hombres preferían creer que tenían el control.

—Estás dando muchas cosas por supuesto. —¿Sería ese el motivo de su visita o era otro que sería malo para ella, para su relación? No quería que todo terminase entre ambos. Lo amaba demasiado.

—Claro que sí. Si Harding ha descubierto quién eres, eso implica que es consciente de que eres la hermana de Allen. Si ambos decidisteis adelantar vuestros votos es comprensible que la entrevista sea para hacer lo honorable. Le pedirá tu mano.

Rowena la miró de nuevo con la mirada fruncida.

—Sabías que Harding estaba abajo desde que entraste por la puerta.

—Sí. Ahora escúchame. Te daré un par de consejos que agradecerás cuando te cases con tu conde.

—No quiero ofenderte… es que… esa cuestión llega tarde.

—No son de esa índole —le advirtió sospechando que Rowena se refería a la carnalidad. Sus mejillas estaban muy rojas, así que seguro que había hecho la suposición adecuada.

—Cuando seas *lady* Harding, no discutas con él. Bueno…, no lo harás durante los primeros seis meses, un año como mucho si es más paciente que Allen. No discutas —reiteró—. Eso es perder el tiempo. Un esposo siempre cree tener la razón en todo.

—¿Cómo no voy a discutir con él si desde que lo conocí creo que ha sido lo que más he hecho? —se preocupó.

—Ah, buena táctica esa tuya de mantenerlo con interés. Aseguran que nos quieren mansas y dóciles, sin pensar por nosotras mismas, pero en cuanto se les cruza una mujer de firme carácter a la que creen que tienen que reprender, ahí ya están perdidos. No se imaginan que acabarán arrodillados. —Jasmin le sonrió—. Tal y como sospecho que está tu conde. —*Lady* Allen le guiñó un ojo.

—Estabas hablando sobre consejos.

—Sí. Cuando tengas una pelea, y sepas que tú tienes razón y él está equivocado, no lo saques de su error, porque siempre dirá que es culpa tuya.

—¿Y qué debería hacer?

—Solo espera a que él se dé cuenta de lo absurdo que es, y entonces muéstrale comprensión.

—¿Y si soy yo la que se equivoca?

—¿Te has equivocado alguna vez en tu vida, Rowena?

—Uhm… no, creo que no —dijo convencida. Al menos tomó las decisiones adecuadas, incluso cuando tuvo que separarse de Zachary por lo que ocurrió entonces y su corazón se quedó completamente roto, porque a partir de ahí, todas sus decisiones, todas sus acciones la habían conducido a Samuel. Ella le pertenecía tanto como él a ella.

—Eso pensaba yo.

—¿Qué más debo hacer?

—Ser muy malvada en el lecho. Cuando se está casada ya todo está permitido, así que si quieres que tu esposo no busque en otro lugar lo que puede encontrar en casa, debes convertirte en su experta cortesana. —La condesa prefirió hablarle sin necesidad de protegerla. Después de nueve años, daba por supuesto que aquel infame suceso ocurrido en aquella triste biblioteca estaría más que superado. ¡Tenía que estarlo si le había concedido sus favores a un caballero!

—Ya… —De nuevo las mejillas de Rowena estaban ardiendo.

Jasmin le sonrió.

—Sí, puedo ver que ese consejo no lo necesitabas.

La conversación era un tanto incómoda.

—¿Podemos ir a ver si…? —comenzó a plantear la hermana de lord Allen.

En ese momento llamaron a la puerta. Las damas se pusieron en pie. Rowena dio permiso para que quien estuviese fuera entrase. Era su hermano.

—Tienes una visita, hermana —le dijo con seriedad.

—Uhm… ¿De quién se trata? —preguntó con muchísima prudencia.

—De tu pretendiente, te aguarda en tu salita, Rowena.

—¿Y te ha dicho los motivos por los que…?

—¿Por qué no bajas y lo averiguas tú misma? —propuso el conde.

—Tu hermana necesitaría saber si apruebas la visita o no, mi amor —intervino Jasmin. Mejor si ella bajaba con esa información, porque si lord Allen lo aprobaba era que todo había ido bien y eso tranquilizaría a su cuñada.

—Sí. Estoy satisfecho —reveló con seguridad.

Rowena se echó en los brazos de su hermano, quien a cambio la abrazó también, le dio un rápido beso en la mejilla, le dijo que lo quería y se marchó a toda prisa.

Allen miró a su esposa, quien estaba de pie en medio de la habitación, cerca de la mesa de cuatro postes.

—¿Te lo había confesado mi hermana? —preguntó.

—Vi a Harding llegar a casa, até cabos —le confesó.

—¿Crees que es buena idea? Sé que Rowena es una mujer fuerte, demasiado cabezota, pero durante tantos años la vi tan necesitada de nosotros… Tengo miedo de que algo no salga bien.

—Lo ama.

—Él ha confesado lo mismo.

—Entonces, supongo que no nos queda más que confiar en el poder del amor, que el suyo los haga tan felices como lo somos tú y yo.

El conde afirmó con la cabeza.

—Te amo.

—Te amo, Simon.

Sellaron la declaración con un beso más cariñoso que pasional, dado que la ocasión requería precaución. No todos los días se comprometía un miembro de la familia. Iban a necesitar concentrarse en lo que estaba por llegar.

Una preciosa boda.

Por la noche ya tendrían tiempo de amarse con total libertad e infamia, sin olvidar el cariño, por descontado.

Capítulo 10

Un pago justo

Cuando Rowena entró en la salita, él estaba de pie, mirando por la ventana. Si la escuchó, no se dio la vuelta para observarla.

—Samuel… —susurró para llamar su atención.

La dama cerró la puerta tras de sí, y no se movió de su lugar. No sabía cómo reaccionar, solo sentía los latidos de su corazón retumbando con fuerza en los oídos. La emoción de verlo era impresionante, su interior le gritaba que corriese a sus brazos. No lo haría, no sabía el humor que él presentaría. Su hermano le había dado a entender que estaba satisfecho, y su cuñada habló de una petición de mano. No se apreciaba una situación idílica.

—Desapareciste —apuntó sin girarse todavía.

—Mi familia llegó a la ciudad y no pude quedarme. No tenía modo alguno de avisarte de que…

—Pero sí lograste encontrarte con Redlay. —La acusación estaba patente.

—Estás enfadado. —No estaba preguntándoselo, era una afirmación.

—¿Qué hubiese sucedido si me hubieras visto en Hyde Park del brazo de una de mis antiguas amantes, por ejemplo? —rebatió él.

—Estaría igual de enfadada que tú —reconoció.

—Al menos, eres sincera.

—¿Podrías mirarme, por favor? —le pidió.

Harding se dio la vuelta. Estaba completamente erguido, las manos cruzadas a la espalda. La miró de arriba abajo.

—Tu peinado es diferente. Ya me había dado cuenta en Hyde Park.

Rowena suspiró y se acercó a él. Su cincelado rostro presentaba un aspecto deplorable.

—No tenías que haberte peleado con Redlay. Él es mi pasado, tú eres mi futuro, si es que quieres, por supuesto. —Una declaración sincera.

—No me gusta que me utilicen.

—No lo he hecho.

—¿No?

—No —negó tajantemente.

—¿Y cómo llamas a las noches que pasamos juntos? Una

mujer que quiere algo más que compartir sus deseos, no trata a un caballero del modo en el que lo has hecho tú.

—Ya te he explicado que…

—Tampoco me agrada que me mientan —la interrumpió con esa seriedad que comenzaba a detestar con todas sus fuerzas.

—No fue una mentira, solo… yo…

—Me ocultaste tu identidad, *lady* Rowena Rose Wade. ¿Comprendes lo embarazoso que ha sido para un hombre que conoce cada centímetro de tu piel, descubrir que no tenía la menor idea de que yacía con la hermana de un amigo, la hermana del conde de Allen?

—No había esperado que te interesases por mí. Ya sabes, solterona, poco agraciada, yo…

La miró con atención. El vestido que llevaba era muy sencillo, pero ahí acababa toda la sencillez. Los bucles de su pelo le daban otro aire más mundano, con un toque perverso, o tal vez fuese que el cambio en realidad radicase en que conocía que tras su aspecto se escondía una mujer deliciosa capaz de competir con la cortesana más experta de toda Francia.

—¿Cuándo me reconociste a mí, Rowena? —Se negaba a llamarla Rose, era necesario darle una pequeña lección. La mujer con la que iba a casarse tenía que aprender a confiar en él, ,tenía que saber que siempre estaría ahí para ella, y la única manera era manteniendo una conversación muy seria.

—Antes de que me dijeses tu título ya tenía una ligera sospecha de quién eras.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensé que sería muy violento para los dos. Acepté a Redlay y no me casé con él. Así que mi anterior prometido decidió robarte la novia. No solo me responsabilizarías por no haberte aceptado en un primer momento, sino que también lo harías porque rechacé a Redlay. No fui valiente, supongo.

—¿Y en Londres? ¿Por qué no confiaste en mí para explicarte?

—Todo entre nosotros resultaba encantador, perfecto, secreto, tenía miedo de que cuando te enterases de que yo era la hermana de Allen, decidieses dejarme para darme una lección, o que me mirases o tratases de otro modo. No quería que nada se estropease. —Esperaba que Samuel comprendiese que le estaba hablando con sinceridad, no quería ocultarle nada.

—¿Qué sientes por mí?

—Te amo, de otro modo no te hubiera ocultado nada por miedo, ni tampoco hubiese yacido contigo.

Lo vio afirmar un par de veces con la cabeza.

—Redlay dice que él no te hizo nada, insiste en que no fue él quien…

—No. No fue él.

—¿Quién fue?

—¿Qué sientes tú por mí? —Esa pregunta era más importante.

—Te dije que en cuanto accedieses a ser mía, tu destino era estar a mi lado. En cambio, no me hablaste con la verdad y luego tuve que confiar en la suerte para volver a dar contigo. ¿Qué habría pasado si no llego a estar en Hyde Park? ¿Me hubieses enviado al infierno, Rowena?

—Te he dicho que te amo.

—Lo dices, pero no lo has sabido demostrar —la amonestó.

—¿Has venido a verme para mandarme al infierno, Samuel?

—No. Si hubiese dado por finalizada nuestra relación, no me hubiera molestado en tratar de localizarte en Hyde Park, ni tampoco me hubiese presentado ante Allen, sabiendo que tu hermano querría mi cabeza servida en bandeja de plata.

—¿Lo sabe él? —inquirió un poco aterrada.

Se avergonzaría muchísimo si su hermano descubriese que había tenido intimidad con un hombre sin estar debidamente casada. Las normas sociales estaban para seguirlas y las mujeres solo tenían que aceptarlas, no se les permitía pensar en quebrantarlas. No quería convertir a su familia en el centro de un escándalo, aunque por otro lado quiso seguir los dictados de su conciencia. Era complejo.

—Allen sospecha que no hemos obrado de modo civilizado. Solo eso, no tiene pruebas y yo no se las he proporcionado ni le he dicho nada que fuese de su incumbencia. En lo que a mí se refiere eres una mujer capaz de tomar sus propias decisiones. De ahí que me haya enfadado muchísimo con todo lo que ha sucedido. Ya era bastante malo enredarme con la simple señorita Wade, una excéntrica heredera rica, uno no mancilla a la hermana de un amigo, un conde, al menos no sin saber que lo está haciendo.

—No sé qué más puedo decir. —Se sentía inquieta, no

obstante, no había apartado la mirada de los ojos de él ni una sola vez.

—Muy bien, ¿qué esperas que haga ahora, *lady* Rowena? —El uso que Samuel hacía de su título le sabía a cenizas. Estaba muy enfadado.

—Solo que consideres qué debes hacer, lord Harding —le dio un poco de su propia medicina. Le había confesado que lo amaba y él no había dicho nada al respecto.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—La única que te he dado.

—No estás en posición de hacerme enfadar todavía más —retrucó.

—Ni tú tampoco —lo desafió, con el mentón en alto.

Lo vio coger una larga bocanada de aire. Era consciente de que lo había irritado todavía más.

—Podrías estar embarazada. No hice nada para prevenir que ese hecho ocurriese.

—Me hago cargo.

—¿Sabes lo que les sucede a las mujeres que dan a luz fuera de la santa institución del matrimonio, Rowena?

—Me hago cargo —repitió las mismas palabras.

—Ya… ¿Y estás al tanto de lo que sufren los bastardos? Ni tu título, ni el de tu hermano te protegerán, ni a ti ni al niño.

—¿Debo dar por supuesto que viniste a casa de mi hermano para darme una lección? Vengarte por mis engaños y por haberme visto en Hyde Park del brazo del hombre que una vez amé. Soy débil en algunas cuestiones, Samuel, pero en otras he demostrado una voluntad férrea. Tan enamorada como sabía que estaba de Zachary —usó el nombre del marqués sin motivos ocultos, solo le salió así—, lo dejé porque no tenía otra opción.

—¿Insinúas que puedo correr la misma suerte?

—Ya te he dicho antes que debes hacer lo que creas que es correcto. Bien. Sé que estás enfadado conmigo, te he dado las explicaciones oportunas, ¿qué más quieres?

Él dio un paso hacia la dama. Se quedaron el uno frente al otro, muy juntos, pues Rowena se negó a retroceder. No le temía. Tan fiero y grande como era sabía que no le haría daño, al menos no físicamente, porque la estaba destrozando con su fría indiferencia y su rabia contenida.

—Quería la verdad, quería confianza, quiero saber que si la mujer con la que me acuesto tiene un problema me buscará a mí en primera instancia. ¿Tan difícil era ser honesta conmigo, Rowena? Por amor de Dios, tuviste muchas noches para demostrarme lo implicada que estabas conmigo, en nuestra relación. No lo hiciste. Desapareciste y un segundo después estabas paseando alegremente con el maldito Redlay, ese del que acabas de recordarme que estabas tan enamorada y lo mandaste a paseo. ¿Piensas hacer lo mismo conmigo? Supongo que sería sencillo, ya tienes práctica, lo hiciste divinamente la primera vez nueve años atrás.

—Si no te basta con saber que te amo, no sé qué más puedo hacer para que entiendas las motivaciones que me llevaron a actuar como lo hice.

—Palabras, palabras y más palabras. El amor se demuestra,

se siente.

—¿Y no te lo he demostrado? ¿No te abrí la puerta de mi casa de inmediato?

—Sí, ahí tienes razón, te abriste de piernas para mí.

—No estás siendo un caballero, Harding —lo llamó al orden, usando su título.

—Lo sé, ni caballeroso, ni sensato, ni correcto. No podría ser ninguna de las tres cosas porque he visto a la mujer con la que pretendía casarme del brazo de su amor inolvidable de juventud.

—No dije nunca que fuese inolvidable —apostilló.

—¡Ibas con él y a mí me dejaste olvidado! —gritó, pues había perdido los nervios. ¿No podía entender ella el dolor que le hizo sentir?

Rowena dio un paso atrás. Él se maldijo interiormente por su reacción. Se volvió a acercar a ella y de nuevo la dama retrocedió, al tiempo que levantaba la mano para mantenerlo alejado.

—Esto no nos llevará a nada. Tú estás furioso y comprendo que mis disculpas no van a calmarte.

—No te atrevas a despacharme, Rowena. No hemos empezado todavía a…

—Vete.

—Estamos arreglando las cosas.

—No. Estás haciendo de todo menos eso, y no quiero seguir manteniendo esta conversación. —Si seguían peleándose le rompería el corazón. Era mejor dejarlo ahí. Analizar la situación y ver qué querían el uno del otro, del futuro, si era que lo había, porque sus sueños parecían estar esfumándose.

Lo vio erguirse un poco más. Si seguía así acabaría partiéndose la columna por la mitad.

—He venido a pedirle tu mano a Allen. Tu hermano espera que salgamos y hagamos el anuncio formal.

—No. —Comenzó a negar con la cabeza. No lo aceptaría así. No podía hacerlo.

—¿Qué has dicho? —Si antes había estado enfadado, en esos momentos lo estaba muchísimo más.

—Ya me has oído.

Se dio la vuelta a toda prisa y abrió la puerta sin que Harding fuese capaz de impedírselo.

Puesto que había avanzado hasta la mujer, sin éxito para impedirle llevar a cabo la acción, se topó con la mirada inquisitiva de los condes de Allen. Le soltó la mano a Rowena y la miró.

—Está hecho. Nos casaremos lo más pronto posible, decide tú misma los pormenores. —Luego levantó la vista hacia Simon—. Has estado antes en mi lugar, Allen, prefiero una boda rápida. No quisiera esperar meses. Tengo una licencia especial lista, pero respetaré tu opinión también. Buenos días —se despidió para ir hacia la salida a fin de coger los guantes, el bastón y el abrigo de lana.

—¿Lord Harding? —intervino la condesa de Allen.

—¿*Milady*?

—La duquesa de Ashton organiza una fiesta deliciosa, debería asistir.

La mirada de Samuel se posó en su Rose. Se veía más impasible que él. No entendía cómo había salido todo tan mal. Solo tenía que haber entrado en la salita, abrazarla, besarla y luego haberse arrodillado y todo sería sencillo. No. Su enfado fue creciendo a medida que revivía sus sentimientos por haberle mentido, por no haber confiado en él, por haberla encontrado con el maldito Redlay. Si la esposa de Allen le había dicho eso de la fiesta era porque toda la familia había decidido ir. No le apetecía nada tener que lidiar con Rose en un contexto semejante.

—Lo tomaré en consideración. —Y tras decir eso, se marchó de la casa de los condes de Allen.

En cuanto la puerta se cerró, Rowena salió corriendo en dirección a su habitación. Simon dio un paso para seguirla porque no entendía nada, se suponía que los cuatro iban a celebrar la noticia. Uno de los lacayos había bajado a la bodega en busca de su mejor licor. En cambio, parecía que se habían peleado.

—Déjala, Simon —le pidió Jasmin, al darse cuenta de que él iba a seguirla.

—Se suponía que su compromiso sería una noticia feliz. ¿Puedes explicarme el motivo por el que mi hermana se ha ido llorando hacia su habitación?

—Dale un poco de margen. Recuerda cómo fueron nuestros orígenes. Hablábamos poco y los silencios nos separaban porque no nos conocíamos lo suficiente. Nadie se interpuso en nuestra relación, todo

fluyó con naturalidad, Harding y Rowena deben encontrar el equilibrio.

—Pero… —comenzó a objetar.

—Sí, he sido testigo de lo que ha sucedido. No le des más vueltas y tampoco hagas algo irreparable como enfrentarte a Harding. Ten paciencia, él sabe que iremos a la fiesta de la duquesa, allí moverá su ficha. Veamos cómo va todo.

Simon suspiró cansado. Con su hermana nada resultaba sencillo.

—Solo… prométeme que esta vez no será como la otra, dime que ella se casará.

—Está enamorada, en cuanto los dos se enfríen un poco, seguro que se arreglará.

—No entiendo nada, pero también es inegable que las mujeres sois complicadas y que Harding… Bien, no sé qué culpa achacarle. Te haré caso por el momento, mi amor.

***

El conde de Harding no estaba satisfecho.

No.

Acudir a la fiesta de la duquesa de Ashton era lo que debía hacer, le apeteciera o no ir. No iba a consentir que su prometida corretease

por ahí, así que había planeado que el compromiso se anunciase allí, frente a lo más selecto de la sociedad.

Había llegado tarde para ver si la ponía un poco nerviosa, o para que… Bueno. No sabía lo que esperaba de la hermana de Allen, solo sabía que le dolía el corazón, porque lo de la petición de boda fue un desastre, y también porque se habían peleado.

Se quedó en la entrada, cerca de uno de los pilares romanos que decoraban el gran salón. Estaba buscando con la mirada a su díscola prometida, esa a la que no le había dado ni el anillo.

Divisó a su derecha a los condes de Allen, pero no había señales de su Rose. Chasqueó la lengua. Era probable que ella hubiese decidido no ir al baile porque no sabría si él estaría allí y lo tomó en consideración. Además, seguro que estaba muy triste por la pelea que mantuvieron. Samuel se mostró demasiado implacable. Había pensado en reprenderla solo un poco, pero la situación se le fue yendo de las manos. Se sentía muy culpable por el disgusto con el que la dulce Rose estaría lidiando.

Tuvo que haber enviado una nota a su casa confirmándole que acudiría, dándole su permiso para que ella también fuese a disfrutar del baile. Sí. Eso hubiese supuesto algo similar a una pequeña tregua. Se prometió ser más indulgente en la próxima discusión, aunque esperaba que la que habían mantenido fuese la primera y última, al menos de las serias.

Podía imaginársela, echada en la cama, sosteniendo un libro para entretenerse mientras no dejaba de pensar en lo enfadado que él estuvo. A buen seguro que su Rose también estaría prometiéndose a sí misma ser más sensata cuando tuvieran algún desacuerdo.

Sonrió. Su pobre Rose sola en una casa porque él había sido demasiado duro. Suspiró. Tendría que aprender a ser más adecuado, más

equilibrado. Ella tenía un fuerte carácter, y precisamente por eso le agradaba, así que la manejaría con mano firme, aunque con cierta suavidad. En cuanto ella supiera cómo debía comportarse, todo lo referente a sus gustos y demás cuestiones que una mujer tenía que aprender para contentar a su esposo, todo iría bien entre ambos.

La parte física de su matrimonio sería excelente. Ningún cambio debería llevarse a cabo, la parte de la cordialidad era la que merecía ser pulida.

La mirada de Harding se topó en ese momento con la de una dama que le llamó la atención. Ella se encontraba bailando, en el centro de la pista, con un caballero que él conocía bien. Se trataba de un vizconde que buscaba esposa esa temporada. Nadie reseñable.

Harding se regañó a sí mismo. No tenía que fijarse en otras mujeres. Era un hombre comprometido y pensaba cumplir los votos matrimoniales. Y aún a sabiendas de que en cierto modo le estaba siendo desleal a Rose al querer ver con mayor exactitud a la mujer que seguía bailando, no podía apartar la vista y tratar de…

—Infierno… —susurró, al comprender por qué la mujer le llamaba tan poderosamente la atención.

Su prometida, esa que supuso que estaría enjugándose las lágrimas en la cama, que estaría destrozada por la pelea que habían mantenido, era la que bailaba alegremente con el maldito lord Heinz.

Y si eso no hiciera que se sintiese del todo ridículo, la estaba analizando con mucha atención. El modo de peinarse era diferente a cuando la conoció. Eso no era ninguna novedad, estaba bonita ya en casa de Allen cuando comenzaron la discusión. En estos instantes en los que ella lucía un juego de zafiros, de un color muy similar a la seda que llevaba por vestido, y que indudablemente la costurera usó en exceso en los bajos de la falda y permitió que su escote quedase bien descubierto…

¡Dios!

Ese escote estaba demasiado bajo.

¡Condenación!

Ahí, de nuevo, los crudos celos.

Se cruzó de brazos en ese momento y no despegó la vista de Rowena. Por lo menos la mujer tuvo la cortesía de mirarlo con un poco de preocupación. Tampoco dejaba de examinarlo. Eso sería una buena señal si no fuese porque el maldito Heinz bajaba la mirada demasiadas veces.

—Celebro ver que siguió mi consejo, lord Harding. —La esposa de Allen había llegado hasta su posición y él, tan centrado en Rowena, no se había dado ni cuenta. Su esposo se había retirado a la sala de caballeros para hablar de política y jugar a las cartas con el resto de los congéneres casados que no disfrutaban en exceso de los bailes de temporada.

—Debí haber venido antes —masculló por lo bajo.

—No se enfade con ella, yo insistí en que bailase. Había rechazado a un par de caballeros antes de que yo la obligase a divertirse un poco.

El conde se tragó una maldición. Así que era evidente que él estaba loco de celos. Se forzó a relajarse y descruzó los brazos.

—Veo que *lady* Rowena ha cambiado su forma de vestir.

—También es culpa mía —reconoció con cierto placer.

—Ya… no sé si debería felicitarla, *milady*. Veo demasiada

piel de mi prometida, y no es que eso me importe del todo, el problema es que todos los caballeros del salón están viendo lo mismo que yo.

—Bah —desdeñó su comentario de inmediato—. La moda dicta lo que una dama debe vestir, nosotras solo nos limitamos a seguirla. Es un vestido apropiado. Lo que sucede es que sigue enfadado con ella. ¿Qué le hizo Rowena?

—No estoy enfadado.

—Ah. Así que no fue ella la que lo hizo enfadar, ha debido ser usted… —supuso.

—No.

—Lo acusaría de mentirme, lord Harding, pero todavía no estoy demasiado familiarizada con usted. Después de todo, usted y yo no llegamos a conocernos bien nueve años atrás.

—No, la hermana de su esposo me envió a paseo, como bien recordará.

—Tonterías… Lo mandó lejos porque no estaba preparada para usted en aquel momento, es ahora cuando se ha dado cuenta de que es el indicado para ella.

—¿Puede hacerme un favor?

—Si usted me hace otro, sí.

—De acuerdo. No la anime a bailar con otros caballeros.

—Uhm… Así que es usted como el resto…

—¿A qué se refiere?

—Del tipo posesivo, como Allen y cualquier otro esposo que valore a su mujer.

—No hay nada de malo en proteger lo que uno quiere.

—Por supuesto que no, pero debe comprender que Rowena, o… Rose, como dice Allen que la llama, disfrutó bien poco de su primera temporada. Se comprometió y aquello acabó igual de rápido que como llegó. Así que me ha parecido justo que disfrute de un poco de atención. No tiene que disgustarse. La hermana de Allen lo ha elegido a usted y más le vale limar asperezas con ella.

—No sé bien a qué se refiere.

—Su Rose —dijo con retintín— se ha interesado por una obra de teatro.

—Es común que las damas aprecien esa diversión.

—Quiere ir a Drury Lane, milord.

—No veo el problema.

—Me divierte leer las columnas de los periódicos, lord Harding.

—Diga lo que deba, sospecho que tiene información relevante. La escucho con atención, *milady*.

—Hay una actriz que se jacta de estar esperándole, Harding. Dudo mucho que Rowena haya elegido la obra que desea ver mañana por puro azar. ¿Se hace una idea de a lo que me refiero?

Oh, sí. Su sonrojo fue evidente. Estaban hablando de la amante que dejó en Londres antes de que la otra muchacha, bendita fuese por abandonarlo, decidiese marcharse a Gretna Green.

—La hermana de Allen es muy curiosa, *milady*. No tiene nada que ver allí, confío en que tanto usted como su marido se lo hagan comprender.

—Rowena ve que su hermano es feliz, milord. Feliz y fiel. Esperará lo mismo.

—Tendrá lo mismo —le garantizó Harding. No iba a perder los nervios ante la conversación tan inapropiada que estaban manteniendo porque comprendía que su cuñada deseaba protegerla.

—Ahora… sobre el favor que me concedió antes…

—¿En qué puedo servirla, *lady* Allen?

—Ahora que usted está en la fiesta, ella ya no bailará con nadie más. En cuanto a sus vestidos, el que lleva es el más… llamativo que tiene, estoy segura de que lo dejará en un armario aguardando para ponérselo en ocasiones especiales solo para usted, tal y como le he sugerido que haga. Y por descontado que no será necesario ir a Drury Lane.

—¿Qué quiere a cambio?

—Haga las paces con ella, preferiblemente esta noche. Rowena merece todo lo bueno que usted tenga para ofrecerle, y eso incluye un precioso anillo que confío verle pronto en el dedo. Ese, lord Harding, es el favor que espero que sea capaz de hacerme. La ha ganado, y sé que no habrá sido una tarea fácil. Es muy testaruda cuando se lo propone, Allen es muy similar. Será una buena esposa, no encontrará mujer más justa, leal, fiel y buena. Y si esta noche la he presionado para

que su aspecto sea brillante, solo ha sido porque debía comprender que su belleza no solo trae decepción, sino también cosas buenas. Usted llegó a su vida en un momento en el que poco le importaba su pelo, sus vestidos o las joyas que la adornasen. Ahí —señaló la pista de baile— tiene a la verdadera mujer que se escondía tras la que usted divisó bajo esa sencillez.

—¿Quién fue? —preguntó a bocajarro.

—No le comprendo.

—Me contó un retal de aquel terrible suceso —le desveló—. Usted la salvó, *lady* Allen.

El rostro de la condesa detonó asombro. Acto seguido le sonrió.

—La tiene, lord Harding. La tiene de verdad, no tendrá que hacer más que un último y pequeño esfuerzo para que la riña de enamorados quede en agua de borrajas. Cuando esté preparada le contará el resto.

En ese instante se marchó de allí, dado que Rowena Rose había despachado a su compañero de baile y se acercaba hacia Harding.

—Has venido —indicó, porque no sabía qué más decirle.

—Si mi prometida decide asistir a una fiesta, es mi obligación acompañarla, porque… estamos comprometidos, ¿no?

—¿Lo estamos?

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después.

—Por amor del cielo, Rose, esto no es una competición.

—No sé cómo comportarme contigo después de lo que ha sucedido esta tarde —le confesó.

Él suspiró. La entendía porque le sucedía lo mismo.

—¿Te apetecería ver el jardín conmigo?

—Sí, antes de que llegases, Jasmin me dio un par de indicaciones para encontrar un lugar tranquilo que pocos conocen. Sospecho que ella y Allen compartieron allí algún que otro secreto.

—Entonces iremos. —Le ofreció su brazo. Ella no lo tomó de inmediato—. Si lo prefieres podemos quedarnos aquí y bailar.

—No es eso.

—¿Qué ocurre?

—Promete que no vamos a discutir y yo haré lo mismo.

—Tienes mi palabra de honor de que controlaré mi temperamento. Esta noche no habrá discusión posible.

—Está bien. —Entonces colocó su mano sobre el antebrazo de su conde para salir por las puertas francesas. No trataron de ser discretos. La buena sociedad comenzaría a hablar sobre ellos en cuanto se anunciase que se habían casado. Recordaría que ella lo rechazó en favor de Redlay y el escándalo regresaría. No les importaba. Estaban más allá de las lenguas que se agitaban sin compasión. Eso y que él iba a llevársela al campo, de donde no saldrían hasta que su esposa decidiese regresar a

Londres, y confiaba en que fuese como mínimo una década. Ya se le ocurriría algo para mantenerla ocupada y bien satisfecha y contenta.

La pareja llegó hasta una pequeña glorieta que había escondida en el espectacular y gran jardín de los duques de Ashton.

Harding no pudo más. La rodeó entre sus brazos, la miró a los ojos y luego bajó la vista para concentrarse en sus labios.

—Sí… —Ella sabía que él estaba pidiéndole permiso. Así cuando se lo concedió la besó con toda la intensidad que pudo.

Saboreó su lengua y se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Era como estar en casa. Rowena Rose Wade era su hogar, la mujer a la que había esperado siempre.

—No quiero que nos volvamos a pelear nunca —le exigió ella, cuando dejó de besarla.

—Fui a casa de tu hermano para pedir tu mano, llevaba un anillo, iba a arrodillarme y entregártelo, te juro que no sé cómo acabé… Bueno, sí que lo sé. Soy muy celoso, Rose. Tienes que creerme, no me había ocurrido nunca esto, ninguna mujer de las que pasaron por mi vida me había llevado a la locura. Cada vez que recuerdo que me dejaste y que luego Redlay…

—¡No! —exclamó para luego ponerle un dedo sobre los labios—. Aquí y ahora. El presente y el futuro. Nada de hablar del pasado. Empezaremos de nuevo. Juntos.

—Sí. Aunque sé bien que viniste a Londres para cerrar una etapa del pasado.

—¿A qué te refieres?

—Redlay me dijo que me enviaría una nota y que los dos debíamos acudir —le desveló.

En ese momento, el cielo se iluminó. Un rayo surcó la oscuridad y el trueno resonó con furia. Un buen símil de lo que sentía Rowena.

—Se avecina una tormenta.

—Sí. Volvamos al baile, busquemos una salita en la que escondernos. Todavía no te he pedido que te cases conmigo del modo en que debe hacerlo un caballero. —Dicho lo cual, el conde se abalanzó otra vez sobre la boca de su Rose y la besó con ímpetu. Rompió el beso y ella se sintió mareada.

Regresaron al interior de la mansión de los duques de Ashton y tras la puerta número dos dieron con una salita en la que no había nadie. Entraron y el conde de Harding prendió un candelabro para que hubiese luz. Se escuchaba repiquetear el agua de la lluvia en las ventanas. No se habían mojado por unos pocos segundos.

Rowena Rose figuraba en el centro de la estancia, donde el conde la había dejado. Así que él se puso delante de ella, le sonrió mientras hincaba la rodilla izquierda sobre la cara y frondosa alfombra Aubusson. Se sacó el anillo familiar del bolsillo interior de la chaqueta negra de su traje formal, un precioso diamante rosa que hizo que los ojos de su amada se abriesen para mostrar incredulidad. Era una pieza fascinante.

—Me harías el hombre más dichoso y feliz de la faz de la tierra si siguieses caminando el resto de tus días a mi lado. ¿Quieres casarte conmigo, mi bella y preciada Rose?

—Sí quiero, Samuel. Por supuesto que seré tu esposa, por descontado que caminaremos juntos hacia el ocaso de nuestro futuro.

Juntos —insistió—. Dichosos y listos para recibir a tantos hijos como Dios desee darnos.

Le colocó el precioso anillo en el dedo correspondiente, le besó la mano y luego se incorporó para abrazarla.

—No me dejes nunca más al margen de tu vida, Rose —le pidió con humildad—. Seré tu esposo, quiero que confíes en mí lo suficiente como para hablar con libertad de cualquier asunto.

—Lo haré. Ya nada nos separará.

Harding se despegó de ella y la contempló con tanto amor que a Rowena Rose se le hinchó el corazón.

—Necesito saber, mi amada Rose. No quiero presionarte, pero necesito que me lo digas.

—Te amo —afirmó, creyendo que eso era lo que esperaba oír.

—Y yo te amo mucho más, y siempre será así. Tienes mi palabra sobre eso. Pero no hablaba de amor. Dime quién fue, porqué buscabas a Redlay y por qué nos citará. ¿Puedes confiar en mí?

Rose cerró los ojos y tomó una larga bocanada de aire.

—Fue el duque de Knightwick, el padre de mi prometido quiso forzarme —le confesó al fin.

La respuesta de Harding fue abrazarla y acariciarle la espalda mientras le decía que nunca nadie más le haría daño.

Tenía su respuesta. Por el momento no necesitaba conocer

más detalles.

Capítulo 11

Una confesión tardía

Un par de días más tarde, Samuel y Rose figuraban delante de los marqueses de Redlay. Las presentaciones no fueron necesarias porque los cuatro tenían una historia en común.

Arleen estaba sentada en una silla, se veía pálida, debajo de sus ojos había pequeñas arrugas y un surco de color oscuro hacía que su mirada fuese… Se veía muy desmejorada. También estaba muy delgada, se le apreciaban mucho los huesos de la clavícula. No parecía la misma.

Cierto que nueve años parecía toda una vida, pero Rose no creyó que la que fuese su estimada mejor amiga se vería de ese modo. Sintió ganas de echarse a llorar. Comprendió que ambas habían pasado un calvario hasta llegar al presente, aunque sospechaba que Arleen debió sufrir muchísimo más.

—Quisiera hablar a solas con Rowena —pidió la marquesa, con un hilo de voz.

—Cariño —terció su esposo—, el médico ha recomendado que te fatigues lo justo.

—Por favor, permitidme hablar un momento —solicitó Rowena.

—No tienes que hacer esto si no quieres —indicó Samuel, quien estaba sentado al lado de su prometida.

—Sí. Ha pasado demasiado tiempo y estoy lista para contar mi historia. Vosotros dos —dijo la hermana de Allen en alusión a los caballeros— os merecéis una aclaración y confío en que Arleen encuentre en su corazón la bondad para perdonarme. Así que si no te importa —le hablaba directamente a su amiga de juventud—, quisiera que estuviésemos los cuatro. Voy a limitarme a explicar lo que fue un cambio decisivo para mí. Luego, Arleen, si te ves con fuerzas y quieres hablar conmigo, puedes hacerlo con libertad. Confío en Samuel con mi propia vida, y doy por supuesto que tú haces lo mismo con respecto a tu esposo. —La mirada de la marquesa miró con nerviosismo a su esposo, pero acabó afirmando con la cabeza.

Samuel le colocó la mano derecha entre las suyas para infundirle ánimo.

—Lo que aquí hoy se diga… los cuatro nos comprometeremos a llevar a cabo un juramento. Todo lo hablado se quedará aquí. —El resto de los participantes en la conversación dieron su consentimiento.

—Lo que voy a relatar —siguió explicando Rowena— es cierto. Si alguien no me cree está en su derecho, y como llevo casi diez años en silencio, es hora de que haga acopio de mi valentía. —La mirada de ella se topó con la de Samuel, quien le sonrió.

—Te quiero, mi Rose.

—Tú me has cambiado —le agradeció la dama a su prometido.

—Si esto va a ser una demostración de amor… —intervino Redlay, quien tenía una mano sobre los hombros de su marquesa.

—No. Lo siento —se disculpó la hermana de lord Allen—. Es que… esto es más complicado de lo que preví. Está bien. Allá voy. Un par de noches antes de que rompiese el compromiso con Redlay —lo miró con respeto—, acudí con mi familia a una fiesta. No recuerdo quién la daba, solo que tú —hablaba con el marqués— no pudiste venir porque tenías un asunto importante que atender.

—No podría recordarlo.

—No importa. No es relevante. Veréis. Hacía mucho calor y estaba cansada, muy ansiosa porque mi vida iba cambiar en breve ya que iba a casarme. Salí del salón principal y busqué la biblioteca para poder estar sola, para pensar. Alguien… —tragó saliva—, un hombre me siguió hasta allí y sus intenciones no fueron buenas.

—Estás a salvo ahora, *mia caramella.* —Samuel entendía que necesitaba su apoyo para poder seguir.

—En un momento estaba prisionera, él me besaba, me tocaba y a medida que yo trataba de escapar, pues… usó la violencia para que estuviese quieta y poder… poder utilizar mi cuerpo para su placer. Me decía que todo era culpa mía porque era una falda ligera que no entendía lo que provocaba en los hombres y que lo había incitado a seguirme, porque yo deseaba lo que me hacía, aseguraba que yo lo deseaba y que todo era culpa mía —insistió.

—Di su nombre —la retó Redlay.

—Fue tu padre, Zachary —habló Arleen, quien también estaba llorando al igual que Rose.

El marqués de Redlay había tenido la sospecha de que

Rowena había sufrido una maldad a manos de un hombre, y aunque la sospecha era muy clara, había esperado que todo fuese un error.

—Knightwick estaba a punto de salirse con la suya —siguió narrando la prometida de Harding— cuando la esposa de mi hermano llegó para salvarme. Jasmin, sabiendo que agredir a un duque podría ser nuestro fin, no se lo pensó dos veces, cogió una pesada figura de mármol y le dio en la cabeza para que yo pudiese salir de allí. Pero no ocurrió así del todo. Una parte de mí se quedó en aquella fría, oscura y maldita biblioteca. Yo…

—Por amor de Dios… —murmuró Redlay quien todavía estaba asimilando la acusación de Rowena—. ¿Flirteaste con él? —inquirió ansioso.

—No lo hizo —salió en defensa de Rose su amiga Arleen.

—Mi padre… él tuvo que… Debe… Dios… —Zachary estaba más pálido y aterrado que las dos mujeres.

—No dije nada, porque él era un duque, era tu padre, Zachary —le explicó con compasión Rowena—. No podía casarme contigo después de lo que ocurrió, me hizo sentir culpable, y no me sentía a salvo. Yo te amaba —confesó, esperando que Samuel y Arleen la comprendiesen y no la censurasen—, pero no podía aceptar tu mano sin poner en peligro a Jasmin, a mi propio hermano, pues Allen habría querido vengarse. Yo solo… me callé, creyendo que la única que sufriría las consecuencias sería yo. Y fue por eso, Arleen —miró a su amiga—, por lo que te pedí que no te casases con mi exprometido. Tenía miedo de que pudieses… de que el duque pudiese… Y yo… yo no pude explicarte lo que ocurrió porque era demasiado peligroso para mi familia, para mí. Era demasiado poderoso para que yo luchase contra él, y Knightwick lo sabía, de igual modo que me dijo que su hijo jamás me creería.

—Oh, Rowena… —sollozó la marquesa de Redlay.

—Yo hice que el destino de nosotros cuatro se alterase… Y…

—No —habló el conde de Harding—. Tú no hiciste nada malo. Fue el padre de Redlay quien debió haber pagado con su vida por su fechoría. —La mirada de Samuel buscó a Zachary—. ¿Tú crees a mi Rose? —lo desafió.

—Yo… Yo… ¡Es mi padre!, por amor de Dios, yo no entiendo por qué él…

—¿Arleen? —Rose usó el nombre de su amiga para llamar su atención—. ¿Quieres que deje de hablar aquí y ahora? Puedo hacerlo. Vine aquí para pedirte disculpas por no haber sido sincera contigo en aquel momento, si quieres que…

—No, Rowena. Ya no puedo más. Por favor, sigue.

—Llegó a casa de Allen una carta que no hubiese esperado.

—Era mía —corroboró Arleen.

—¿Puedo…? —Le estaba pidiendo permiso a su amiga para hablar con libertad, aunque no terminó la pregunta.

—Ha pasado demasiado tiempo sin que nadie hablase. Es momento de hacerlo, Rowena.

—Son nuestros secretos —retomó la explicación Rose— los que se exponen aquí con libertad, sin censura, y los cuatro confiaremos en que lo que aquí se diga, nunca se revele.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Samuel.

—Sigue —la animó Redlay, sabiendo que lo peor no había terminado todavía.

—*Lady* Leith tiene costumbre de jugar a ser casamentera antes de que inicie la temporada. Me invitó a su casa, yo no sabía que se había propuesto emparejarme con lord Harding, con mi Samuel. —Le sonrió. Las lágrimas ya habían parado de salir—. Acepté ir con la idea de quedarme allí un par de días y venir a Londres para visitar a Arleen, quien me había dicho que estaría en la ciudad porque tenía que visitar a un doctor por orden de su esposo.

—¿Por qué la llamaste, cariño? —le preguntó con suavidad Redlay.

—Porque necesitaba hablar con mi amiga, porque no podía soportarlo más, porque llegó un momento en el que solo quería cerrar los ojos y que todo acabase… Así se lo dije a Rowena, y por eso vino a verme, porque le dije que la muerte me parecía una salida digna.

—¿Por qué? —preguntó con gran temor de nuevo el marqués.

—Porque tu padre me confesó que yo había sido la caza más jugosa, Zachary. Knightwick esperó a que naciese tu heredero y el repuesto y dijo que mi tiempo se había acabado. Sin embargo, antes de obtener lo que yo no quise darle, él… él… No me dejaba en paz, sus miradas, sus susurros obscenos, promesas llenas de infamias, yo… No sé cómo pude sobrevivir, se empeñó en que viviésemos con él y… Dios sabe que traté de hacerte cambiar de idea, pero el duque te tenía controlado, estabas ciego con tu padre y yo no sabía qué hacer y… yo… —confesó.

—No…, por favor, no…, por favor, no… no… —La negación era lo único a lo que el marqués podía aferrarse.

—No sé de quién es el hijo que llevo, Zachary —le confesó,

para después estallar en un gran llanto.

—No, no puede ser… por favor, no… no, no, no… —El marqués de Redlay estaba abrazando a su esposa. Se trasladaron a Londres porque ella estaba de unos cinco meses y apenas tenía el vientre hinchado y su estado era cada vez más delicado.

—El duque —tomó la palabra Rowena— me dijo a mí que no podía contenerse más y que como todavía no me había casado con su hijo, no lo haría hasta después de saber que no había engendrado a su bastardo. Yo, no lo entendía en aquel momento, quise olvidar aquellas palabras, cada una de las que dijo, pero se quedaron ahí, fijas e imborrables en mi mente. Todavía puedo escucharlo susurrar.

—¿Hubo un hijo? —le preguntó Zachary lleno de desesperación. No se podía creer que todo eso estuviese ocurriendo. Su esposa había cambiado mucho desde la boda.

—No. Jasmin llegó justo a tiempo para que no sucediese nada. Maldije mi belleza, el duque insistió tanto en que era culpa mía porque no pudo contenerse, porque lo había intentado y que yo solo lo tentaba más y más… Llevo nueve años escondiéndome, acomodada en la finca de mi hermano, y no ha sido hasta que recibí la carta desesperada de Arleen cuando decidí dar un paso al frente.

—Te envié la carta porque Knightwick me dijo que debía darle crédito porque conmigo sí pudo resistirse lo suficiente, pero que contigo no lo logró. Insistió en que su hijo le había hecho un favor, porque en caso de que tu hubieses sido su hija por matrimonio, no hubiera podido contenerse.

Rowena cerró los ojos. No se podía hacer una idea de lo mucho que habría sufrido su amiga. Nueve años teniendo que soportar el acoso del padre de su marido, un duque que tuvo que haberla protegido, y en cambio hizo que su vida fuese un infierno.

—Lo siento, Arleen. —Rowena no sabía qué más podía decir.

—Dios me ayudó un poco, me mandó pronto a mi primer hijo, sí, pero con el segundo tuvo compasión y el duque tuvo que esperar, pero… acabó ocurriendo como él dijo que sucedería. Yo… Fue horrible. Yo me defendí, se cayó por las escaleras y luego tuvo el ataque de apoplejía y… me alegré… hasta que supe que estaba encinta y que no podía saber quién era el padre de mi bebé. Todo se volvió negro y quería acabar con el sufrimiento. Yo… Solo pensé en que si venías, Rowena —la miraba a ella mientras Redlay la mantenía en su abrazo—, si me confirmabas lo que ocurrió, Zachary me creería.

—Te hubiese creído, cariño —le dijo su marido.

—No, Zachary. Tu padre sabía que mi palabra contra la de él no serviría de nada y por eso me mantuve callada. Si hubiera sabido que Rowena también sufrió a manos del duque, habría hablado de inmediato.

—Cielos, Arleen, yo… he sido el peor esposo del mundo. El peor de todos. Debí haber cuidado mejor de ti y, en cambio, no pudiste venir a mí, contarme lo que te afligía. Siempre pensé que te habías enamorado de Harding y que estabas resentida conmigo porque tu padre te obligó a romper con él para casarte con un futuro duque.

—Yo también te amé —le dijo la marquesa a Harding—. Te quise tanto como Rowena a Redlay, pero no pude escapar a mi destino. Mi padre lo decidió todo.

—Me fijé en Rowena, tú misma lo viste, pero cuando ella se comprometió con Redlay, supe que tú y yo podríamos haber tenido un buen matrimonio. Eras hermosa, atenta, tranquila y adorable. Hubiese sido un hombre feliz contigo, estoy seguro.

—Tuve que haber hablado antes —murmuró Rose.

—No se pude luchar contra el destino, *mia caramella* —observó el conde.

—Me callé y todos sufrimos. —La culpa era un bloque sobre su espalda.

—Hiciste lo que creíste mejor para tu hermano, su condesa y para ti misma —comentó Samuel—. Nadie puede culparte por hacerlo, Rose. El último que merece la horca es el duque. ¿Y bien, Redlay? ¿Qué piensas hacer con respecto a tu padre? —Harding había querido ir a visitar al viejo carcamal desde el momento en el que su prometida le confesó la identidad del villano. Ella lo contuvo y al fin entendía el motivo. Su amiga necesitaba su ayuda para que su esposo tomase en consideración lo que había ocurrido.

—A Knightwick no le queda tiempo ya. El médico quedó conmigo en que enviaría una misiva cuando su estado se complicase. Me ha mandado llamar, tengo que ir mañana y no sé si llegaré y estará vivo. No me marché hoy mismo por esta entrevista… Rowena —le habló directamente a la que fuese su prometida—, ya me había figurado que mi padre estaba detrás de tu decisión, y sospechaba que algo infame habría tenido que ocurrir, aunque también tenía la esperanza de estar equivocado. Siempre he admirado a mi padre, nunca hubiese pensado que tras esa fachada perfecta se escondiese un monstruo. Llevar el título sobre mis hombros será un calvario, pero me propongo ser mejor.

—Tú eres mejor que él, Zachary. Siempre lo has sido —afirmó Arleen.

—No. No he sido un buen hombre para ti, si no pudiste confesarme lo que ocurría. No merezco tu perdón, ni debería aceptarlo. Merezco estar solo por no haberme dado cuenta de que… Oh, Arleen. —El marqués le tocó el vientre—. Este es mi hijo. Es mío y tuyo, y mataré a cualquiera que ponga en tela de juicio su procedencia. Por favor, te lo ruego, lucha conmigo, lucha a mi lado. No sé cómo podremos

superar esta dura prueba. Llevo nueve años creyendo que no habías podido olvidar a Harding, pensando en que debí haber presionado a Rowena… Me he enterado de la verdad y, aunque comprendo que tu vida a mi lado ha sido miserable, no hubiera querido a otra mujer para amarme, cuidarme y preocuparse tanto por mí como para evitarme la decepción de saber la verdadera naturaleza de mi padre. Sé que por miedo a que no te creyese no me lo dijiste, pero ahora comprendo que eres una mujer buena, desinteresada, te he visto con nuestros hijos, te has ocupado de ellos sin que la niñera fuese la única para atenderlos, y sospecho que no me lo contaste también porque no querías hacerme daño. Si me das una oportunidad lo solucionaremos. Mi padre se irá al infierno, y si quieres que no vaya a despedirlo, me quedaré a tu lado. Lucha por ti, por mí y por nuestro pequeño que crece en tu interior. Ahora bien, si me permites ir, rezaré para que siga vivo y esté consciente, iré a escupirle, renegaré de él en su lecho de muerte y lo maldeciré.

—Haz lo que debas, Zachary —consideró Arleen.

—Entonces iré. Se irá sabiendo que te amo, que estoy al corriente de su maldad y me quedaré para ver que Lucifer viene a recoger su alma. Solo tienes que prometerme que te cuidarás, que volverás a sonreír, que los dos seremos felices. Te lo ruego, no dejes de luchar —reiteró.

Cuando el marqués de Redlay regresó la vista para buscar a sus invitados, se dio cuenta de que Rowena y Samuel ya no estaban en el salón de recibir visitas.

—Se han ido hace un ratito. Supongo que querían que tuviésemos intimidad.

—Bésame, Arleen, dame fuerzas para creer que puedo recuperar tu amor, tu confianza.

Su esposa se dejó mimar por el marqués. Al fin un poco de

paz. Todo saldría bien.

Mientras que dos esposos hacían las paces, otra pareja se preparaba para vivir un nuevo inicio.

El conde de Harding había sacado a Rose de allí cuando comprendió que su presencia no era necesaria. Había subido a su dama al carruaje y en esos momentos la tenía sentada sobre su regazo y la abrazaba como si estuviese viendo que se le fuese a escapar.

—Samuel, ha sido horrible.

—Lo sé, *mia caramella*. E insisto en que no te culpes. Tú no obraste mal.

—La vida de Arleen ha debido de ser tan…

—Yo mismo estuve igual de cegado con mi padre, Rose. Me doy cuenta de que el amor es lo primero. No hay ningún familiar que deba ser más importante que una esposa o un marido. Si me lo permites, aprenderemos de los errores de los demás. Hablamos de ser sinceros siempre.

—Y quiero que lo seamos —precisó ella.

—Es necesario que no haya fisuras en nuestra relación, ni silencios, porque nunca se sabe quién podría aprovecharse de un posible distanciamiento entre ambos. Te juro por mi honor que no dudaré de tu palabra jamás. Podría verte sosteniendo un cuchillo, con un hombre muerto a tus pies, pero si tú me dices que eres inocente, te creeré sin poner en duda nada. Ese es el juramento que hago por ti, para ti. Nada más sagrado que mi confianza inquebrantable y mi amor incansable.

—¡Oh, Samuel! —Lo besó porque era un hombre

maravilloso. Luego se separó de él—. Te hago el mismo juramento por mi parte. Siempre irás primero, incluso te pondré por delante de mi hermano, su esposa y los niños. Los amo, pero comprendo que mi lealtad tiene que ir a ti sobre los demás. —Lo vio sonreír—. ¿Qué es tan divertido? —A ella todo lo hablado y confesado hacía unos minutos le parecía horroroso.

—Nada. No es diversión, es reconocimiento. Una vez conocí a una mujer que me habló de lealtad, de fidelidad, me pareció que exageraba. —La aludida era la actual señora Pherson, de nombre Samantha, una dama que lo mandó al cuerno en su momento—. Ahora lo entiendo al fin, Rose. No hay ningún compromiso en la relación entre un hombre y una mujer que sea eterno, pero sí que tendrá más posibilidades de ser único, un gran tesoro, si se basa en la lealtad, en la fidelidad y el amor. Cuando te vi por primera vez, me hice la promesa de que tú serías mi esposa. No puedo estar más contento. Eres una mujer valiente que ha demostrado que puede sobreponerse a las dificultades del pasado. Deja que sea tu compañero, juntos emprenderemos una vida llena de dicha.

—Te amo, Samuel.

—Te amo, Rose.

—Me gustaría mucho que me lo demostrases… —le pidió con suavidad. Necesitaba el consuelo que solo él, con su cuerpo, con sus besos y su toque podría darle. Rowena Rose precisaba sentirse viva, segura y amada con intensidad. Hacía demasiado tiempo desde que habían yacido juntos.

—¿Estás dándome permiso para…?

—Sí.

—¿En un carruaje? —preguntó para estar seguro.

—Te necesito.

—Y me tendrás. —No había nada más que inquirir o añadir.

Hicieron el amor con pasión. Fue una suerte que antes de subir al vehículo, el conde le pidiese al cochero que diese vueltas hasta que él le diese un aviso para ir a casa de lord Allen. No había previsto que acabarían haciendo el amor, solo creyó que ella necesitaría un poco de conversación, unos abrazos y unos besos tiernos.

Todo lo que su Rose demandase, lo tendría. Siempre. Todo de él, sin reservas.

Su lealtad.

Su fidelidad.

Y por descontado, su amor, aunque esa sencilla solterona que no había resultado ser ni lo uno ni lo otro, lo cautivó bajo la tormenta. Y por si había alguna duda de que ella era la indicada, ya lo sospechó nueve años atrás.

Epílogo

Una dulce recompensa

Samuel Forbes, conde de Harding, no sabía lo que eran los nervios hasta ese preciso momento.

Buscar una esposa adecuada le causó un gran desasosiego. Tuvo que pasar numerosas pruebas para lograr encontrar a la mujer que el destino eligió para él.

El día de la boda con Rowena había tenido náuseas. Confiaba en ella con su vida, pero tenía miedo de que algo pudiese salir mal, como por ejemplo que Allen se opusiera al enlace mientras el buen vicario oficiaba la íntima ceremonia a la que acudió solo la familia. Incluso tuvo miedo de que Allen no le permitiera casarse empleando la licencia especial y lo obligase a tener un noviazgo largo. Se había dado cuenta de que no conciliaba el sueño si Rowena Rose no dormía a su lado.

Cuando la ceremonia terminó, fue cuando su estómago dejó de acusar los nervios. Ella era suya y nadie podría discutirlo. Estaba hecho, así que se tranquilizó de golpe.

Pensó que después de aquello nunca volvería a sentirse como si todo su cuerpo se sacudiese.

Error.

Lo que le sucedió antaño no lo hizo sentir nervioso. Nada de eso. Solo fue un poco de inquietud inofensiva, porque lo que estaba viviendo en esos instantes le hacía sentir unos nervios llenos de pánico. La madre de Samuel pereció en el parto. No quería pensar en eso, porque Rowena era una mujer valiente, fuerte y había demostrado que era capaz de sobreponerse a todo.

Nada malo le sucedería. Estaba seguro de ello, pero…

Los gritos de su esposa le llegaban altos y claros. Si fuese un hombre mejor, si ella no lo tentase tanto, se juraría a sí mismo no volver a tocarla mientras viviese. Si el bebé que llegase al mundo durante esa noche fuese un niño, no haría falta que su Rose volviese a pasar de nuevo por ese infierno. La deseaba a todas horas, incluso con el vientre bien redondeado la había poseído con delicadeza debido a su estado, porque no fue capaz de resistirse al amor, al deseo que su condesa le despertaba.

Y confiaba en que nadie echase cuentas exactas de cuándo había nacido su hijo… si era que llegaba al mundo de una bendita vez y su esposa dejaba de gritar y maldecir, porque el niño se había adelantado casi dos semanas, si se contaba la fecha de boda como punto de partida. Le dijo a Allen que quería que fuese una boda rápida, tuvo que esperar lo que el hermano ordenó… No fue mucho, pero…

—¡Samueeeeeel! —Lo escuchó llamarlo y no se quedó caminando de un lado hacia el otro en el interior de su despacho, tal y como le había recomendado el galeno que hiciera.

Rose estaba en buenas manos, con una comadrona de la zona, y también se había gastado una pequeña fortuna para instalar a un médico de la ciudad por si acaso.

Subió las escaleras de dos en dos y abrió la puerta sin ceremonias.

Cuando llegó a los pies de la cama, su condesa tenía en brazos al bebé.

—¿Estás bien? —le preguntó, porque ella era lo más preciado de su vida.

—Sí, ven a conocer a tu hijo, Samuel.

Harding se acercó y contempló con orgullo y adoración al vizconde Merritt. Ese sería el título de cortesía de Samuel Thomas Forbes, heredero de un conde. Al ver a esa hermosa criatura, pequeña, arrugada y preciosa, comprendió un par de cosas. La primera, que su esposa tendría que aprender a compartir la lealtad y el amor que le debía con su hijo, y la segunda, que moriría por cualquiera de los dos.

—¿Verdad, que es perfecto, Samuel?

—Desde luego que sí. Es igual que su madre, así que no podía ser de otro modo.

—¿Estás contento, mi vida? Te he dado un niño.

—No estaría menos feliz si me hubieses premiado con una niña, Rose.

—Somos una familia, Samuel. Ahora somos una verdadera familia.

—Sí, *mia caramella*. Primero me convertiste en esposo y hoy me has hecho padre. No podría pedir nada más ni mejor. Supe que serías tú, y no me importa haber tenido que esperarte durante tanto tiempo, no hubiese sido feliz con nadie más, lo sé.

Se acercó y el bonito momento quedó sellado con un tierno

beso. Antes de buscar la boca de *lady* Harding, Samuel colocó sus labios con sumo cuidado sobre la cabeza del recién nacido para besarlo. Se tumbó con cuidado junto a su familia.

Era un hombre que lo tenía todo. Incluso podría ser más pobre que una rata, y aun así sería el más favorecido de los mortales.

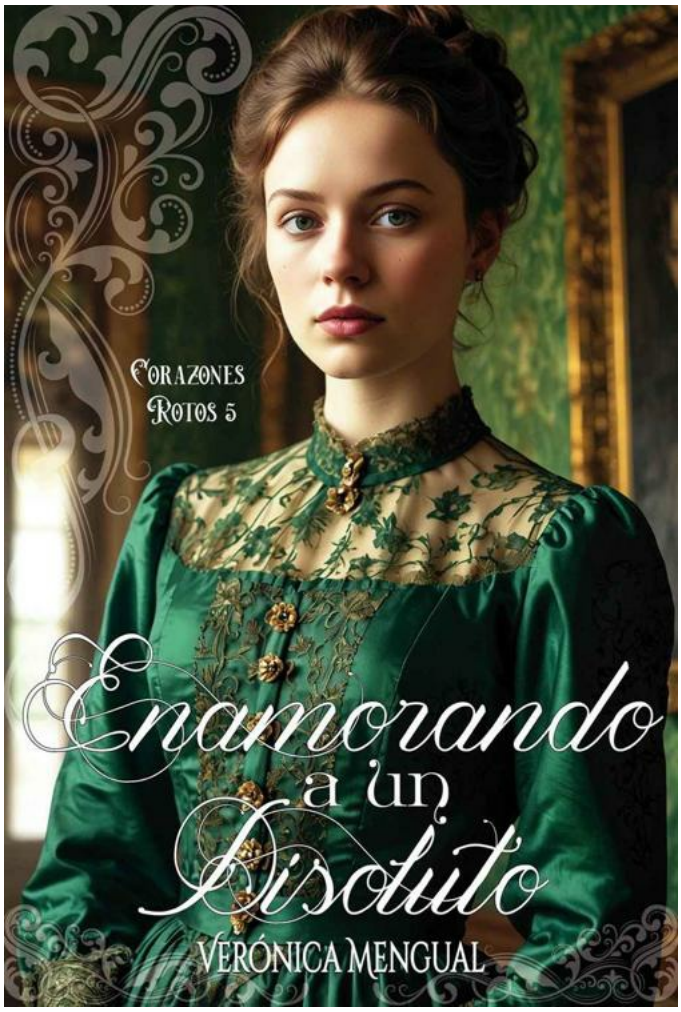
Fin.

No te pierda la última

historia de Corazones Rotos

«Enamorando a un disoluto»

Link: https://mybook.to/qO07



El honorable Basil Foster había previsto casarse joven porque se topaba con parejas felices a cada paso que daba y quería lo mismo para sí. Deseaba tener lo que su progenitor, el vizconde Portman, compartía con su esposa desde bien joven para no perder el tiempo.

Pese a sus intenciones, la suerte no había estado de su parte, parecía como si una hechicera hubiese lanzado algún tipo de sortilegio para que no encontrara el amor. De tal modo que, conforme se iba haciendo mayor fue convirtiéndose en un auténtico disoluto. Pero el maleficio se ha roto, puesto que su corazón ha comenzado a latir tan atronador que lo asusta. Y esa dama que lo ha despertado debería ser la última a la que un hombre, que se tomase muy en serio la autoconservación, mirase.

El señor Foster siempre ha sido un poco oscuro, muy audaz y demasiado intuitivo, así que esas cualidades deberá emplearlas para convencer al padre de su futura mujer a fin de que le permita desposarla. ¿Cómo de complicado será enfrentarse a ese protector tirano que se cree un dios viviente y hacerle ver que amará a su hija hasta el fin de sus días? ¡Muchísimo!

No podía ser de otro modo. El cierre de Corazones Rotos merecía un final de infarto. ¿Quién mejor que Basil para terminar con la aventura? ¡A disfrutar!

Hablemos de la **trilogía**

que está ya en preventa

«Casarse con un conde»

Un acuerdo desesperante
(Hermanos Taverham nº 1)

Link: https://mybook.to/OsUAh



Bienvenidas a esta nueva serie ligera de Verónica Mengual protagonizada por los Hermanos Taverham *que, a cada cual más maravilloso, arrogante y malvado, hará suspirar a las lectoras que aman el romance histórico ambientado en el Londres del siglo XIX.*

El **conde de Ashbury**, **Sebastian Taverham**, acaba de tomar posesión de su título y tiene que cumplir con las obligaciones que ello conlleva. Tiene treinta y cinco años, y está más que preparado para ponerse al timón, no obstante, cuando su administrador le explica que las arcas familiares están vacías y que los prestamistas no tardarán en llamar a la puerta de su casa, Ash -tal y como lo llaman sus allegados- no tiene otra opción que navegar por las aguas infestadas de tiburones del mercado matrimonial para buscar, lo antes posible, a una dama con la suficiente fortuna como para sacarlo del atolladero.

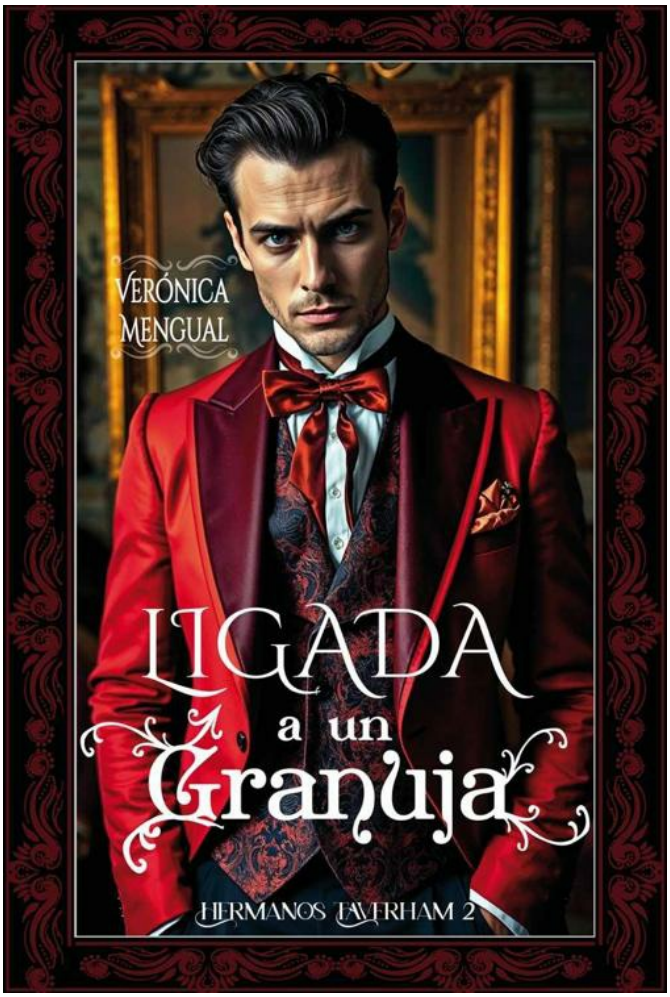
La señorita **Temperance Miller** no ha llegado a los veinticinco años sorteando a molestos pretendientes para caer en la trampa que intenta tenderle ese pícaro que malgastará toda la herencia que le legó su padre. No piensa casarse con ese petimetre, de tal modo que, cuando le ofrecen un acuerdo de lo más ventajoso para librarse de la condena, decide aceptarlo sin pensárselo dos veces.

Casarse con un conde mortalmente apuesto y seductor que le ofrece cierta libertad, resulta más adecuado que acabar ligada a un patán insensible. Aunque los planes nunca salen bien y los acuerdos no siempre son fáciles de cumplir...

«Ligada a un granuja»

Una trampa del destino
(Hermanos Taverham nº 2)

Link: https://mybook.to/XHWeAe



En medio de una concurrida fiesta de la alta sociedad, **lord Dorian Taverham** tiene una cita clandestina en la biblioteca con una experimentada viuda a la que lleva cuatro largos meses tratando de seducir. Ansioso por el devenir de su *tête à tête,* se presenta en el lugar acordado a la hora indicada, hasta ahí todo correcto. No obstante, la muchacha que le ruega con desesperación que la bese, no es ni de lejos la mujer con la que él pensaba reunirse.

Lady Anastasia Doger, la hija del duque de Grafton, no podía creerse su buena fortuna. ¡Estaba entre los poderosos brazos del pecaminoso hermano Taverham! Así que, allí, al amparo de las sombras, con el silencio como único testigo de un encuentro inesperado, decide ser valiente y reclamar lo que siempre quiso.

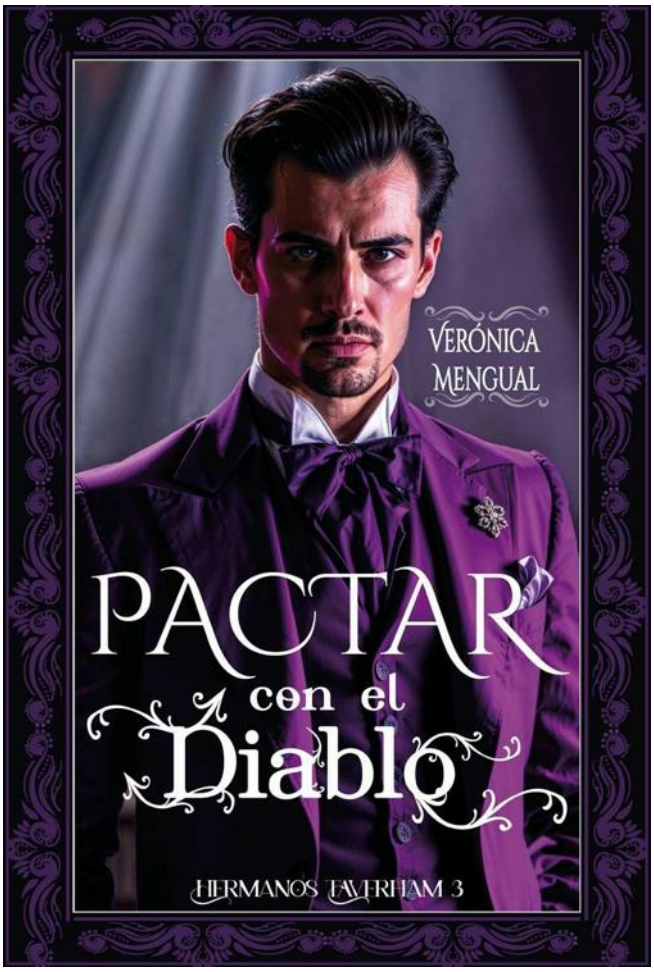
Él, como el pícaro que es, no puede negarse un momento de satisfacción, pues, ¿qué mal podría provocar un simple beso? El drama que se avecina es imprevisible. Uno no anda besándose con la hija de un duque sin que se desate una furiosa tormenta.

¿Qué sucederá entre **lord Dorian** y **lady Anastasia**? Nada bueno si no logran salir del entuerto en el que se han metido.

«Pactar con el diablo»

Una obsesión desesperada
(Hermanos Taverham nº 3)

Link: https://mybook.to/Zfjh3



Dorian Taverham ha sobrevivido a su estigma como hijo ilegítimo de un conde. No se puede quejar, o tal vez sí, porque el precio que ha pagado para poder seguir adelante ha oscurecido su alma, tanto como para acabar siendo un diablo.

El **Ángel Negro de St. Giles** no tiene sentimientos tiernos ni tampoco hay ni un gramo de azúcar corriendo por sus venas, ¡se pegaría un tiro si así fuese! Aunque, a pesar de saber que la luz no es para un tipo como él, no puede evitar prestarle atención a una joya de incalculable valor que podría poner todo su mundo del revés si se lo permitiese.

Cuando **lady Ofelia Mabry** comprende que los planes que su padre tiene para ella no son los que había supuesto, es demasiado tarde para escapar de un destino cruel. Lo que ella no esperaba, mientras ese desconocido le ofrecía un pacto inaceptable, era que acabaría vendiendo su alma para no poder recuperarla nunca.

Un hombre duro y arrogante, hecho a sí mismo. Una mujer que ha sido criada para ser esposa y madre… El choque de sus clases sociales y convicciones provocará un auténtico terremoto en esta última novela de la serie los Hermanos Taverham *de Verónica Mengual.*

Aclaración sobre Corazones Rotos

Os recuerdo una vez más que esta serie está compuesta como siempre por libros independientes (está toda ya en preventa en exclusiva en Amazon), y cuenta las historias de algunos secundarios que han aparecido en otros libros porque vosotras me los pedís.

En fin, esta serie versa sobre Corazones Rotos y el conde de Harding era uno de ellos, aunque es cierto que se presentó sin previo aviso. Hombres complejos que rozan la villanía… Mujeres con alma de sanadoras, aunque sin olvidar su veta vengativa que tanto nos gusta a todas.

1) Seduciendo a un caballero.

Greyson Amery, conde de Holbrook y lady Bryony Fernsby.

2) Corrompiendo a un lord

Beau Villin, marqués de Haven, y la señorita Thessa Hale (Pherson).

3) Sanando a un canalla

Knife, el Príncipe de las Tinieblas, y lady Samantha

Woodward.

4) No quiero, lord Harding

Samuel Forbes, conde de Harding y Rowena Rose Wade.

4) Enamorando a un disoluto

El honorable Basil Foster y… (trataré de daros lo que intuís y que esté presente el de la pirámide).

Cuestiones sobre el libro

Mis queridísimas lectoras:

Me he adelantado a vuestras demandas y os he traído con esta historia a lord Harding. Sabía que me lo ibais a pedir y me conozco, así que si me lo dejaba para más adelante, tal vez no hubiese tenido luego tiempo para darle su merecido final feliz.

Ha sido cortita, pero confío que con sustancia. Al pobre lo habían abandonado tantas veces que ya visteis lo frustrado que estaba desde el inicio. Lo veía allí, bajo el árbol mientras llovía y ella llegaba montada a caballo, pensando en que cualquier mujer sana le valdría. Así que antes de que pudiese pensar en qué hacer, él ya estaba ofreciéndole matrimonio a una sencilla señorita.

Ha sido entretenido para mí escribirla. Así que ahora que ambas partes (vosotras y yo) tenemos lo que queríamos, sigamos con el que estáis deseando leer.

Si me mandáis privados por las redes (o mensajes en los *posts* que hago) sobre cómo veis la historia de Basil, trataré de contentaros. Ya me habéis dicho muchas que queréis ver a Ra y ahí estará.

En fin, me repito una vez más: seguimos con la serie si me

dais la oportunidad de leerme y apoyarme.

Llegados a este punto, solo queda recordaros, una vez más, y no me canso de decíroslo, que os amo mucho, mucho, muchísimo, no lo olvidéis.

Así que, por favor, y con mucha humildad, os vuelvo a pedir que me sigáis con *Enamorando a un disoluto*, la de Basil, que también la podéis reservar en Amazon. No he avanzado nada sobre el Cachorro Insolente o Arrogante, tal y como lo llaman, porque quiero que haya un poco de misterio. Tengo la idea esbozada en mi cabeza, pero a veces esos personajes no hacen lo que pretendía en un primer momento y me hacen variar todo el hilo.

Lo haré lo mejor que pueda y sepa, tenéis mi palabra.

Y confío en que la próxima trilogía también os agrade mucho. Son tres hermanos muy diferentes que nos volverán loca. A mí me tienen enamorada y solo son un retal dentro de mi cabeza.

Dejo de escribir esta mañana para ponerme esta misma noche con el honorable Basil Foster, porque los Taverham me queman también. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os adoro.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Corazones Rotos (En producción, iniciada en octubre 2024)

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto (en preventa)

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1